

# Temario de Fiestas Patronales

Diócesis de San Juan de los Lagos



## 2014 - 2015



***Año de la vida en Cristo  
y del comportamiento cristiano***



# Sumario

## TEMARIO DE FIESTAS PATRONALES 2014-2015

Introducción ..... 1

### PRIMERA SERIE DE TEMAS: Bienaventuranzas:

1. Las Bienaventuranzas, camino hacia la felicidad.....	4
2. Dichosos los pobres, porque de ellos es el Reino de Dios .....	6
3. Dichosos los mansos porque ellos poseerán la tierra .....	10
4. Dichosos los que lloran, porque ellos serán consolados .....	13
5. Dichosos los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados .....	17
6. Dichosos los misericordiosos, porque ellos alcanzaran misericordia .....	22
7. Dichosos los limpios de corazón porque ellos verán a Dios .....	26
8. Dichosos los pacíficos porque ellos serán llamados hijos de Dios .....	32
9. Dichosos los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el Reino de los Cielos .....	36

### SEGUNDA SERIE DE TEMAS: Promotores de una cultura de paz

1. Una sociedad maltratada y dolorida por un ambiente de violencia .....	42
2. Algunas raíces de la violencia .....	45
3. La paz es el sueño de la humanidad .....	47
4. La paz es fruto de la justicia y de la caridad .....	49
5. Justicia y reconciliación: el camino mejor para la paz .....	50
6. Jesús, maestro de la paz y la fraternidad .....	52
7. Los discípulos de Jesús, promotores de paz y reconciliación .....	54
8. Cada persona es importante .....	56
9. De una anticultura de la muerte a una cultura de la paz .....	59
10. La aportación de la iglesia a la paz .....	62

### TERCERA SERIE DE TEMAS: Los diez Mandamientos: un camino de Alianza

1. Diez etapas para la posesión de la Tierra Prometida .....	64
1º Yo soy el Señor tu Dios .....	65
2º ¡No usar el nombre de Dios en vano! ...	67
3º ¡Santificar el séptimo día! .....	68
4º ¡Honrar al padre y a la madre! .....	69
5º ¡No matarás! .....	71
6º ¡No cometer adulterio .....	73
7º ¡No robarás! .....	76
8º ¡No mentirás! .....	78
9º ¡No desear la mujer de tu prójimo! .....	80
10º ¡No codiciarás las cosas ajenas! .....	81

# TEMARIO DE FIESTAS PATRONALES 2014-2015

«Con la alegría de creer en Cristo resucitado y llenos de esperanza en su triunfo sobre el mal, buscamos caminos para implantar su Reino, a pesar de los graves problemas que afectan a nuestros pueblos y ciudades. No obstante el panorama tan difícil y retador para el anuncio de la Buena Nueva, nos lanzamos a evangelizar con nuevos bríos, ofreciendo a todos una experiencia de encuentro con Cristo para su salvación... Con el fin de hacer de cada cristiano un discípulo misionero de Jesucristo, para que todos en Él tengan vida en abundancia y plenitud» (V PDP 4).

Lo que la fe confiesa, los sacramentos lo comunican, y la vida cotidiana debe expresarlo. En el Año de la Celebración gozosa de la Fe hemos hecho fiesta por la obra salvadora de Cristo que nos renueva. Ahora los cristianos, reconociendo en la fe nuestra dignidad, somos llamados a tomar conciencia de esa «vida digna del Evangelio de Cristo» (Flp 1,27), ya que por la liturgia, la piedad popular y la oración recibimos la gracia de Dios y los dones del Espíritu que nos capacitaron para ello. Por eso profundizamos en el estilo de vida propio del cristiano: su vida moral, primero en su dimensión social.

«Es preciso devolver al ser humano su sentido y dignidad, en cuanto es imagen de Dios, redimido por Cristo, elevado a gran dignidad por la Encarnación del Verbo en nuestra carne, llamado a ser libre, a determinar su propia historia con responsabilidad, comunicarse en profundidad, vivir en comunidad, buscar el progreso integral de la humanidad y la humanización del mundo y sus realidades» (V PDP 9).

Nos preocupa el avance del secularismo, las inquietudes ante la cultura digital, el ambiente de inseguridad y violencia, la crisis económica, el empobrecimiento y la falta de trabajo. Pero, en medio de estas situaciones, y por encima de las oscuridades, hay una Buena Noticia que nos alegra: Cristo nos ha salvado y está vivo entre nosotros. Celebramos la victoria que vence al mundo: nuestra fe. Y buscamos cómo llevarlo a la vida en un comportamiento congruente. Por eso, en el *Año de la vida en Cristo y del comportamiento cristiano*, llega el momento de insistir en la vivencia de la fe en medio de estas situaciones.

«Se ha diluido mucho la identidad cristiana católica, pues la mayoría desconoce los elementos propios que distinguen al católico de otras confesiones cristianas y que lo identifican como discípulo misionero de Cristo en la Iglesia que Él fundó (Mt 16,18): principios doctrinales y morales, sacramentos, espiritualidad, el estilo de vida que se ha hecho camino a lo largo de veinte siglos y el lenguaje propio para entender y expresar el misterio de Cristo» (V PDP 120).



«Incorporados a *Cristo* por el Bautismo (cf *Rm* 6,5), los cristianos están ‘muertos al pecado y vivos para Dios en Cristo Jesús’ (*Rm* 6,11), participando así en la vida del Resucitado (cf *Col* 2,12). Siguiendo a Cristo y en unión con él (cf *Jn* 15,5), los cristianos pueden ser ‘imitadores de Dios, como hijos queridos y vivir en el amor’ (*Ef* 5,1), conformando sus pensamientos, sus palabras y sus acciones con ‘los sentimientos que tuvo Cristo’ (*Flp* 2,5.) y siguiendo sus ejemplos (cf *Jn* 13,12-16)» (CEC 1694).

«Es preciso tomar conciencia del compromiso bautismal en la vida ordinaria y redescubrir que somos todos discípulos misioneros de Jesucristo, para tener una experiencia de fe en medio de las culturas actuales y del ambiente secularista, relativista y obrar por convicción, no sólo por costumbre y tradición» (V PDP 121).

«El secreto último de la Nueva Evangelización es la respuesta al llamado a la santidad que Dios hace en Cristo a cada cristiano de modo que él transparente en sus palabras, acciones y modo de ser la verdad del amor de Dios, proponiéndolo a los demás como un cuestionamiento sin palabras y un apelo a acoger libremente la novedad radical de la propuesta cristiana. Tenemos como modelo de testimonio la figura de tantos mártires, confesores insignes de la fe, evangelizadores y fundadores de nuestras comunidades» (V PDP 180).

Queremos construir «una comunidad que promueva la dimensión social de la fe en los creyentes, integre la promoción humana en su evangelización y que procure una transformación de las estructuras para luchar a favor de la vida digna de las personas como imágenes de Dios, del ejercicio de una verdadera justicia, de la creación de las condiciones necesarias para unas relaciones fraternas y una paz auténtica (cf DA 159, 98, 542, 359)» (V PDP 147).

«Descubriéndose amado por Dios, el hombre comprende la propia dignidad trascendente, aprende a no contentarse consigo mismo y a salir al encuentro del otro en una red de relaciones cada vez más auténticamente humanas. Los hombres renovados por el amor de Dios son

capaces de cambiar las reglas, la calidad de las relaciones y las estructuras sociales: son personas capaces de llevar paz donde hay conflictos, de construir y cultivar relaciones fraternas donde hay odio, de buscar la justicia donde domina la explotación del hombre por el hombre. Sólo el amor es capaz de transformar de modo radical las relaciones que los seres humanos tienen entre sí. Desde esta perspectiva, todo hombre de buena voluntad puede entrever los vastos horizontes de la justicia y del desarrollo humano en la verdad y en el bien» (CDSI 4).

«El amor tiene por delante un vasto trabajo al que la Iglesia quiere contribuir también con su doctrina social, que concierne a todo el hombre y se dirige a todos los hombres. Existen muchos hermanos necesitados que esperan ayuda, muchos oprimidos que esperan justicia, muchos desocupados que esperan trabajo, muchos pueblos que esperan respeto: ¿Cómo es posible que, en nuestro tiempo, haya todavía quien se muere de hambre; quién está condenado al analfabetismo; quién carece de la asistencia médica más elemental; quién no tiene techo donde cobijarse? El panorama de la pobreza puede extenderse indefinidamente, si a las antiguas añadimos las nuevas pobrezas, que afectan a menudo a ambientes y grupos no carentes de recursos económicos, pero expuestos a la desesperación del sin sentido, a la insidia de la droga, al abandono en la edad avanzada o en la enfermedad, a la marginación o a la discriminación social... ¿Podemos quedar al margen ante las perspectivas de un *desequilibrio ecológico*, que hace inhabitables y enemigas del hombre vastas áreas del planeta? ¿O ante los *problemas de la paz*, amenazada a menudo con la pesadilla de guerras catastróficas? ¿O frente al *vilipendio de los derechos humanos fundamentales* de tantas personas, especialmente de los niños?» (CDSI 5).

«El amor cristiano impulsa a la denuncia, a la propuesta y al compromiso con proyección cultural y social, a una laboriosidad eficaz, que apremia a cuantos sienten en su corazón una sincera preocupación por la suerte del hombre

a ofrecer su propia contribución. La humanidad comprende cada vez con mayor claridad que se halla ligada por un destino único que exige asumir la responsabilidad en común, inspirada por un *humanismo integral y solidario*: ve que esta unidad de destino con frecuencia está condicionada e incluso impuesta por la técnica o por la economía y percibe la necesidad de una mayor conciencia moral que oriente el camino común. Estupefactos ante las múltiples innovaciones tecnológicas, los hombres de nuestro tiempo desean ardientemente que el progreso esté orientado al verdadero bien de la humanidad de hoy y del mañana» (CDSI 5).

«Educar en los valores va más allá del mero anuncio; es necesario crear hábitos de comportamiento cristiano que garanticen la convivencia en familia y la armonía en la sociedad (cf CEM, *Educar para una nueva sociedad*, Tercera Parte, capítulo 2) para que la ley del Señor esté escrita en sus corazones (cf Jer 31,33). Educar en los valores es tarea de todo el Pueblo de Dios, no sólo en su labor intraeclesial, sino en la sociedad y en las realidades temporales, campo propio y primario de los laicos (cf ChL 17)» (V PDP 177).

Presentamos tres esquemas de temario para fiestas patronales:

1) «**Las bienaventuranzas, rasgos de nuestra identificación con Cristo**»: señala las etapas que Cristo vivió y propone para recorrer el camino que nos hace auténticamente felices, tomados fundamentalmente del texto que san Juan Pablo II entregó a los jóvenes en la XVII Jornada Mundial de la Juventud en Toronto. Es el esquema que proponemos como guía general para las fiestas patronales o de titulares de iglesia.

2) «**Promotores de una cultura de paz**»: para una campaña en favor de la paz, tomado fundamentalmente del libro de religión «Yo sigo a

Cristo» de Jesús Bravo y María José Velert (Ed. Verbo Divino), el Compendio de Doctrina Social de la Iglesia y la Carta de la CEM «Que en Cristo nuestra paz México tenga una vida digna». Se presenta como segunda alternativa para quienes tienen más fiestas o algunos eventos por la paz.

3) «**Los diez mandamientos, un camino de alianza**» sobre los mandamientos, tomado fundamentalmente del curso «La Alianza» P. Saravia, y del Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica. Es una segunda alternativa para las comunidades que tienen más de una fiesta popular de carácter general. Sus temas se tratarán en otros momentos de evangelización, sea en este año o en el último de nuestro V Plan de Pastoral.

«El mundo está cansado de palabras y requiere testigos auténticos y congruentes (cf EN 41). Los escándalos e infidelidades de los cristianos no se contrarrestan con más palabras, sino con hechos permanentes. La sociedad de hoy requiere de cristianos que trasparen a Cristo y su proyecto de salvación, más que nuevas estrategias pastorales, pues éstas requieren de ese testimonio, de lo contrario resultan ineficaces... Testigos que evangelicen con la propia vida y el ejemplo: fidelidad a Jesucristo, pobreza y desapego de los bienes materiales, libertad frente a los poderes del mundo, santidad encarnada, sentido eclesial, pasión por la salvación de todos, opción por los últimos y a partir de ellos» (V PDP 179).

«Cristiano, reconoce tu dignidad. Puesto que ahora participas de la naturaleza divina, no degeneres volviendo a la bajeza de tu vida pasada. Recuerda a qué Cabeza perteneces y de qué Cuerpo eres miembro. Acuérdate de que has sido arrancado del poder de las tinieblas para ser trasladado a la luz del Reino de Dios» (San León Magno, *Sermo* 21, 3)» (CEC 1691).

Agradecemos al P. Francisco Escobar Mireles la elaboración de este subsidio.

*CoDiPaPro y Vocalía de Elaboración de Materiales*

## PRIMERA SERIE DE TEMAS:

### LAS BIENAVENTURANZAS, RASGOS DE NUESTRA IDENTIFICACIÓN CON CRISTO

## 1. LAS BIENAVENTURANZAS, CAMINO HACIA LA FELICIDAD

*«Dichoso el hombre que no sigue el consejo de los impíos, sino que su gozo es la Ley del Señor» (Sal 1).*

### Lecturas: -----

Proverbios 14,21.31: Dichoso quien se complace del humilde.

Efesios 4,22-27: Revístanse del hombre nuevo creado a imagen de Dios.

Salmo 145, 5-10. R. Dichoso el que pone su esperanza en el Señor.

Mateo 5, 1-12: Dichosos los pobres de espíritu.

Todos queremos ser felices, pero pensamos que encontraremos la felicidad en tener más cosas, en la diversión, el éxito, la fama, la comodidad. Jesús se dio cuenta cuando vino al mundo, que los hombres estamos equivocados, buscando la felicidad donde no está. Un día, como nuevo Moisés, subió a la montaña y habló a todas las personas que le seguían explicándoles que la felicidad no está en tener, dominar, disfrutar... sino en algo muy diferente: amar y ser amado.

La única y verdadera felicidad no está en la tierra sino en el cielo, en vivir al estilo de Jesús y llegar a estar junto a Dios para siempre. Jesús dice en las Bienaventuranzas quiénes deben sentirse dichosos, felices, triunfadores, campeones, afortunados, porque van en el camino correcto para llegar al cielo. Corresponden al deseo de felicidad que Dios ha puesto en el corazón del hombre. Expresan la santidad de Cristo. En ella Él hace un autorretrato de sí mismo: Él es el pobre de espíritu, el manso, el perseguido, el pacificador...



Dice el Catecismo de la Iglesia Católica:

«Las bienaventuranzas están en el centro de la predicación de Jesús. Con ellas Jesús recoge las promesas hechas al pueblo elegido desde Abraham; pero las perfecciona ordenándolas no sólo a la posesión de una tierra, sino al Reino de los cielos» (CEC 1716).

«Las bienaventuranzas dibujan el rostro de Jesucristo y describen su caridad; expresan la vocación de los fieles asociados a la gloria de su Pasión y de su Resurrección; iluminan las acciones y las actitudes características de la vida cristiana; son promesas paradójicas que sostienen la esperanza en las tribulaciones; anuncian a los discípulos las bendiciones y las recompensas ya incoadas; quedan inauguradas en la vida de la Virgen María y de todos los santos» (CEC 1717).

«Las bienaventuranzas responden al deseo natural de felicidad. Este deseo es de origen divino: Dios lo ha puesto en el corazón del hombre a fin de atraerlo hacia Él, el único que lo puede satisfacer: «Ciertamente todos nosotros queremos vivir felices, y en el género humano no hay nadie que no dé su asentimiento a esta proposición incluso antes de que sea plenamente enunciada» (San Agustín, *De moribus Ecclesiae catholicae*, 1, 3, 4). «¿Cómo es, Señor, que yo te busco? Porque al buscarte, Dios mío, busco la vida feliz, haz que te busque para que viva mi alma, porque mi cuerpo vive de mi alma y mi alma vive de ti» (San Agustín,



*Confesiones*, 10, 20, 29). «Sólo Dios sacia» (Santo Tomás de Aquino, *In Symbolum Apostolorum scilicet «Credo in Deum» expositio*, c. 15)» (CEC 1718).

«Las bienaventuranzas descubren la meta de la existencia humana, el fin último de los actos humanos: Dios nos llama a su propia bienaventuranza. Esta vocación se dirige a cada uno personalmente, pero también al conjunto de la Iglesia, pueblo nuevo de los que han acogido la promesa y viven de ella en la fe» (CEC 1719).

«Las bienaventuranzas recogen y perfeccionan las promesas de Dios desde Abraham ordenándolas al Reino de los cielos. Responden al deseo de felicidad que Dios ha puesto en el corazón del hombre» (CEC 1725). «Nos enseñan el fin último al que Dios nos llama: el Reino, la visión de Dios, la participación en la naturaleza divina, la vida eterna, la filiación, el descanso en Dios» (CEC 1726). «Nos colocan ante opciones decisivas con respecto a los bienes terrenos; purifican nuestro corazón para enseñarnos a amar a Dios sobre todas las cosas» (CEC 1728).

«La bienaventuranza de la vida eterna es un don gratuito de Dios; es sobrenatural como también lo es la gracia que conduce a ella» (CEC 1727). «La bienaventuranza del cielo determina los criterios de discernimiento en el uso de los bienes terrenos en conformidad a la Ley de Dios» (CEC 1729).

Las ocho condiciones requeridas constituyen la ley fundamental del Reino, la auténtica médula y tuétano de la perfección cristiana. Los versículos intermedios expresan, en imágenes parciales, una bienaventuranza sin fin, la misma posesión de la salvación mesiánica. Por su profundidad y amplitud de pensamiento, y su relación práctica sobre la vida cristiana, el pasaje puede ponerse al mismo nivel que el Decálogo en el Antiguo Testamento, y que la Oración del Señor en el Nuevo, y supera ambos por su belleza y estructura poética.

Hoy en día el mensaje de las bienaventuranzas sigue siendo plenamente vigente y nos muestran el camino para ser auténticamente felices. Esta felicidad no consiste en el tener y el bienestar, sino en el amor de hijos del Padre y en recibirlo todo del Padre viviendo en su amor. Pero a pesar de ser tan actual, parece que no tiene sentido en un mundo que ha vuelto la espalda a Dios. Vivimos como si Dios no existiera, incluso como si fuera un estorbo que hay que desterrar de nuestras vidas para ser plenamente felices.

Sin embargo, el camino de la auténtica felicidad no se halla en el placer que propone el hedonismo, ni en el afán de tener y poseer del materialismo, la auténtica felicidad se halla sólo en Cristo, quien nos ha señalado en las bienaventuranzas el camino para alcanzarla.

En estas fiestas vamos a ir reflexionando sobre cada una de las bienaventuranzas reportadas en el Evangelio de san Mateo, para revisarnos y poder descubrir hasta qué punto vivimos de acuerdo a la vida nueva que hemos recibido en el Bautismo, y que consiste precisamente en la vida de Dios en nosotros.

### **Examinémonos:** -----

¿He buscado la verdadera felicidad hoy? ¿La he buscado en la pobreza, el dolor, el perdón, la limpieza de mi corazón o la estoy buscando en las cosas de este mundo: el dinero, la diversión, el poder, la violencia...? ¿Valoro la pobreza de espíritu? ¿Para qué sirve la humildad en mi vida? ¿Soy misericordioso con el prójimo? ¿Procuró sentir vivos deseos de justicia y santidad? ¿Soy promotor de paz en mi comunidad? ¿Vivo de manera coherente con mi fe, aunque me critiquen, me señalen, se burlen...?

Al terminar, Jesús se dirige a nosotros para decirnos: *Dichosos serán ustedes cuando por causa mía los insulten y digan toda clase de calumnias contra ustedes, alégrese y regocíjense, porque su recompensa será grande en los cielos.* Si alguna vez hablan mal, se burlan de ti, te señalan porque eres bueno, porque respetas los mandamientos de Dios, porque rezas, porque hablas de Jesús, porque defienes lo que Jesús nos enseñó... ¡Alégrate, Dios tiene preparado para ti un gran premio en el cielo!

### **Oración universal:** -----

**Nuestro Señor Jesucristo nos dejó el ejemplo para que sigamos sus huellas. Elevemos a Él nuestra oración, con humildad y confianza, a fin de que purifique nuestro corazón y nos conceda vivir de acuerdo al Evangelio. Vamos a responder a cada invocación:**

***R. Ayúdanos, Señor,  
a encontrar el camino de la felicidad.***

1. Señor Jesucristo, tú dijiste: «Dichosos los pobres de espíritu porque de ellos es el Reino de los cielos»; te pedimos por quienes se preocupan demasiado por sus riquezas e incluso cometen injusticias para obtenerlas; y también por quienes

- comparten lo que tienen y ponen su confianza en la providencia de tu Padre. **Oremos.**
2. Señor Jesucristo, tú dijiste: «Dichosos los que lloran porque serán consolados»; ayuda a quienes lloran y sufren, cambia la actitud de quienes toleran con impaciencia sus penas, y suscita agentes que acompañen a los afligidos. **Oremos.**
  3. Señor Jesucristo, tú dijiste: «Dichosos los sufridos porque heredarán la tierra»; libra a nuestro mundo de las discordias, divisiones, enfrentamientos y guerras, y ayúdanos a desterrar toda violencia en nuestro trato con los demás. **Oremos.**
  4. Señor Jesucristo, tú dijiste: «Dichosos los que tienen hambre y sed de justicia porque serán saciados»; danos hambre y sed de ti, fuente de toda santidad, y celo por que se haga justicia entre nosotros y en la sociedad. **Oremos.**
  5. Señor Jesucristo, tú dijiste: «Dichosos los misericordiosos porque obtendrán misericordia»; ayuda a conceder el perdón a los distanciados, y a evitar juzgar a los demás con severidad. **Oremos.**
  6. Señor Jesucristo, tú dijiste: «Dichosos los limpios de corazón porque ellos verán a Dios»; líbranos

de ser esclavos de nuestras pasiones desordenadas y la excitación de los sentidos, para levantar los ojos hacia ti. **Oremos.**

7. Señor Jesucristo, tú dijiste: «Dichosos los que trabajan por la paz porque se les llamará hijos de Dios»; ayúdanos a establecer la paz en nuestras familias, en nuestra comunidad, en nuestra nación y en el mundo. **Oremos.**
8. Señor Jesucristo, tú dijiste: «Dichosos los perseguidos por causa de la justicia porque de ellos es el Reino de los cielos»; haz que prefiramos padecer con gusto las injusticias que cometerlas en el trato con nuestros hermanos. **Oremos.**

**Señor Jesucristo, manso y humilde de corazón, misericordioso, pacífico y pobre, tú que fuiste muerto por la justicia y llegaste a la gloria por la Cruz para mostrarnos el camino de la salvación; concédenos recibir alegremente tu Evangelio y vivir de acuerdo a tu ejemplo, para ser coherederos y copartícipes de tu Reino. Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos.**

---

## **2. PRIMERA BIENAVENTURANZA** ***DICHOSOS LOS POBRES,*** ***PORQUE DE ELLOS ES EL REINO DE DIOS***

*«Ustedes conocen la generosidad de nuestro Señor Jesucristo, el cual, siendo rico, se hizo pobre por ustedes a fin de enriquecerlos con su pobreza» (2Co 8,9)*

---

### **Lecturas:** .....

Isaías 58,6-11: Parte tu pan con el hambriento.

Salmo 15. R. Señor, tú eres la parte de mi herencia.

Filipenses 2,6-11: Cristo se humilló a sí mismo, por eso Dios lo exaltó.

Mateo 13,44-46: Vende cuanto tiene y compra aquel campo.

(O bien):

Mateo 6,31-34: No se angustien por el mañana.

### **Quiénes son los pobres**

Pobre, para Jesús, no es aquél que no tiene cosas, sino más bien aquél que no tiene su corazón puesto en las cosas.

Hay una diferencia: Puedes ser una persona que no tenga cosas materiales pero que sólo estás pensando en lo que no tienes y en lo que quieres tener. Entonces no eres "pobre de corazón". En cambio puedes ser una persona que sí tenga cosas pero que tu mente está puesta en agradar a Dios, en trabajar por El, en ayudar a otros, en dar tu tiempo y compar-



tir tus bienes. Si no vives ocupado de lo que tienes, si no eres ambicioso, envidioso, presumido, y confías en Dios y no en el dinero, entonces ¡eres libre, eres feliz!

La palabra pobre evoca un ‘anyâ arameo (hebreo ‘anî): encorvado, afligido, miserable, pobre; manso es sinónimo de la misma raíz, ‘ánwan (hebreo, ‘ánaw): que se inclina, humilde, manso, gentil. Algunos eruditos agregan humildad; piensan en los «mendigos ante Dios» que reconocen humildemente su necesidad de ayuda divina.

Pero la oposición a los «ricos» (Lc 6,24) apunta a la significación común y obvia, que no se limita a la necesidad y angustia económica, sino abarca el conjunto de la dolorosa condición del pobre: escasos bienes, dependencia social, indefensa exposición a la injusticia de los ricos y poderosos.

Aparte de la bendición del Señor, la promesa del Reino celestial no se otorga por la condición externa actual de tal pobreza.

Los dichosos son pobres «de espíritu»: que por su propia voluntad están dispuestos a soportar por amor de Dios esta dolorosa y humilde condición, incluso aunque realmente sean ricos y felices; mientras que, por otro lado, los realmente pobres pueden no alcanzar esta pobreza «de espíritu».

Más que la condición social de pobre, expresa la actitud religiosa de humildad ante Dios: es pobre el que acude a Dios sin considerar méritos propios y confía sólo en la Misericordia Divina para ser salvado (infancia espiritual).

El cristiano se considera ante Dios como un niño pequeño que no tiene nada en propiedad; todo es de Dios su Padre y a Él se lo debe. La pobreza cristiana exige el desprendimiento de los bienes materiales y una austeridad en el uso de ellos.

La pobreza que Jesús declaró dichosa es aquella hecha a base de desprendimiento, confianza en Dios, sobriedad y disposición a compartir.

La verdadera dicha no reside en la riqueza o el bienestar, ni en la gloria humana o el poder, ni en ninguna obra humana, por útil que sea, como las

ciencias, las técnicas, y las artes, ni en ninguna criatura. Sólo Dios es la fuente de todo bien y de todo amor.

### Jesús: el pobre de espíritu

Jesús es el modelo de pobreza de espíritu. Se hizo voluntariamente pobre para enriquecernos con su pobreza. Esto es la pobreza de espíritu. Es un espíritu que abraza gustosamente la pobreza por caridad, por benevolencia, por misericordia.

San Pablo amplía la descripción de la pobreza con que se abraza el Hijo eterno de Dios al hacerse hombre, y cómo por eso el Padre le entrega el Reino y el Señorío:

a) *A Jesús por haberse hecho el pobre de espíritu...* «Aunque tenía el mismo ser de Dios, no se aferró a su condición de Dios, sino que se anonadó a sí mismo y se hizo siervo. Y haciéndose semejante a los hombres y pasando por un hombre cualquiera, se hizo pequeño, hecho obediente hasta la muerte, hasta la muerte de Cruz».

b) *Su Padre le entregó el Reino.* «Por eso Dios lo exaltó y lo agració con el nombre que está sobre todo nombre, para que, ante el nombre de Jesús, toda rodilla se doble, en los cielos, en la tierra y en los abismos, y toda lengua proclame que Jesucristo es Señor, para gloria de Dios Padre» (Flp 2,6-11).

### Desapego del Hijo a su propia gloria

El Hijo de Dios, igual al Padre, no se aferra a su condición divina, renuncia a lo que le es debido por su naturaleza divina, pasa por un hombre cualquiera, no reclama ni exige honores que le eran debidos, renuncia a sus derechos, se hace pequeño, humilde.

Pero no sólo renuncia a gloria, honores y riquezas, sino que se abraza con una muerte infamante, tras haber padecido calumnias y juicios injustos. Siendo inocente pasa por criminal, permite que sean avasallados sus derechos.

Él, como hombre hijo de Dios, no viene a buscar su propia gloria sino la del Padre. Y así como le da gloria con su humillación, se la da con la exaltación con que lo agracia el Padre, haciendo reconocer su



señorío y dándole el Reino, una dignidad que es reconocida en los cielos, la tierra y los infiernos. En una palabra: por haberse hecho pobre de espíritu se le entrega el Reino de los Cielos.

La pobreza de Espíritu, nos enseña la vida de Jesús, es un desapego de sí mismo y de todas las cosas, no sólo de dinero, sino de fama y gloria. Ese desapego se explica porque el hijo recibe la vida del Padre en cada momento.

Jesús fue tan fiel al Padre en la vida oculta en Nazaret como en la vida de público ministerio. Nada pudo apartarlo de su Vida de cara al Padre, ni los éxitos y la fama de las muchedumbres, ni la infamia y la injusticia de los hombres y de las autoridades. Por eso, el Padre lo encontró confiable, digno de fe y le confió el Reino, sabiendo que no se lo apropiaría ni usurparía, sino que lo administraría siempre «para gloria de Dios Padre.»

Esta es la meta de la vida cristiana y ser pobre de espíritu, es reconocerla y tenerla como la meta de la propia vida.

### **Renuncia al propio derecho por caridad con los demás**

Este principio de la renuncia voluntaria al propio derecho y a la propia gloria por la gloria del Padre y por el bien de los hermanos, es un fundamento de toda la cultura y conducta cristiana.

Gobierna la conducta de Pablo cuando renuncia voluntariamente al derecho que tienen los apóstoles de ser alimentados por la comunidad: «Nadie me privará de mi gloria... ¿Cuál es mi recompensa? Predicar el evangelio entregándolo gratuitamente, renunciando al derecho que me confiere el Evangelio» (1Co 9,15.18.4-6.12). Como Jesús, reconoce que «siendo libre de todos, me he hecho esclavo de todos» (9,19; cf Flp 2,7: «tomó condición de esclavo»).

Y gobierna la solución de problemas comunitarios, como el escándalo que produce que los cristianos acudan con sus litigios ante tribunales paganos: «¿Por qué no prefieren más bien soportar la injusticia? ¿por qué no se dejan más bien despojar?» (1Co 6,7). O que coman carne inmolada a los ídolos escandalizando a los débiles: «si por un alimento tu hermano se entristece, tú no procedes ya según la caridad. ¡que por tu comida no destruyas a aquél por quien murió Cristo.» (Rm 14,15)

### **«De ellos es el Reino de los Cielos»**

¿Qué quiere decir el Reino de los cielos? Quiere decir: el Reino del Padre de los Cielos. «En los cielos», «de los cielos», «celestial», son calificativos que se aplican al Padre es pues el Reino: «de mi Padre que está en los cielos»; o «de su Padre que está en los cielos», o del «Padre nuestro que estás en los cielos».

Es el Reino que el Padre entregó a su Hijo Jesús, como leímos en el himno de Filipenses 2. Es casi como un nombre de Dios, como un nombre del Padre. Por eso se usa como sinónimo de la nueva justicia filial que supera la de los escribas y fariseos.

Esta expresión se aplica al Padre de Jesús o de los hijos: «Les aseguro que ya no beberé del fruto de la vid hasta el día aquél en que lo beba con ustedes en el Reino de mi Padre.» (Mt 26,29) «Entonces los justos brillarán como el sol en el Reino de su Padre».

Estos textos apuntan a la consumación de la comunión filial con el Padre en la vida eterna. Aquí el Reino de los cielos cobra su sentido pleno como comunión eterna de vida

Así exaltará el Padre a todo el que no busque la propia gloria sino la gloria del Padre, que no viva para sí mismo sino para el Padre: «Porque ninguno de vosotros vive para sí mismo... para el Señor vivimos» (Rm 14,7) A todo el que reconoce y acata el señorío y la realeza del Padre con corazón de hijo, le pertenece el Reino del Padre, como a príncipe.

Ser hijo significa que no nos damos el ser a nosotros mismos, sino que lo recibimos del Padre, siempre y en cada momento. Por lo tanto, el que tiene corazón de hijo se reconoce como un ser recibido de Otro. Ser hijo es recibir el ser, recibirlo alegremente, recibirlo con gratitud confiada y alegre. Tener corazón de hijo nos dispensa de todo esfuerzo por construirnos nuestro propio destino. Vida, destino, historia, todo lo pedimos y recibimos del Padre. Cada día. Los hijos estamos dispensados de hacernos proyectos propios, porque confiamos en que el del Padre es mejor.

Los que no vivieron en esta vida para sí sino para la gloria del Padre, recibirán eternamente la vida del Padre. La vida eterna es como una regeneración eterna en la que eternamente se está recibiendo la vida del Padre en un acto recíproco de amor y de reconocimiento y alabanza.

A quien muestre esa fidelidad en lo poco, lo harán Señor de lo mucho. El que reciba humilde y alegremente lo poquito, como buen pobre, se le dará lo mucho: El Reino. «¡Bien, siervo bueno y fiel! Porque has sido fiel en lo poco, te pondré al frente de lo mucho, entra en el gozo de tu Señor.» (Mt 25,21-23)

La pobreza de espíritu tiene que ver con este recibirse gozosamente a sí mismo del Padre, con el reconocimiento de no pertenecerse: «¿No saben que no se pertenecen a ustedes mismos?» (1Co 6,19)

Pobreza de espíritu de hijo es no vivir para sí mismo sino para el Padre. Aunque a uno puedan pertenecerle todas las cosas, uno mismo no se pertenece, sino que le pertenece a Cristo, por haber sido comprado al precio de su Sangre, y Cristo pertenece al Padre: «Todo es de ustedes... ustedes de Cristo y Cristo de Dios» (1Co 3,21-23)

Los que vivan como hijos, reinarán con el Hijo: «los que reciben en abundancia la gracia y el don de la justicia (filial), reinarán en la vida por uno solo, por Jesucristo.» (Rm 5,17).

### **Examinémonos** -----

¿Tengo claro en qué consiste la pobreza de espíritu? ¿Tengo claro cómo la vivió Jesús y por qué es modelo de ella? ¿Cómo imito y sigo a Jesús en esa renuncia que El abrazó al encarnarse y renunciar a todo reclamo de reconocimiento o de gloria y culto que le eran debidas en justicia a su condición divina? ¿Quiero tomar por maestro a ese Jesús que renunció a todas las prerrogativas y derechos que le eran debidos, haciéndose pobre en todo, obediente y humilde, pasando por «un cualquiera.»

¿Quiero que el Padre me haga capaz de esa renuncia a mi propia gloria, olvidando y perdonando ofensas, como lo hizo Jesús que era Dios? ¿Me defiendo con pensamientos, palabras, actitudes y silencios? ¿Busco a toda costa reconocimiento, poder, riqueza y honor? ¿Soy capaz de renunciar a mis derechos por caridad: es decir, por amor al Padre y a los hermanos? ¿o me apego a ellos con sentido de posesión, riqueza, vanagloria?

Si compruebo que no tengo esas disposiciones no me afligiré ni desalentaré. Si deseo tenerlas, ese deseo lo ha puesto allí el Padre para que se lo pida; Él me lo concederá. ¿Y si no me atrevo a pedirlo porque tengo miedo que me lo conceda? Le pediré que me exorcice el miedo con su amor, porque la caridad filial perfecta exorciza el miedo (1Jn 4,8).

¿Me avengo a ocupar el último lugar como hizo y enseñó Jesús? ¿O por el contrario me pongo en primera fila por la queja, por reclamar, por tenerme demasiado en cuenta? ¿Pierdo la paz cuando me postergan, es decir cuando no soy yo el que elige el último lugar sino que son otros los que me lo asignan? ¿Reclamo mis derechos sin límites a mis reclamos? ¿Desearía poder renunciar a ellos por otro amor más grande que el amor a mí mismo?

¿Qué clase de espíritus motiva mi pensamiento del cielo?: ¿el deseo de contemplar la gloria del Padre, de la eterna gratitud y alabanza, de interceder juntamente con el Hijo por el mundo peregrino (moción del Espíritu Santo)? ¿O más bien busco huir de la vida con toda la cruz que ella comporta como seguidor de Jesús? (moción del mal espíritu). ¿Vivo con el gozo filial sabiendo que el Padre vela por mí y se goza viendo mi felicidad al alabarlo o vivo como siervo que cumple porque no le queda otra o por temor al «Amo»?

### **Oración universal:** -----

**La pobreza puede ser un mal o una virtud, de acuerdo al espíritu con el cual se viva. Pidamos a Jesús, quien siendo rico se hizo pobre para enriquecernos con su pobreza, que aprendamos a compartir lo que somos, lo que tenemos, lo que podemos y lo que sabemos.**

#### ***R. Danos, Señor, espíritu de pobres.***

1. Señor Jesús, que naciste, viviste y moriste pobre, ayuda a los agentes de pastoral a tener un estilo de vida austero y desprendido, para ser signos auténticos de una Iglesia pobre, de los pobres y que opta preferencialmente por los pobres. ***Oremos.***
2. Señor Jesús, que amas a los pobres porque amas la justicia, ayuda a quienes tiene autoridad para que cumplan su obligación primordial de suprimir la pobreza en todas sus dimensiones y combatan el hambre como un mal. ***Oremos.***
3. Señor Jesús, que conociste en tu vida la pobreza, la marginación y las limitaciones, ayuda a quienes maltratan, desprecian y explotan a los pobres o viven a costa de ellos, para que se arrepientan de este pecado que clama al cielo. ***Oremos.***
4. Señor Jesús, que amas a los pobres y te quisiste identificar con ellos, ayúdanos a evangelizar a los pobres y a dejarnos evangelizar por ellos, para compartir con este mundo agobiado nuestro descubrimiento de la verdadera felicidad. ***Oremos.***



**Padre todopoderoso y eterno, que quisiste revelar y proponer la ley de la nueva Alianza por medio de tu Palabra hecha carne en el sermón de la montaña, escucha nuestras oraciones y haz que, renovados en la verdad, vivamos con espíritu de pobres para conseguir la felicidad eterna. Por el mismo Jesucristo Ntro. Señor.**

### **Propuesta para el adorno de este día:**

Colocar cinco platos en una mesa, representando cada uno de los cinco continentes; uno lleno de alhajas y alimento chatarra; el otro con aparatos técnicos y arroz, y los otros tres casi vacíos, con un poco de frijol, verduras y pan. Y unos harapos debajo de la mesa.

## **3. SEGUNDA BIENAVENTURANZA: DICHOSOS LOS MANSOS POR QUE ELLOS POSEERÁN LA TIERRA**

*«Aprendan de mí, que soy manso y humilde de corazón» (Mt 11,29)  
«Mete la espada en la vaina, porque el que a hierro mata a hierro muere» (Mt 26,52)*

### **Lecturas:** -----

Isaías 42,1-4: He puesto mi Espíritu en mi siervo.

(O bien): Sirácide 3,17-24: Humíllate y hallarás gracia delante del Señor.

Salmo 94. Señor, haz que escuchemos tu voz.

1 Corintios 1,22-30: Dios elige a los humildes.

Mateo 11,25-30: Yo soy manso y humilde de corazón.

### **Quiénes son mansos**

Mansos son los que sufren con paciencia las persecuciones injustas; los que en las adversidades mantienen el ánimo sereno, humilde y firme, y no se dejan llevar de la ira o del abatimiento.

Manso viene del verbo «mansuescor» = dejarse poner la mano encima (un animal manso se deja poner la mano encima para acariciarlo o para ponerle carga o montarlo). Es una virtud muy necesaria para la vida cristiana. Generalmente, frecuentes manifestaciones externas de irritabilidad proceden de la falta de humildad y de paz interior.



No es fácil entender cómo Cristo pide que seas manso, cuando el mundo es violento, y para los hombres el importante es el más fuerte, el más poderoso. Ser manso significa ser bondadoso, tranquilo, paciente y humilde. No es ser «menso»: el manso es suave por afuera pero fuerte en lo que cree por dentro.

Los que humilde y mansamente se inclinan ante Dios y el hombre, «heredarán la tierra» y poseerán su herencia en paz. Esta frase, tomada del Salmo 36/37,11, se refiere a la Tierra Prometida de Israel. Pero aquí en las palabras de Cristo, es un símbolo del Reino de los Cielos, el reino espiritual del Mesías. Como símbolo del reino mesiánico, se entiende en sentido trascendente, es decir, la Patria Celestial.

### **Jesús manso y humilde de corazón**

Jesús se presenta a sí mismo como el manso del que habla esta Bienaventuranza. Dice de sí mismo que es manso y humilde de corazón e invita a imitarlo, a seguirlo por su camino con la Cruz a cuestas: «Tomen sobre ustedes mi yugo y aprendan de mí, que soy manso y humilde de corazón y encontrarán reposo para

sus almas. Porque mi yugo es el mejor y mi fardo es liviano» (Mt 11,29)

En la Biblia el corazón es el centro de la persona, el núcleo de su conciencia y de su psicología, el asiento de la decisión y la responsabilidad, es decir su vida interior y espiritual. Dios habla al corazón del hombre porque es allí donde tiene sus raíces la vida religiosa y moral del hombre.

Jesús entra en Jerusalén el día de Ramos como un Rey manso, cumpliendo la profecía de Zacarías 9,9: «He aquí que tu Rey viene a ti, manso y sentado en una asna».

San Mateo ve en esta mansedumbre de Jesús, el cumplimiento de la profecía de Isaías, que presenta al Siervo de Yahve como pacífico: «no gritará ni disputará en las plazas, no quebrará la caña ni apagará la mecha» (Is 42,1-4; Mt 12,15,21).

La caña simboliza a Egipto y la mecha humeante a Asiria, Efraím o Aram. «Te has confiado al apoyo de esa caña rota que es Egipto, que penetra y traspasa la mano de quien se apoya en ella» (2Re 18,21) «No temas, ni desmaye tu corazón por ese par de cabos de tizones humeantes» (Is 7,4) Eran las potencias vecinas a las que el Siervo no iba a imponerse violentamente.

El binomio (manso y humilde) es una forma bíblica de expresarse muy propia del pensamiento hebreo. La lengua y el pensamiento hebreo usa mucho estos paralelismos. Esto sugiere que manso y humilde son aquí sinónimos o que el uno completa en algo el sentido del otro.

Jesús se autopresenta identificándose con una categoría de personas bien conocidas en el Antiguo Testamento: los pobres de Yahwe (anawim.) A ellos se refiere el Salmo 33,3.7-19: «que lo oigan los humildes y se alegren... el pobre ha gritado y el Señor lo escuchó y lo salva de todas sus angustias... El Señor está cerca de los afligidos, de los corazones rotos y de los espíritus abatidos». Son los parientes pobres que, indefensos y necesitados, no tienen otro Goel que el Señor. El Goel, era el pariente fuerte, sano o adinerado que ayudaba piadosamente a sus familiares necesitados.

En el árbol genealógico de Jesús encontramos a una familia de desgraciados, pobres y oprimidos que, empujados por el hambre, tienen que irse de su tierra y de su ciudad, Belén, a tierras paganas, los campos de Moab, y cuya vida familiar está marcada

por la enfermedad y la muerte prematura y fuera de la Tierra Santa. Son Elimelek, Noemí y sus hijos, cuya historia leemos en el libro de Ruth y son, sin embargo, gracias a su fidelidad y su piedad, los antepasados del rey David y del Mesías.

El Salmo 37,11 ya profetizaba: «los humildes poseerán la tierra y gozarán de inmensa paz». En este salmo se promete la tierra también a los que confían en Dios: «los que esperan en el Señor, poseerán la tierra» (v.9) y por tercera vez, a «los justos poseerán la tierra y habitarán en ella para siempre» (v.29).

### «Ellos poseerán la Tierra»

Jesús también hace una promesa a los que tomen su Cruz y lo sigan por su camino: «Encontrarán reposo para sus almas». ¿Existe alguna relación entre esta promesa del reposo, que pronuncia Jesús, y la de recibir la tierra en herencia?

Se llama «reposo» o «descanso» a la Tierra Prometida. La generación de corazón duro, que tentó al Señor en el desierto a pesar de haber visto sus obras, produjo aversión en el Señor -»me asqueó»- y por ser un pueblo «de corazón torcido», no recto, por desconocer los caminos del Señor, fue excluida de entrar en la tierra: «¡Ojalá escuchen hoy su voz!, no endurezcan su corazón como en Meribá (lugar de la murmuración contra Dios), como el día de Massá (la sublevación) en el desierto, donde me tentaron sus padres, me pusieron a prueba aunque habían visto mi obra (la liberación de Egipto). Cuarenta años me asqueó aquella generación, y dije: «Es un pueblo de corazón extraviado, no conocen mis caminos. Y por eso he jurado en mi cólera: ¡no entrarán en mi descanso!» (Sal 94/95,7-11)

Las Promesas de la Tierra en el Antiguo Testamento, se trasponen en el Nuevo a la Vida Eterna, a la Patria celestial, a la casa del Padre, donde tienen su morada definitiva los hijos de Dios. Jesús fue, por delante, a prepararle un lugar a los suyos (Jn 14,2). En la carta a los Hebreos se nos pinta la peregrinación de las generaciones de creyentes desde Abraham, en busca de una patria celestial: «van en busca de una patria... aspiran a una patria mejor, la celestial. Por eso Dios no se avergüenza de ser llamado Dios suyo, porque les tiene preparada una ciudad» (Heb 11,14.16). Y se trasponen al Reino de los cielos: al Padre:

El camino de Jesús es el camino de la Cruz. Quien lo sigue en esta escuela del amor filial, entra

en la caridad y encuentra su fruto, que es la paz, como una herencia, un don debido a los hijos, que el Padre da a Jesús y Jesús promete a todos los que vivan como él.

El título de posesión de la tierra es un título de herencia, es decir, de legado paterno en virtud de la condición filial. En el Antiguo Testamento ya se habla de la Tierra Santa en términos de herencia (Gn 31,14; Nm 18,20; Jos 14,2; Is 54,17; Ez 35,15; Sal 105,11).

### La violencia santa

Esta bienaventuranza de los mansos tiene estrecha relación con la de los perseguidos por causa de la justicia filial. Jesús pone la inauguración de esta «violencia padecida por el Reino» en la prisión de Juan el Bautista. Al recibir a sus discípulos que le llegan con una embajada del profeta prisionero, Jesús exclama, después de haberlo proclamado el más grande de los nacidos de mujer: «Desde los días de Juan el Bautista hasta ahora, el Reino de los Cielos sufre violencia, y los violentos lo arrebatan» (Mt 11,12). «La Ley y los profetas llegan hasta Juan; a partir de ahí comienza a anunciarse la Buena Nueva del Reino de Dios, y todos emplean la violencia frente a él» (Lc 16,16).

El ejercicio de la justicia filial va acompañada de una cierta violencia o mortificación de los impulsos desviados de la naturaleza humana herida por el pecado original. Es estrecha la senda y la puerta que conduce a la vida y sólo los esforzados entrarán por ella (cf Mt 7,13-14; 11,12; Lc 13,20-24) Es necesario estar dispuesto a hacerse violencia y arrancarse el ojo, o amputarse la mano o el pie para entrar en la vida (Mt 5,29-30; 18,8-9; Mc 9,42ss)

«Así que, hermanos míos, no somos deudores de la carne para vivir según la carne, pues, si ustedes viven según la carne, morirán. Pero si con el Espíritu hacen morir las obras del cuerpo, vivirán» (Rm 8,12-13)

Doroteo de Gaza habla de la «Acusación de sí mismo.» Y San Agustín: «Lo que atestigua a favor de nuestra vida es el reconocimiento de nuestras culpas. Los hombres sin remedio son aquéllos que dejan de atender a sus propios pecados para fijarse en los de los demás. No buscan en qué deben corregirse sino en qué pueden morder.»

La mansedumbre, por lo tanto, implica una gran fortaleza para vencer el mal con el bien, empezando por uno mismo.

### Examinémonos: -----

Si advierto (y el Señor me muestra) iracundia, agresividades, dureza de corazón, durezas en expresiones, silencios hostiles, destructividad, rencores, espíritu vengativo ¿analizo, con la luz de su gracia, las causas profundas: vicio de ira, de orgullo o soberbia? Pido al Padre celestial erradique de mí todo eso que le desagrada en un hijo.

Además de los pecados de ira, rencor, venganza o violencia, expondré al Padre y a Jesús, en el sacramento de la Penitencia, mis luchas y deseo de vivir de forma agradable al Padre, pidiéndole que su gracia me ayude a vencer. Meditaré lo que dice Santa Teresa: «la cruz abrazada es la menos pesada.. Los mansos ponen en Dios toda su esperanza y de Él dependen (también para corregirse o para perseverar en la mansedumbre a pesar de las pruebas), por eso poseerán la tierra (prometida, eterna):

Pediré también la gracia de sufrir pacientemente mis limitaciones de carácter, de salud, laborales, y de evitar lamentos y comentarios. Que me baste y me haga paciente y fuerte, la certeza interior de que basta que el Padre, que ve en lo secreto, lo sepa, y que de Él vengan tanto el remedio como la recompensa.

Si me dejo atrapar fácilmente por lo contingente, desearé y pediré al Padre, y me ejercitaré en el deseo y la esperanza de la Vida eterna. ¿Tengo presente en mi corazón que Dios es mi «Goel» (mi Redentor que me defiende y ampara), para dejar de buscar protección, compasión, en las criaturas y dejar de autocompadecerme? ¿Pongo toda mi esperanza en Él y en su providencia o empuño la espada en mi defensa?

### Oración universal: -----

**La mansedumbre nace de la experiencia de la grandeza de Dios y el conocimiento de nuestra condición de criaturas. Pidamos el don de la mansedumbre para dar al mundo testimonio del auténtico camino para ser felices.**

*Respondemos a cada petición:*

**R. Señor, danos un corazón semejante al tuyo.**

1. Que los discípulos misioneros de Jesucristo tengamos un corazón manso y humilde para vivir con paciencia y convivir en paz con todos. **Oremos.**
2. Que las autoridades ejerzan su servicio con mansedumbre, sin prepotencia y sin humillar a nadie por su condición vulnerable. **Oremos.**



3. Que los que se sienten humillados por el fracaso, la humillación, la marginación, el dolor y la exclusión, vivan esa experiencia como Jesús. **Oremos.**
4. Que el Señor nos libre del orgullo, la soberbia, la arrogancia, la negación del servicio fraterno, la jactancia de los méritos propios y la búsqueda del éxito a costa de otros. **Oremos.**

**Dios misericordioso, descanso en la fatiga, fuerza en la debilidad, consuelo en el dolor, escucha las plegarias que te dirigimos, y haz que imitemos la mansedumbre de tu Hijo, que vive y reina por los siglos de los siglos.**

**Propuesta para adorno:**

Tierra en el suelo con surcos con semilla y en macetas florecidas.

## **4. TERCERA BIENAVENTURANZA: DICHOSOS LOS QUE LLORAN, PORQUE ELLOS SERÁN CONSOLADOS**

*«¡Recoge mis lágrimas en tu odre, Dios mío!» (Salmo 55, 9)*

**Lecturas:** .....

2 Reyes 20,1-6: He visto tus lágrimas y yo te curaré.

Salmo 50. R. Devuélveme la alegría de tu salvación.

Romanos 8,19-23: También nosotros gemimos anhelando la redención.

Lucas 19,41-42; 13,34-35; 19,43-44: Jesús llora sobre Jerusalén.

**Quiénes son los dichosos que lloran**

Hay personas que tienen muchos sufrimientos en esta vida y pensamos: ¡Pobrecito! Pero Cristo dice: Feliz el que sufre, porque ese dolor bien llevado le ayudará a llegar más fácilmente al cielo. Si unes tu sufrimiento a de Cristo, ayudas a tu propia salvación y a la de otros hombres. Se opone (Lc 6,25) a la risa y alegría mundana de carácter frívolo. Los motivos del llanto no derivan de las miserias de una vida de pobreza, abatimiento y sometimiento, sino las miserias que el hombre piadoso sufre en sí mismo y en otros, sobre todo el tremendo poder del mal por todo el mundo.



A tales dolientes el Jesús les trae «la consolación de Israel» (Lc 2,25) predicha por los profetas, especialmente el Libro de la Consolación de Isaías (11-66). Los judíos tardíos conocían al Mesías como Menahem: el Consolador.

Los «oniyim» (justos que lloran y piadosos afligidos por la aflicción que produce la pobreza y el despojo de los inocentes que sólo tienen a Dios por defensor y a Él se acogen confiadamente pidiendo justicia en su inocencia avasallada) eran conocidos en el Antiguo Testamento. «Si quieres servir al Señor, prepara tu alma para la tribulación... porque en el fuego se purifica el oro y los que aman a Dios en el horno de la humillación» (Sir 2,1.5). Ruth es un ejemplo de los antepasados del Mesías pobres y afligidos.

En el Nuevo Testamento están María y de los Apóstoles, a los que la Pasión separa de Jesús, y más tarde los cristianos que padecen persecuciones hasta su venida gloriosa. «Serán ustedes odiados de todos por causa de mi nombre» (Mc 13,13). «Pero cuando los lleven para entregarlos, no se preocu-

pen ustedes de qué van a decir; sino hablen lo que se les comunique. Porque no serán ustedes los que hablen sino el Espíritu Santo» (Mc 13,11)

Esta bienaventuranza, como la segunda, se refleja en las palabras de Jesús: «Vengan a mí todos los que están fatigados y agobiados, y yo les daré descanso» (Mt 11,25-30). Nuestro Señor llama dichosos a todos los afligidos por alguna causa, particularmente a quienes están verdaderamente arrepentidos de sus pecados, o apenados por las ofensas que otros hacen a Dios, y que llevan su sufrimiento con amor y deseos de reparación.

Hay 3 pasos para llevar el dolor: Primero, súpelo con paciencia. Luego, trata de llevarlo con gusto. Lo mejor: ofrécelo a Dios por amor.

### El llanto de Jesús

Algunos piensan que las lágrimas a las que se refiere Jesús son las del que llora sus pecados. Por ejemplo las de Pedro (Mt 26,75; Lc 22,62). Es verdad pero no es lo más hondo, ya que el modelo de las lágrimas dichosas es Jesús. Y Jesús no lloró por sus propios pecados sino por los ajenos, especialmente los de Jerusalén y de su propia casa y pueblo.

Si observamos cuándo llora Jesús y por qué, comprendemos cuál es el llanto dichoso al que se refiere. Aparte del episodio de la muerte de Lázaro, donde Jesús llora (Jn 11,35) conmovido por su afecto de verdadero hombre y amigo, vemos a Jesús llorando sobre Jerusalén, conmovido por su amor de verdadero israelita pero también de verdadero Dios:

«Al acercarse y ver la ciudad, lloró sobre ella, diciendo: ¡Si también tú conocieras en este día el mensaje de paz! Pero ahora está oculto a tus ojos. Porque vendrán días sobre ti, en que tus enemigos te rodearán de empalizadas, te cercarán y te apretarán por todas partes, y te estrellarán contra el suelo a ti y a tus hijos que estén dentro de ti, y no dejarán en ti piedra sobre piedra, porque no has conocido el tiempo de tu visita» (Lc 19,41).



Jesús está llegando a Jerusalén para su Pasión y sabe lo que le espera, sin embargo, su corazón no está ocupado por su propia suerte sino por la de la ciudad que lo va a rechazar y por cuya salvación viene a ofrecerse. La carta a los Hebreos nos lo presenta como intercediendo con llanto y lágrimas por los pecadores: «El cual, habiendo ofrecido en los días de su vida mortal ruegos y súplicas con poderoso clamor y lágrimas al que podía salvarlo de la muerte, fue escuchado por su actitud reverente.» (Heb 5,7)

A las mujeres que lloran a su paso, al verlo cargado con su Cruz rumbo al Calvario, les corrige el motivo del llanto, confiándoles lo que a él le aflige más: «Hijas de Jerusalén, no lloren por mí, lloren más bien por ustedes mismas y por sus hijos. Porque llegarán días en que se dirá: dichosas las estériles y las entrañas que no engendraron y los pechos que no amamantaron. Y dirán a los montes: ¡caigan sobre nosotros! Y a las colinas ¡cúbrannos! Porque si en el leño verde hacen esto, en el seco ¿qué se hará?» (Lc 23, 28-31)

### Serán consolados por Dios

A esta aflicción y llanto que acompañará a los discípulos, propia de los hijos del Padre en un mundo que tiene por padre al demonio (Jn 8,44), se le promete el consuelo que da Dios mismo, enviando su Espíritu Santo. Consolar es la acción del Espíritu «consolador», o Paráclito. La promesa es expresada en voz pasiva: «serán consolados», «se les dará». Esos hebraísmos reverenciales evitan nombrar a Dios como agente de la acción, y se traducen: «Dios los consolará, el Padre, el Espíritu Santo consolador, los consolará».

No es algo distinto del amor divino, sino la misma relación amorosa de los Hijos con el Padre, de los hermanos entre sí, es la comunión divino humana en la caridad. El gozo y la paz no son sino frutos de la

caridad. El gozo de la caridad hace fuertes en la tribulación.

En la última cena, Jesús advierte a los discípulos que llorarán, pero les promete que serán consolados: «ustedes llorarán y se afligirán y el mundo se alegrará, pero su tristeza se convertirá en gozo» (Jn 16, 20). «Les conviene que yo me vaya; porque si no me voy no vendrá a ustedes el Paráclito, el Consolador, pero si me voy, se los enviaré» (Jn 16,7).

Su tristeza es santa en medio de los gozos del mundo. La Iglesia y el mundo tienen gozos y tristezas opuestas. «La carne tiene apetitos contrarios al Espíritu y el Espíritu apetitos contrarios a la carne, como que entre sí son opuestos» (Ga 5,17).

La consolación final será obra de Dios: «El Cordero que está en medio del trono los apacentará y los guiará a los manantiales de las aguas de la vida. Y Dios secará toda lágrima de sus ojos» (Ap 7,17). «Pondrá su morada entre ellos y ellos serán su pueblo y él, Dios con ellos, será su Dios. Y enjugará toda lágrima de sus ojos» (Ap 21, 3b-4).

### **El llanto y consuelo de María**

Esta tristeza santa de los discípulos, que desemboca en consuelo, fortaleza y gozo, propia de la Iglesia peregrina, tiene su prototipo en María a los pies de la Cruz.

Jesús, en la última cena, parece aludirla: «la Mujer cuando da a luz está triste porque le ha llegado su hora, pero cuando el niño le ha nacido, ya no se acuerda del aprieto por el gozo de que ha nacido un hombre en el mundo. También ustedes están tristes ahora, pero volveré a verlos y se alegrará su corazón y nadie les podrá quitar su alegría» (Jn 16,21-22).

Al señalar a Juan desde la Cruz y darlo como hijo a María: «Mujer, ahí tienes a tu hijo», Jesús se señala a sí mismo ante María, la remite a sí mismo, no tal como lo ve crucificado en su Hora, sino tal como lo debe ver glorificado en los suyos, en los que el Padre le ha dado como gloria que le pertenece. Y la remite a ella misma: no según su apariencia de Madre despojada de su único Hijo, humillada Madre del malhechor ajusticiado, sino según su verdad: primiza de su Hijo verdadero, nacido en la estatura corporativa -inicial, es verdad, pero ya perfecta- de Hijo de Hombre.

Nueva Eva, esposa del Mesías, es constituida como Madre de una humanidad nueva de Hijos de

Dios. El apelativo «Mujer» que Jesús le da desde la Cruz, revela su identidad: la Nueva Eva que nace del costado del Nuevo Adán, abierto en la Cruz por la lanza del soldado; y ella celebra un misterioso desposorio con el nuevo Adán, que la hace Esposa del Mesías en las Bodas del Cordero. Jesús la hace y proclama madre, parturienta por los mismos dolores de la redención que fundan su título de corredentora. Madre de una nueva humanidad, de la cual Juan será el primogénito y el representante de todos los creyentes».

En medio de sus mismas lágrimas, María recibe el consuelo divino. La Espada atraviesa su alma, pero abre camino a todos hacia su corazón.

### **El llanto y consuelo de la Iglesia**

El paso de la aflicción al consuelo caracteriza los encuentros de los discípulos con Jesús resucitado. Así la Magdalena pasa de las lágrimas al gozo: «María estaba llorando fuera, junto al sepulcro... le dice Jesús: Mujer ¿por qué lloras?... le dice: María... ella lo reconoce y le dice: Maestro mío» (Jn 20,11). «Los discípulos se alegraron de ver al Señor» (Jn 20,20). Y los de Emaús sentían que «estaba ardiendo nuestro corazón dentro de nosotros cuando nos hablaba en el camino y nos explicaba las Escrituras» (Lc 24,32). Lo que les explicaba Jesús con las Escrituras era que el Mesías debía padecer para entrar en su gloria. Es decir, la misma bienaventuranza y la misma promesa cumpliéndose, primero, en Jesús.

San Pablo da testimonio de esta promesa: «Estoy lleno de consuelo y sobreabundo de gozo en todas nuestras tribulaciones» (2Co 7,4) «Y ahora me alegro por los padecimientos que soporto por ustedes, y completo en mi carne lo que falta a las tribulaciones de Cristo, a favor de su Cuerpo, que es la Iglesia» (Col 1,24).

### **Examinémonos: -----**

Pido caer en la cuenta del motivo o motivos del llanto de Jesús. ¿Me asombra tanto amor y desprendimiento del Señor? ¿Le he agradecido? Es saludable, aunque me avergüence, contrastar su testimonio con mi egoísmo y superficialidad. Meditaré mi celo apostólico con la medida de su celo por la casa del Padre y por la suerte de su amada ciudad Jerusalén. Su entrega por los demás con las veces que antepongo mi comodidad al bien de los prójimos, sintiendo incluso que debía hacer lo contrario.



«Parece que no nos mueve a pena la multitud de almas que se lleva Satanás» (Sta. Teresa de Jesús) ¿Cuánto me mueve y conmueve la gloria del Padre que desea tener su casa llena de hijos y cuánto hago por ayudar al retorno de esos hijos?

¿Qué es preferible: quedarse fuera de su casa, con las manos llenas de bienes que fenecen a la muerte; o pobres, desprendidos, y aún mendigos como Lázaro, entrar lleno de gloria en el cielo? ¿Cuál es mi opción en el apostolado, sin desatender la misericordia: dar pan al hambriento, agua al sediento, vestir al desnudo, visitar al preso, etc.?

¿Cuáles son los motivos de mi llanto? ¿Lloro más por mí que por los demás? ¿Me auto compadezco o me complace que me compadezcan? ¿Me quejo de cansancio, soledad, incomprensiones, calumnias, problemas en el trabajo? ¿Creo que si acepto con amor gozoso de hijo del Padre, lo glorifico? ¿Creo que Él me consolará, deseando que me abandone en sus manos? ¿Enseño esto mismo a los que veo llorar por motivos similares?

¿Cuáles son los males ajenos que más me afligen? ¿Tengo la misma percepción que Jesús de cuáles son los males verdaderos y más graves?

¿Busco al Espíritu Santo y creo que ora en mi interior y que es la fuente de todo consuelo? ¿Sigo en esos u otros momentos sus inspiraciones o me hago sordo, por comodidad, pereza, falta de amor, por miedo al riesgo o al qué dirán?

¿Miro confiadamente mi propia vida, sabiendo que el Padre colmará mis deseos de integridad, dedicación, entrega o me abrigo por cuanto en el entorno milita contra mi estado de vida? ¿Soy diligente en poner los medios que de mí dependen para tener esta consolación que el Padre promete o por el contrario lento y perezoso, dejo que la granizada de la desolación destruya el sembrado de la gracia divina? ¿Me doy cuenta que sufren quiebra los «intereses de Jesús» (Flp 2)? Cuando, por mi descuido, pierdo el consuelo divino para obrar totalmente por su honra y gloria ¿pido con insistencia y cuidado, cuando el Señor me lo da, el gozo en medio de la tribulación? «Nos dará el ciento por uno en esta vida con tribulaciones» (Mc 10.30).

**Oración universal:** -----

**Ante la inminencia de su Pasión, Jesús lloró sobre Jerusalén, que no había sabido recono-**

**cer el tiempo de la visita del Salvador. Conso-  
lémosle y saciemos su sed de almas frente a  
tantas lágrimas inútiles, tanta frialdad de los  
corazones, tanta indiferencia a su amor y  
tanta violencia entre nosotros. Respondemos  
a cada invocación:**

***R. Haz que reconozcamos, Señor,  
la hora de nuestra salvación.***

1. Tú que lloraste ante la tumba de Lázaro y te compadeciste ante las lágrimas de la viuda de Naím, consuela a cuantos se encuentran afligidos por el dolor y la pena y suscita agentes que los defiendan y acompañen frente a tantas formas de agresión. **Oremos.**
2. Tú que has buscado de mil formas congrega en torno a ti a los hijos de tu Iglesia, como la gallina reúne a sus pollitos bajo sus alas, bendice a los responsables de las comunidades para no se cansen de trabajar por la unidad. **Oremos.**
3. Tú que pediste a las mujeres que te compade-  
cían por tus tormentos que mejor lloraran por la  
suerte de sus hijos extraviados, ayuda a cuantos  
se han esclavizado a este mundo sin mirar hacia  
el cielo. **Oremos.**
4. Tú que lloraste ante la ceguera de tu pueblo  
elegido, abre nuestros ojos para descubrir tu pre-  
sencia y tu acción, y haz que vivamos en plena  
correspondencia a nuestras promesas bautisma-  
les. **Oremos.**
5. Tú que no abandonas a quienes te abandonan,  
bendice a los alejados, seca sus lágrimas, consu-  
ela sus aflicciones, vuélvete a nosotros para que,  
convirtiéndonos a ti, llevemos a otros el consuelo  
con el cual somos fortalecidos. **Oremos.**
6. Tú que para salvarnos pagaste el precio de tu  
Pasión y Muerte, haz que correspondamos a tu  
amor infinito con el empeño de un fiel testimonio  
cristiano en medio de las más difíciles situacio-  
nes. **Oremos.**

**Señor Jesucristo, tú que lloraste por las calami-  
dades que estaban por abatirse sobre la Ciu-  
dad Santa, aleja de nosotros toda ceguera de  
espíritu y la dureza del corazón, para que  
reconozcamos en la fe tu compañía y llevemos  
consuelo a nuestros hermanos que lloran,  
convirtiendo su dolor en dicha. Tú que vives y  
reinas por los siglos de los siglos.**

## **5. CUARTA BIENAVENTURANZA: DICHOSOS LOS QUE TIENEN HAMBRE Y SED DE JUSTICIA, PORQUE ELLOS SERÁN SACIADOS**

«Está escrito: No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios» (Mt 4,4).

«Que el Reino de Dios no es comida ni bebida, sino justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo» (Rm 14,17).



### **Lecturas:** .....

Isaías 55,1-11: Vengan a mí y vivirán.

(O bien): Isaías 58,1-9: El ayuno que Dios quiere.

Salmo 118. R. Dichoso el que camina  
por la ley del Señor.

Romanos 8, 31-39: Nada podrá apartarnos  
del amor de Cristo.

Juan 4,5-14: Dame de beber.

(O bien): Marcos 6,34-44: Denles ustedes de comer.

(O bien): Juan 19,28-37: Tengo sed. Sangre y agua.

### **A quiénes se refiere**

En este mundo, los hombres cometen muchas injusticias: meten preso al inocente, culpan al que no hizo nada, no pagan lo que el otro en justicia merece, roban al otro lo que le pertenece, agreden y hasta matan al inocente. ¡Cuántas injusticias conocemos!

Cristo no te dice: busca que se te haga justicia, véngate, desquítate... sino: ¡alégrate, que ya Dios será justo en premiarte en el cielo por lo que has pasado aquí en la tierra!

La conducta es activa: «hambre y sed» de justicia es un deseo fuerte y continuo de progreso en perfección moral y religiosa, que nos permita dar a cada quién lo que le corresponda, cuya recompensa será el cumplimiento del deseo de continuo crecimiento en santidad. Se llama justo a quien se esfuerza sinceramente en cumplir la Voluntad de Dios, que se manifiesta en cumplir con amor los Mandamientos, en los deberes de estado y en la unión del alma con Dios.

Comenta San Jerónimo que esta cuarta Bienaventuranza exige, no un simple deseo vago de Justicia, sino tener hambre y sed de ella, esto es amar

y buscar con todas las fuerzas aquello que hace justo al hombre delante de Dios. El que de verdad quiere la Santidad tiene que querer los medios que la Iglesia, ofrece y enseña a vivir a todos los hombres: frecuencia de los Sacramentos, trato íntimo con Dios en la oración, fortaleza en cumplir con los deberes familiares, profesionales y sociales.

No es cualquier hambre ni cualquier sed, sino del hambre y sed «de justicia.» Jesús declaró que tenía hambre de hacer la voluntad del Padre, junto al pozo de Jacob le pidió de beber a la mujer samaritana y en la Cruz gimió: tengo sed. Es la «justicia de los



hijos». La que el Hijo Jesús, le enseña a practicar a los hijos. Una justicia que excede a la de los escribas y fariseos: «Si la justicia de ustedes no es mayor que la de los escribas y fariseos, no entrarán en el Reino de los cielos» (Mt 5,20).

Designa la vida en correcta relación filial respecto del Padre y fraterna respecto de los demás hijos del Padre, que son hermanos. Se trata pues del hambre y la sed por esta justicia nueva, que Jesús viene a traer al mundo e inaugura con su vida y conducta: un hambre de comunión filial de vida con el Padre y con el Hijo; un hambre de caridad.

Jesús contrasta dos hambres y dos necesidades, una material y otra amorosa: «No anden, pues,

preocupados diciendo: ¿qué vamos a comer? ¿qué vamos a beber?... que por todas esas cosas se afanan los paganos. Y ya sabe el Padre celestial de ustedes que tienen necesidad de todo eso. Busquen el Reino de Dios y su justicia y todas esas cosas se les darán por añadidura» (Mt 6,33).

### El hambre de Jesús

«Después de hacer un ayuno de cuarenta días y cuarenta noches, Jesús sintió hambre. Entonces se le acercó el tentador y le dijo: ‘Si eres el Hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en panes’. Mas él respondió: ‘Está escrito: No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios’» (Mt 4,3-4). Con la tentación en el desierto Jesús nos enseña que si no miramos más allá del hambre física no vemos las verdaderas y totales dimensiones de la necesidad del hombre para ser feliz. No basta el bienestar, la saciedad física para ser feliz. Bienestar y felicidad no es lo mismo.

«En otra ocasión, los discípulos le rogaban, diciendo: ‘Rabí, come’. Él les dijo: ‘Yo tengo un alimento que ustedes no conocen’. Entonces los discípulos se decían entre sí: ‘¿Le habrá traído alguien de comer?’ Jesús les dijo: ‘Mi comida es hacer la voluntad del que me envió y que llevar a cabo su obra’» (Jn 4,31-35). Esta es el hambre dichosa de los hijos a la que se le promete que el Padre la saciará.

Al comienzo de la última Cena, memorial de su amor, Jesús confiesa: «ardientemente he deseado comer esta pascua con ustedes antes de mi Pasión». Este deseo se refiere enseguida a un misterioso banquete celestial, que será la cita de encuentro del gran Nosotros divino-humano: «porque les digo que no lo comeré más hasta que se consume en el Reino de Dios» (Lc 22,15). El hambre y la sed de Jesús remiten al misterio del pan y del cáliz que entrega en la última cena y que significan su Cuerpo y su Sangre entregados por nosotros. El misterio del hambre y la sed de Jesús se expresan en la confesión de Pablo: «me amó y se entregó por mí» (Ga 2,20).

### La sed de Jesús

El episodio de la Samaritana, junto al pozo de Jacob revela el misterio de la sed de Jesús. Fatigado del camino, comienza pidiéndole de beber a la mujer. Pero enseguida pasa a ofrecerle un agua que quita la sed para siempre. En el Verbo hecho carne se nos revela así el misterio de la sed de Dios: sed de dar de beber, sed de calmar la sed.

«Respondió Jesús y le dijo: ‘Si conocieras el don de Dios, y quién es el que te dice: ‘Dame de beber’, tú le pedirías, y él te daría agua viva’... Cualquiera que beba de esta agua volverá a tener sed; pero el que beba del agua que yo le daré no tendrá sed jamás, sino que el agua que yo le daré será en él una fuente de agua que salte para vida eterna» (Jn 4,6-10.13). La mujer, que no comprende, responde: «Señor, dame esa agua, para que no tenga yo sed ni venga aquí a sacarla» (v. 15).

En la Escritura, los pozos son el lugar de memorables encuentros esponsales. El siervo que Abraham envía a traer esposa para Isaac, encuentra a Rebeca junto a un pozo (Gn 24,11-21); Jacob encuentra a Raquel junto a un pozo (Gn 29,2-14) y Moisés encuentra junto a otro pozo a Séfora (Ex 2,16.22).

La Escritura compara también a la mujer amada con un pozo: «Bebe el agua de tu propia cisterna, los raudales de tu propio pozo...» ¡Sea bendito tu manantial y alégrate con la mujer de tu juventud» (Prv 5,15.18). Y el cantar celebra a la amada como «fuente sellada» en un jardín cercado (Ct 4,12); «Fuente de los huertos, pozo de agua vivas, corrientes que del Líbano fluyen» (Ct 4,15).

La humanidad es representada por una mujer, una samaritana segregada hasta de su propia gente; con misericordia el médico divino se inclina sobre los enfermos más necesitados: «No tienen necesidad de médico los sanos. No he venido a llamar a los justos sino a los pecadores» (Mc 2,17). La samaritana representa a esa humanidad hosca, huraña y replegada sobre sí misma. Las mujeres del pueblo venían tempranito al agua con la fresca de la mañana; ella no. Ha tenido cinco maridos y, o no ha sabido retenerlos y la han abandonado o ella los ha abandonado; el que tiene actualmente se lo ha arrebatado a otra mujer, que sin duda la odia. No sólo representa a una humanidad que no sabe amar, sino que destruye amores y siembra odios y rivalidades. En asuntos de amor es una fracasada y una destructora. Un símbolo de la humanidad herida por el pecado original, que no sabe amar y debe aprender ese arte supremo de un Maestro divino.

Dios Padre es Caridad. Caridad que da a su Hijo. Un amor de amistad: sediento de amar y ser correspondido. Ese deseo no proviene de una necesidad, sino del mismo dadivoso deseo de darnos el ser y de hacernos felices, pues nuestra felicidad consiste en



amarlo y la suya en comunicarnos su felicidad. El Padre es feliz engendrando hijos para llenar su casa. Nos ama y por amor a nosotros quiere que lo amemos. Es Sed deseosa de darnos de beber, porque para saciar nuestra sed nos ha creado como creaturas sedientas de su amor. «Nos has creado para ti y nuestro corazón está sediento hasta que beba en tu fuente».

Esta es la sed del Hijo, la que él grita muriendo en la cruz para que se cumpliera la Escritura, o sea el designio del Padre: «Después de esto, sabiendo Jesús que ya todo estaba consumado, dijo, para que la Escritura se cumpliera: ‘¡Tengo sed!’» (Jn 19,28). Cumplía la voluntad del Padre de entregar a su Hijo para engendrar muchos hijos, nosotros, y éste era el cáliz que debía apurar: «Padre, si es posible pase de mí este cáliz, pero no se haga mi voluntad sino la tuya» (Mt 26, 39) porque tengo sed de cumplir tu voluntad: «El cáliz que me ha destinado mi Padre ¿no lo voy a beber?» (Jn 18,11) cómo podría despreciar esta copa de gloria, aunque terrible? Y haciéndose él mismo cáliz de salvación, para saciar la sed del mundo, derrama en la Cruz, por su costado abierto, sangre y agua.

### **El hambre de las muchedumbres**

En la primera multiplicación de los panes, Jesús se compadece de la muchedumbre y les enseña largamente. Los discípulos, cansados, empiezan a preocuparse porque la gente no tiene qué comer y los quieren mandar a comprar pan. Son dos miradas sobre dos aspectos de la necesidad de la muchedumbre y dos urgencias, dos prioridades:

«Salió Jesús y vio una gran multitud, y tuvo compasión de ellos, porque eran como ovejas que no tenían pastor; y comenzó a enseñarles muchas cosas. Cuando ya era muy avanzada la hora, sus discípulos se acercaron a él, y le dijeron: ‘El lugar es desierto y la hora ya muy avanzada. Despídelos para que vayan a los campos y aldeas de alrededor y compren pan, pues no tienen qué comer’» (Mc 6,34-36).

No es que Jesús sea insensible al hambre física. Alrededor de la recién resucitada doceañera hija de Jairo, a nadie se le podía ocurrir pensar en eso, Jesús «les dijo que le dieran a ella de comer» (Mc 5,43). Los invitó a bajar los decibeles del asombro y a volver a la sensata normalidad del almuerzo, necesaria para la convalecencia.

Y ya resucitado, mientras los discípulos levantaban las redes tras una noche de pesca infructuosa,

Jesús los aguarda con una comida preparada. Desde la orilla les grita: «Niñitos ¿tienen algo de comer? Le respondieron: ¡No!» -Un «no» seco, malhumorado. «Al descender a tierra, vieron brasas puestas y un pescado encima de ellas, y pan» (Jn 21,5,9).

Pero Jesús se muestra en este episodio, más sensible al hambre espiritual. Los apóstoles, presas de una compasión inoperante por un mal que no saben ni pueden remediar, el hambre los preocupa más que a la misma muchedumbre y que a Jesús, quien los desafía: «denles ustedes de comer». Jesús se ha vuelto loco: ¿Vamos nosotros a comprar doscientos denarios de pan para darles de comer? Ni aunque los tuviéramos los gastaríamos en eso.

Los apóstoles, en la segunda multiplicación de los panes, optan por no mencionar las necesidades de la muchedumbre a pesar de que transcurran ¡tres días!: «En aquellos días, como había una gran multitud y no tenían qué comer, Jesús llamó a sus discípulos y les dijo: ‘Tengo compasión de la gente, porque ya hace tres días que están conmigo y no tienen qué comer; y si los envío en ayunas a sus casas, se desmayarán en el camino, pues algunos de ellos han venido de lejos’. Sus discípulos le respondieron: ‘¿De dónde podrá alguien saciar de pan a estos aquí en el desierto?’ Él les preguntó: ‘¿Cuántos panes tienen?’ Ellos dijeron: ‘Siete’ (Mc 8, 1-5).

Tuvieron que ponerlos sobre la mesa, aunque de mala gana, y el Señor dejó una lección, que necesitaron la ayuda del Espíritu Santo para comprender: «Comieron y se saciaron; y recogieron, de los pedazos que habían sobrado, siete canastas. Los que comieron eran como cuatro mil; y los despidió» (Mc 8,8-9).

Jesús les reprocha su incomprensión en estas materias: «Se habían olvidado de llevar pan, y no tenían ni un pan consigo en la barca. Y él les mandó, diciendo: ‘Miren, cuidense de la levadura de los fariseos y de la levadura de Herodes?’. Discutían entre sí diciendo que no tenían panes.’ Jesús, comprendiéndolo, les dijo: ‘¿Por qué discuten diciendo que no tienen panes?, ¿no entienden ni comprenden? ¿tan endurecido tienen su corazón? ¿teniendo ojos no ven, y teniendo oídos no oyen? ¿no recuerdan? Cuando partí los cinco panes entre cinco mil, ¿cuántas canastas llenas de los pedazos recogieron ustedes? Y ellos dijeron: Doce. Y cuando repartí los siete panes entre cuatro mil, ¿cuántas canastas llenas de los pedazos recogieron?’ Y ellos dijeron: Siete. Y

les dijo: '¿Cómo es que aún no entienden?'» (Mc 8,14.21).

Sólo los Hijos pueden entender las palabras de Jesús cuando los tranquiliza: «No se angustien, pues, diciendo: '¿Qué comeremos, o qué beberemos, o qué vestiremos?', porque los paganos se angustian por todas estas cosas, pero su Padre celestial sabe que tienen necesidad de todas ellas. Busquen primeramente el Reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas les serán añadidas» (Mt 6,33).

### **Una comida de alianza de amistad**

La muchedumbre beneficiada lo busca para hacerlo rey porque les mató el hambre: «Aquellos hombres, al ver la señal que Jesús había hecho, dijeron: 'Verdaderamente este es el Profeta que había de venir al mundo.' Pero entendiendo Jesús que iban a venir para apoderarse de él y hacerlo rey, volvió a retirarse al monte él solo» (Jn 6,14-15).

Abundan en las parábolas sobre el banquete del Rey alusiones y referencias a invitados que no eran dignos. Toda comida es algo más que consumir ración, está referida a una comunión de amor, divino-humana. El hombre es un peregrino a quien Dios da de comer de sus bienes terrenos, en su peregrinación hacia la patria celestial.

Jesús ve en la desprovisión de la muchedumbre, la ocasión de sellar con ellos una alianza de hospedaje, dándoles de comer de lo poco que tienen. Estaba muy extendida en oriente la costumbre y el deber sagrado de la hospitalidad. Era una verdadera institución religiosa, por la cual se pactaba con el huésped al que se le daba albergue, una alianza de amistad, una alianza fraterna, alianza «de pan y sal», aunque pudiera ponerse en la mesa carnes, verduras y frutas para agasajar al peregrino desconocido y sellar con él un pacto de amistad. Tenemos un ejemplo en Abraham cuando agasajó a los tres misteriosos visitantes (Gn 18,1-15, en especial vv. 3-5).

### **«Ellos serán saciados»; el banquete de bodas del Hijo**

Comer y dar de comer, se puede vivir en forma puramente biológica y profana o en forma más humana, espiritual, religiosa y mística, en dimensión de comunión: solidaridad humana, comunión religiosa y eucaristía cósmica.

Dios da de comer a todas sus creaturas. Es anfitrión desde el principio. Al tercer día de la creación hace brotar las plantas de semilla y los árboles

frutales con su fruto y semilla pensando en el alimento de los seres que aún no ha creado, y en el trigo y vino de la última Cena. Es la preparación de un gran banquete: prepara los alimentos, ilumina el salón, llama a la existencia a los invitados, les asigna sus lugares, al sexto día les da de comer y el séptimo se reposa en su compañía (Gn 1,11-13.29.31). Es un proyecto eucarístico y apunta al banquete de la sabiduría, la última Cena, el banquete de bodas del Hijo y el banquete eterno en la casa del Padre. No hay comida profana. Toda comida es santa, porque es recibida del amor del Padre y es anticipo del banquete celestial.

Dios se muestra también nutricio en la Alianza con Noé, después del diluvio: le dispensa el alimento al hombre y los animales (Gn 9,1-3). También en las promesas a Abraham y a los patriarcas, a quienes les promete hijos y una tierra para alimentarlos (Gn 15,5-7). Envía a José a Egipto para que, en su momento, acoja a sus hermanos empujados por el hambre (Gn 37-47). Da de comer a su pueblo en el desierto y lo abreva de modo milagroso (Ex 16-17). Lo introduce en una tierra que mana leche y miel y le entrega plantíos, viñedos y olivares; riega esa tierra con rocíos y lluvias y la fecunda con su bendición (Ex 3,8; Nm 13,27-28; Dt 6,10-12; 8,10-16; 11,9-15; 32,13-15).

El alimento es un don de Dios creador, y es una promesa y una bendición del Dios salvador. «De los manantiales sacas los ríos, para que fluyan entre los montes; en ellos beben las fieras de los campos, el asno salvaje apaga su sed... Desde tu morada riegas los montes, y la tierra se sacia de tu acción fecundante; haces brotar la hierba para los ganados, y forraje para los que sirven al hombre. Él saca pan de los campos, y vino que le alegra el corazón y aceite que da brillo a su rostro y alimento que le da fuerzas... los leoncillos rugen por la presa, reclamando a Dios su comida... todos aguardan que les echas comida a su tiempo, se la echas, y la atrapan; abres tu mano, y se sacian de bienes» (Sal 103/104,10-15.21.27-28). Él «hace brotar hierba en los montes para los que sirven al hombre; da su alimento al ganado y a las crías de cuervo que graznan» (Sal 146/147,8-9). «Los ojos de todos te están aguardando, tú les das la comida a su tiempo; abres tú la mano y sacias de bienes a todo viviente» (Sal 144/145,15-16).

Isaías anuncia el banquete mesiánico: «Y el Señor de los ejércitos hará en este monte a todos los

pueblos banquete de manjares succulentos, banquete de vinos refinados, de sustanciosos tuétanos y vinos generosos» (Is 25,6). Dios da de comer a todos, sacia a los pobres:» ¡Vengan, todos los sedientos, vengan a las aguas! Aunque no tengan dinero, ¡vengan, compren y coman! ¡Vengan, compren sin dinero y sin pagar, vino y leche! ¿Por qué gasten el dinero en lo que no es pan y su trabajo en lo que no sacia? ¡Óiganme atentamente: coman de lo mejor y se deleitará su alma con manjares! Inclinen su oído y vengan a mí; escuchen y vivirá su alma» (Is 55,1-2).

«La Sabiduría edificó su casa, labró sus siete columnas, mató sus víctimas, mezcló su vino y puso su mesa. Envío a sus criadas, y sobre lo más alto de la ciudad clamó, diciendo a todo ingenuo: «Ven acá», y a los insensatos: «Vengan, coman de mi pan y beban del vino que he mezclado. Dejen sus ingenuidades y vivirán; y anden por el camino de la inteligencia» (Prv 9,1-6).

Todo es imagen del banquete de Dios donde se saciarán de la alegría del Reino los que tienen hambre y sed de su justicia: «vendrán muchos del oriente y del occidente, y se sentarán con Abraham, Isaac y Jacob en el reino de los cielos» (Mt 8,11), «El Reino de los cielos es semejante a un rey que hizo una fiesta de boda a su hijo» (Mt 22,2). «Aleluya, el Señor, nuestro Dios Todopoderoso, reina. Gocémonos, alegrémonos démosle gloria, porque han llegado las bodas del Cordero... El ángel me dijo: «Escribe: «Dichosos los que son llamados a la cena de las bodas del Cordero» (Ap 19,7.9).

### **Examinémonos** -----

¿Cultivo con dedicación la comunión con el Padre como hijo suyo, saciando el hambre de caridad que tiene Él, en bien de sus mismos hijos? ¿Estoy convencido de que el auténtico amor al hermano nace de la comunión con el Padre? ¿Considero que el hambre y sed de justicia me pide un alma misionera, que no escatima entrega en bien de las almas, gastando gozosamente mi vida en ese santo servicio? ¿Comprendo que no es lo mismo felicidad que bienestar? ¿Estoy persuadido de que el bienestar es el objetivo de la carne y de una sociedad de consumo, hedonista, mientras que la felicidad brota de la caridad filial, de los que se acogen a las promesas del Padre en sus bienaventuranzas? ¿Enseño eso a mis hijos, mis amigos, hermanos de comunidad, grupo apostóli-

co, etc.? ¿Abro mi corazón a experimentar ese deseo del Padre de tener su casa llena de hijos, comprados al precio de la sangre de su Unigénito, casa donde todo es pureza, alabanza, gratitud, comunión infinita y permanencia eterna en Él? ¿Comprendo por qué apremia mi espíritu misionero y ante todo, mi propia santificación?

¿Me ocupo de los hambrientos y sedientos de Dios, que son más de lo que imagino? ¿Me ocupo también de la caridad para con los necesitados que puedo socorrer en sus necesidades físicas, existenciales? ¿Qué cuestionamiento me hace el Señor con esta bienaventuranza en lo que se relaciona con mis posesiones muchas o pocas valiosas o no? ¿Cómo aligerar la barca para que navegue más rápidamente al puerto donde me esperan los hambrientos de Dios? ¿Los hermanos más pequeños de Jesús? Por el contrario ¿cómo cuido o colaboro para que el culto a Dios, la Liturgia de la Iglesia sea digna de tal Padre, con el Hijo y el E. Santo, contribuyendo a las necesidades de la Iglesia?

El Padre hizo de la Creación una espléndida Eucaristía. ¿Cómo la cuido, la mimo, la defiendo del deseo desenfrenado de dominio brutal de los comerciantes (Ap 18,11), atentando o destruyendo la armonía del principio? ¿La contemplo como espejo del Creador y me sirvo de ella con la gratitud y dignidad de un hijo que se acerca y participa en el banquete de su Padre? ¿Cómo trasciendo toda esta belleza, anuncio de la Eucaristía del Jueves Santo y de la Pascua eterna en el cielo? ¿Cómo nutro mi espíritu con estas verdades eternas y las enseño a los demás?

### **Oración universal:** -----

**Invoquemos a Dios, nuestro Padre, para que compartamos y saciemos su infinita hambre y sed de nuestra santidad y justicia. Respondemos a cada invocación:**

**R. Danos, Señor, hambre y sed de justicia.**

1. Que la Iglesia se realice como Pueblo de Dios en plenitud y sacramento de salvación en medio de un mundo secularizado e injusto.
2. Que los gobiernos promuevan acciones solidarias para desterrar el hambre y la desnutrición, las causas de la injusticia y los abusos en las bebidas.
3. Que cuantos ejercen la justicia no se dejen sobornar sino sean fieles a su conciencia y a sus principios cristianos.



4. Que seamos justos y avivemos nuestros deseos de santidad ayudando a los más necesitados.

Señor Dios, que no quieres la muerte sino la vida y dispones alimento y bebida para tus creaturas, escucha nuestras oraciones, y concédenos hambre y sed de justicia para demostrar nuestro amor a los que padecen hambre y sed o son víctimas de las injusticias. Por Jesucristo nuestro Señor.

(O bien):

Señor Dios, fuente de verdad y padre de los pobres, por la tierna compasión de tu Hijo que lo llevó a saciar el hambre de las multitudes fieles que lo seguían, nos empuje a saciar nuestra hambre y sed de justicia con la luz del Evangelio y el Pan de la Eucaristía, para contagiar a otros de nuestros vivos deseos de santidad. Por el mismo Jesucristo nuestro Señor.

**Propuesta de adorno:**

Platos y jarras vacíos.

---

## **6. QUINTA BIENAVENTURANZA: DICHOSOS LOS MISERICORDIOSOS, PORQUE ELLOS ALCANZARAN MISERICORDIA**

*«Es eterna su misericordia»* (Salmo 107, 1; 135, 1-26).

*«Yo sé que tú eres un Dios clemente y misericordioso, lento a la ira y rico en piedad»* (Jonás 4,2).

*«Sean misericordiosos como su Padre celestial es misericordioso»* (Lc 6,36).



### **Lecturas:** -----

Levítico 19,16-18: Amarás a tu prójimo como a ti mismo.

(O bien): Eclesiástico (Sirácide) 28,1-7: Perdona la ofensa de tu prójimo.

Salmo 33. R. El Señor está cerca de quienes lo buscan.

Efesios 4,30 – 5,2: Caminen como Cristo, en la caridad.

Mateo 5,38-48: Amen a sus enemigos.

### **Quiénes son los misericordiosos**

El deseo interior de santidad y justicia se expresa en las obras de misericordia, corporales y espirituales. Por medio de éstas los misericordiosos logran la misericordia divina del Reino mesiánico, en esta vida y en el juicio final. La maravillosa fertilidad de la Iglesia en obras e instituciones de misericordia corporal y espiritual muestra el sentido profético y el poder creativo de esta sencilla palabra del Maestro divino.

La misericordia no consiste sólo en dar limosna a los pobres, sino también comprender los defectos

que pueden tener los demás, disculparlos, ayudar a superarlos y querer a los otros aún con sus defectos. También forma parte de la misericordia alegrarse y sufrir con las alegrías y dolores ajenos. Significa perdonar, aunque sea grave lo que te hayan hecho, te haya dolido y sientas ganas de odiar. Perdonar cuesta mucho, pero es lo que Dios te pide. Él te pone el ejemplo: siempre te perdona, aunque lo ofendas en lo mismo o en cosas muy serias.... siempre te recibe con los brazos abiertos.

Jesús te pone una condición muy seria: el que perdone será perdonado, el que no lo haga no será perdonado. Piensa ¿a quién no he perdonado? No pienses en lo que te hizo; piensa que amas mucho a Dios y porque El te lo pide lo perdonarás. ¡Dios te premiará perdonándote a ti cuando llegues a su presencia!

### **Jesús misericordioso**

No se trata de cualquier compasión, sino de la compasión del Padre por los pecadores a los que quiere salvar, para lo cual envía a su Hijo. Nos lleva a alegrarnos por la conversión de los pecadores y perdonar a los que nos persiguen y son enemigos,

deseándoles el bien de la salvación. Se expresa también en el perdón sincero, generoso y magnánimo a los enemigos. Es la misericordia de los mártires hacia sus perseguidores.

Jesús siente compasión o conmoción de las entrañas por el mal físico o espiritual de alguien. Por ejemplo por la enfermedad del leproso: «Conmovido en sus entrañas, Jesús extendió la mano, lo tocó y dijo: ‘quiero, queda limpio.’ Y al instante quedó limpio de su lepra» (Mc 1,41). Igualmente por la ignorancia y abandono de la muchedumbre: «Y saliendo, vio la gran muchedumbre, y se le conmovieron las entrañas porque eran como ovejas sin pastor, y comenzó a enseñarles muchas cosas» (Mc 6,34).

Jesús es Sumo Sacerdote misericordioso por su comprensión y participación solidaria en los sufrimientos y debilidades humanas, que conoció por experiencia propia: «debía ser hecho en todo semejante a sus hermanos, para hacerse misericordioso y Sumo sacerdote fiel en lo que a Dios se refiere, para expiar los pecados del pueblo. Pues en cuanto él mismo padeció siendo tentado, es poderoso para socorrer a los que son tentados» (Heb 2,17-18). «No tenemos un Sumo Sacerdote incapaz de compadecerse de nuestras flaquezas, sino probado en todo igual que nosotros, excepto en el pecado» (Heb 4,15).

La misericordia a que se refiere la bienaventuranza, es la bondad perdonadora del Padre, que lo mueve a tomar la iniciativa de sanar y salvar a los malos y enemigos: «Tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único para que todo el que crea en Él no perezca, sino que tenga vida eterna. Porque Dios no ha enviado a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo se salve por Él» (Jn 3,16-17).

Jesús, el enviado, hace visible la misericordia del Padre. Viene por los que necesitan salvación. Es la suprema misericordia, la compasión por el mal supremo: «no tienen necesidad de médico los sanos, sino los enfermos. No he venido a llamar a justos, sino a pecadores» (Mc 2,17). Celebrando la conversión del

publicano Zaqueo, Jesús afirma: «El Hijo del Hombre ha venido a buscar y salvar lo que estaba perdido» (Lc 19,10). Su misión es salvífica; «Nuestro Salvador quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad plena» (1Tm 2,3).

Jesús manifiesta la gracia salvadora del Padre destinada y ofrecida a todos los hombres, sin atención a méritos previos (Tito 2,11) sino mientras son pecadores y enemigos. «En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados...» «Nosotros lo amamos a él porque él nos amó primero» (1Jn 4, 10.19).

Y así, hace visible la bondad superlativa del Padre, ‘filantropía de Dios’: «el amor a los hombres de Dios salvador» (Tito 3,4). Este amor salva «no por obras de justicia que hubiésemos hecho nosotros, sino según su misericordia» (Tito 3,5). «Todos pecaron y están privados de la gloria de Dios, y

son justificados por el regalo de su gracia» (Rm 3,23-24).

La misericordia es una victoria de la bondad divina sobre el pecado. «Dios encerró a todos los hombres (judíos y paganos) en el pecado, para usar con todos ellos de misericordia» (Rm 11,32).

#### *Las Parábolas de la Misericordia*

En las ‘parábolas de la misericordia’ (oveja perdida, dracma perdida e hijo pródigo: Lc 15,1-31), la misericordia divina por la salvación del pecador se manifiesta en forma de alegría y fiesta: «Hay más alegría en el cielo por un pecador que se arrepiente que por noventa y nueve justos que no necesitan penitencia... Se alegran los ángeles de Dios por un pecador que se convierte... Celebremos una fiesta porque este hijo mío estaba muerto y ha vuelto a la vida, estaba perdido y ha sido hallado» (Lc 15,7.10.23-24.31-32).

En la parábola del Buen Samaritano, Jesús enseña que ser prójimo de alguien es ejercitar la misericordia con él: «¿Quién de estos tres te parece que fue prójimo del que cayó en manos de salteadores? Él dijo: ‘el que obró misericordia con él’. Jesús le dijo:



‘vete y haz tú otro tanto’» (Lc 10,36-37). No basta con moverse y compadecerse, es necesario poner remedio al mal (misericordia virtud.) Explican Orígenes y otros Santos Padres que el hombre asaltado por los ladrones es Adán, la humanidad caída y golpeada por el pecado. Y el Buen Samaritano que pasa y lo socorre es Jesús que se inclina sobre la Humanidad, la sana y la confía a la Iglesia hasta su regreso.

*Sean misericordiosos como su Padre celestial*

La misericordia de Jesús es un atributo del corazón del Hijo que es un reflejo del Padre: «sean misericordiosos como su Padre celestial es misericordioso» (Lc 6,36). «El que me ha visto a mí ha visto al Padre» (Jn 14,9). Todo buen hijo del Padre celestial debe espejar la vida del Padre, ser una viva imagen y semejanza, pues a eso fue destinado y reengendrado.

Esa misericordia ha de reflejarse en nosotros, si queremos tener una vida y un corazón de hijos. Jesús se muestra misericordioso perdonando a quienes lo crucifican, intercediendo para que los perdone y expiando sus pecados a su propia costa. Muestra así cómo se refleja en su corazón la misericordia del Padre, que consiste en ser bueno con los malos.

El malo, cuanto más malo, más misericordia necesita y más se ha de procurar su bien, remediar su mal en cuanto sea posible y él esté dispuesto: lo desee, lo pida o lo permita.

El Padre es bondadoso con los ingratos y los malvados y ama a los que le son enemigos: «Amen, pues, a sus enemigos, hagan bien, y presten sin esperar nada a cambio; y su recompensa será grande, y serán hijos del Altísimo, porque él es benigno para con los ingratos y malos. Sean, pues, misericordiosos, como su Padre es misericordioso» (Lc 6,35-36). De esta manera los hijos de Dios superan la justicia de los publicanos y los gentiles, que también aman a los que los aman y favorecen a los que los favorecen. Superan la justicia del talión y de la estricta retribución. «Pero yo les digo: Amen a sus enemigos, bendigan a los que los maldicen, hagan bien a los que los odian y oren por los que los ultrajan y los persiguen, para que sean hechos hijos de su Padre que está en los cielos, que hace salir su sol sobre malos y buenos y llover sobre justos e injustos. Si aman ustedes a los que los aman, ¿qué recompensa tendrán? ¿No hacen también lo mismo los publicanos? Y si saludáis a sus hermanos solamente,

¿qué hacen de más? ¿No hacen también así los paganos? Sean, pues, perfectos, como su Padre que está en los cielos es perfecto» (Mt 5,44-48).

*«Hace salir su sol sobre malos y buenos».*

Después del diluvio, en la Alianza con Noé cuyo signo es el arcoíris, Dios asegura fecundidad a la naturaleza mediante el sol y la lluvia, para nutrir a sus creaturas. Movido por el sacrificio de Noé: «Dijo en su corazón: Nunca más volveré a maldecir el suelo por causa del hombre, porque las trazas del corazón del hombre son malas desde su niñez, no volveré a herir a todo viviente como lo he hecho. Mientras dure la tierra, sementera y siega, verano e invierno, día y noche no cesarán» (Gn 8,21-22). Y puso en el cielo el arco iris, resultante de la conjunción del sol con la lluvia, como signo de este propósito de perdón, indulgencia y misericordia. Sería el memorial de la Alianza con Noé y toda la humanidad y animales vivientes. El Señor cuelga en las nubes, sobre la bóveda del cielo, su arco de guerrero, como promesa de paz, ornamento y símbolo de la generosidad de la naturaleza, ministro del designio nutricio del Padre: «Establezco mi alianza con ustedes y con su futura descendencia y con toda alma viviente que los acompaña: las aves los ganados y todas las alimañas que hay con ustedes, con todo lo que ha salido del arca, con todos los animales de la tierra... Esta es la señal de la alianza para las generaciones perpetuas entre yo y ustedes y toda alma viviente que los acompaña. Pongo mi arco en las nubes, y servirá de señal de la alianza entre yo y la tierra. Cuando yo anuble de nubes la tierra, entonces se verá el arco en las nubes, y me acordaré de la alianza que media entre yo y ustedes y toda alma viviente, toda carne, y no habrá más aguas diluviales para exterminar toda carne» (Gn 9, 8.11-15).

El Salmo 64 es una meditación sobre la fecundidad de la tierra como un gesto de perdón y misericordia de Dios creador, aún sobre quienes no lo merecemos: «ante Ti acude todo mortal a causa de sus culpas; nuestros delitos nos abruma, pero tú los perdonas» (64, 3-4). «Los habitantes del extremo del orbe se sobrecogen ante tus signos, y a las puertas de la aurora y del ocaso las llenas de júbilo. Tú cuidas de la tierra, la riegas y la enriqueces sin medida; la acequia de Dios va llena de agua, preparas los trigales; riegas los surcos, igualas los terrores, tu llovizna los deja mullidos, bendices sus

brotos; coronas el año con tu benignidad, las rodadas de tu carro rezuman abundancia; rezuman los pastos del páramo, y las colinas se orlan de alegría; las praderas se cubren de rebaños, y los valles se visten de mieses, que aclaman y cantan» (64, 8-14). Los beneficios de la naturaleza creada son para todos sin distinción y el creador se encarga de asegurar la fecundidad de los campos.

El Mesías es anunciado en la Sagrada Escritura como un Sol de Justicia y un Rocío de lo alto. «Amanecerá para ustedes, los que temen mi Nombre, un sol de justicia, con la salvación en sus rayos» (Mal 3,20 o 4,2). «Envíe el cielo su rocío desde lo alto y lluevan las nubes al justo. Ábrase la tierra y produzca la salvación y germine juntamente la justicia» (Is 45,8); «La tierra dará su fruto y los cielos darán su rocío» (Zc 8,12); «Revivirán tus muertos... despertarán y gritarán jubilosos los moradores del polvo, porque rocío luminoso es tu rocío y la tierra echará de su seno las sombras» (Is 26,19). Y en el himno que canta el sacerdote Zacarías, el padre de San Juan Bautista, se anuncia: «Por las entrañas de misericordia de nuestro Dios, nos visitará el sol que nace de lo alto para iluminar a los que están en las tinieblas y en sombras de muerte» (Lc 1,78-79).

*Dios clemente y misericordioso lento para enojarse y pronto para perdonar*

Jonás, el profeta desobediente, no quiere la conversión de Nínive, imperio cruel bajo cuya dominación sufrió el pueblo de Dios. El Señor, en cambio, se muestra como un Dios deseoso de salvar, invitando a la penitencia y salvando cuando hacen penitencia.

«Vio Dios lo que hacían (los hombres de Nínive) y cómo se convirtieron de su mala conducta, y se arrepintió Dios del castigo que había determinado enviarles, y no lo hizo. Jonás se disgustó mucho por esto y se enojó y oró al Señor, diciendo: ‘¡Ah Señor! ¿no es precisamente esto lo que yo decía cuando estaba todavía en mi tierra? Fue por esto que me apresuré a huir a Tarsis. Porque bien sabía yo que tú eres un Dios clemente y misericordioso, tardo a la cólera y rico en amor fiel que se arrepiente del mal. Ahora, pues, Señor, te suplico que me quites la vida, porque prefiero morir que vivir. Pero el Señor le reconvino: ¿Te parece que está bien irritarte por esto?» (Jon 4,2-4).

No es buen servidor de la misericordia el que no tiene misericordia, como Jonás. Sin embargo, el

Señor se la tiene también a él: «‘Tú te compadeces de este ricino por el que nada te fatigaste, que no lo cultivaste e hiciste crecer, porque en el término de una noche feneció. ¿Y yo no voy a tener misericordia de Nínive, la gran ciudad, en la que hay más de ciento veinte mil personas que no distinguen su derecha de su izquierda, y una gran cantidad de animales?» (Jon 4,9-11).

Los misericordiosos alcanzarán misericordia

En la parábola del rico banqueteador y el pobre Lázaro, fustiga la falta de compasión entrañable, apuntando la dureza de corazón frente a la necesidad ajena, extensible a otros aspectos de la necesidad del prójimo.

San Mateo ubica la «Parábola del Siervo sin entrañas» (Mt 18,23-35) después de la pregunta de Pedro acerca de cuántas veces perdonar al hermano. Si el Señor nos perdona muchas veces, otras tantas debemos estar dispuestos a perdonar nosotros, sin poner límite o condiciones al perdón, pues el Padre nos perdonó sin límites cuando éramos enemigos, y lo sigue haciendo. Se aplica a todos, incluyendo a los perseguidores y enemigos.

«Jesús le dijo: ‘No te digo hasta siete, sino aun hasta setenta veces siete. Por lo cual el reino de los cielos es semejante a un rey que quiso hacer cuentas con sus siervos... Entonces, llamándolo su señor, le dijo: ‘Siervo malvado, toda aquella deuda te perdóné, porque me rogaste. ¿No debías tú también tener misericordia de tu consiervo, como yo tuve misericordia de ti?’. Entonces su señor, enojado, lo entregó a los verdugos hasta que pagara todo lo que le debía. Así también mi Padre celestial hará con ustedes, si no perdonan de todo corazón cada uno a su hermano sus ofensas» (Mt 18,21-35).

### **Examinémonos** -----

Dios es Misericordia. En prueba de ello, nos dio a su Hijo siendo aún nosotros pecadores (Rm 5,8). ¿Soy agradecido al Padre que me da a su Hijo como salvador, como esposo en virtud del Bautismo? «Los tengo desposados con Cristo, cual castas vírgenes». ¿Cuido mi integridad de corazón dentro de mi estado de vida, remediando faltas y pecados con grandeza de ánimo, contando con el auxilio de la gracia o me quedo en mi limitación y miseria acusando la bondad del Padre y escatimándole alabanza y gratitud? ¿Me desanimo al mirarme y verme tan lejos de ser hijo? ¿Por qué no levantarme



e ir al Padre a pedirle que me engendre y me asemeje cada vez más a Él mediante los dones de su gracia?

El sacramento de la Reconciliación es el gran sacramento de la misericordia, una fuente para beberla. ¿Qué valor otorgo de hecho en mi vida, a este sacramento? ¿Cómo me preparo a él y cómo secundo su gracia para que dé frutos de salvación y crecimiento en santidad como lo quiere el Padre «sean santos porque Yo soy santo». «Sean perfectos, como su Padre celestial es perfecto» (Mt 5,48). «Esta es la voluntad de Dios, la santificación de ustedes» (1Ts 4,3). ¿Cómo estímulo y ayudo a la recepción de este sacramento a las personas con quienes trato, sobre todo a niños, adolescentes, jóvenes, ancianos y enfermos? ¿Busco y les facilito los medios para ello?

¿Recuerdo y acudo a Jesús salvador, en mis problemas, pecados, desolaciones? ¿Lo muestro como salvador a los demás cuando están en semejantes u otras circunstancias o me da vergüenza recurrir a lo sobrenatural en un medio en que se tiende a resolver todo llanamente, fuera de la fe? ¿Guardo encono, silencio, omito la palabra, el ejercicio de la caridad con quien estoy ofendido? ¿Perdono en el acto con la gracia y la voluntad, pasando por encima de la lógica humana y de los sentimientos?

**Oración universal:** .....

**Alabemos al Señor, rico en misericordia, y pidámonle el don de ser misericordiosos, respondiendo a cada petición:**

**R. Señor, danos entrañas de misericordia.**

1. Que todos los discípulos misioneros de Jesucristo agradezcamos e imploremos la misericordia del Señor para empeñarnos en remediar las necesidades de la Iglesia y las miserias de nuestros hermanos. R.
2. Que desde el fondo de sus miserias los hombres invoquen la ayuda del Dios misericordioso, se duelan de sus culpas y busquen hacer la voluntad de Dios para ser misericordiosos y obtener misericordia. R.
3. Que los que sufren en su carne, en sus sentimientos, en sus relaciones con los demás, pidan el alivio de sus males, el valor de hallarles sentido y ofrecerlos, el perdón a cuantos los han causado, y la gracia de ser felices en medio del dolor. R.
4. Que nuestra comunidad no pida sólo bienes materiales, sino también caridad, espíritu de servicio, solidaridad, compasión, misericordia, perdón y compromiso por construir un mundo mejor. R.

**Escucha, Padre santo, nuestras oraciones, e inflama nuestros corazones con el Espíritu de tu amor, para que pensemos y obremos de acuerdo a tu voluntad y te amemos en los hermanos con sinceridad de corazón. Por Jesucristo nuestro Señor.**

---

## **7. SEXTA BIENAVENTURANZA: DICHOSOS LOS LIMPIOS DE CORAZÓN PORQUE ELLOS VERÁN A DIOS**

*«Dios mío, crea en mí un corazón puro... no me arrojes lejos de tu rostro» (Sal 50, 12.13)*

**Lecturas:** .....

Sabiduría 1,1-16: Amen la justicia; la sabiduría no entra en un corazón malvado.

Salmo 130. R. Como un niño espere Israel en el Señor.

1 Juan 3,1-2.21-24: Nos llamamos y somos hijos de Dios.

Mateo 15,17-20: Lo que mancha al hombre es lo que sale del corazón.

**Quiénes son los limpios de corazón**

Según la terminología bíblica, la «limpieza de corazón» no es sólo la castidad interior, ni siquiera una pureza general de conciencia opuesta a la pureza levítica o legal, exigida por escribas y fariseos. Frecuentemente (Gn 20,5; Job 33,3; Sal 23/24,4; 72/

73,1; 1Tm 1,5; 2Tm 2,22) el «corazón puro» es la simple y sincera buena intención, el «ojo sano» (Mt 6,22) se opone a los inconfesables fines de los fariseos (Mt 6,1-6.16-18; 7,15; 23,5-7.14). La dicha prometida a esta continua búsqueda de la gloria de Dios, consiste en la «visión» sobrenatural del propio Dios, la última meta y finalidad del reino celestial en su plenitud.

La raíz de la calidad de los actos humanos está en el corazón, es decir, en el interior del hombre, en el fondo de su espíritu. El corazón es considerado como el resumen y la fuente, la expresión y el fondo último de los pensamientos, de las palabras, de las acciones.

La limpieza de corazón es un don de Dios que se manifiesta en la capacidad de amar, en la mirada recta y limpia para todo lo noble. El cristiano ayudado con la Gracia de Dios, debe luchar para purificar su corazón y adquirir esa limpieza, por la que se promete la Visión de Dios. Tu corazón estará limpio cuando no haya en él ningún pecado. Al pecar te "separas" de Dios por voluntad tuya. Cuida mucho la limpieza de tu corazón, que no te valga ensuciarlo, esto es cosa muy seria, puede costarte no entrar al cielo.

Haz la costumbre de purificar tu conciencia, pedir perdón de tus faltas, confesarte seguido y pensarlo muy bien antes de hacer algo que tú sabes que lo ensuciará.

### Que es el corazón

En la Escritura el corazón es el centro de la persona, el núcleo de su conciencia y de su psicología, el asiento de la decisión y la responsabilidad, es decir su vida interior y espiritual. Dios habla al corazón del hombre porque es allí donde tiene sus raíces la vida religiosa y moral del hombre. Indica lo más profundo de una cosa. Por ejemplo, el corazón del mar significa la profundidad del mar: Tarsis y su rey están engreídos en el corazón de los mares, pero irán a dar al corazón del mar (Ez 27,25 y 28, 1.8). Moisés ve arder el fuego en el corazón de la zarza ardiente, o sea el interior, el centro de la zarza (Éx 3,2).

El corazón del hombre es lo más profundo de su ser, conciencia y voluntad. «Los hijos tienen cabeza dura y corazón empedernido, a ellos te envío» (Ez 2,4). «Yo les daré un solo corazón y pondré en ellos un espíritu nuevo: quitaré de su cuerpo el corazón de piedra y les daré un corazón de carne, para que caminen según mis preceptos, observen mis normas y las pongan en práctica, y así sean mi pueblo y yo sea su Dios. En cuanto a aquellos cuyo corazón va en pos de sus monstruos y de sus prácticas abominables, yo haré recaer su conducta sobre su cabeza» (Ez 11, 19-21).

Isaías opone el culto de los labios y el del corazón: «este pueblo se me acerca de boca, me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí» (Is 29, 13); un pueblo «de labios impuros» (Is 6,4). Jeremías anuncia una nueva alianza escrita en corazones nuevos: «He aquí que vienen días en que yo pactaré con la casa de Israel una nueva Alianza... pondré mi ley en su interior y sobre sus corazones la escribiré y yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo... todos ellos me conocerán del más chico al más grande» (Jer 31, 31.33b.34c).

Esta nueva alianza, nuevo corazón, conversión de corazones serviles a corazones filiales, es el anuncio de la alianza en la sangre del Hijo. Son los corazones puros, filiales, que viven de cara al Padre y obran sus obras buenas, oraciones, limosnas, y ayunos en lo secreto y oculto de sus corazones, donde sólo el Padre lo ve (Mt 6,1.4.6.17). El corazón es ese recinto íntimo y secreto donde sólo tiene acceso el Padre y donde los hijos esconden su tesoro y ponen su seguridad: «donde está tu tesoro allí está tu corazón» (Mt 6,21). Allí debe estar también la pureza de los hijos.

### La pureza de corazón

Supera las prescripciones de pureza de la Ley de Moisés, que se ponían en prácticas exteriores, destinadas a ser practicadas con religiosa intención, por la pureza interior.

«Katharós» significa puro. Se trata de una limpieza religiosa. La Ley de Moisés prescribía un



código de pureza ritual. Jesús no vino a abolirla sino perfeccionarla mediante la justicia de los hijos (Mt 5,17).

En el Antiguo Testamento era considerado puro lo que aproximaba a Dios, e impuro lo que incapacita para el culto o excluía del culto. Todo lo que tenía que ver con las fuentes de la vida o con la muerte, era misterioso, sacro e «intocable». Si se lo tocaba se incurría en una inhabilitación para la comunión cultural, como una irreverencia o desconsideración. El pueblo elegido, portador de misterios de gracia, debía permanecer separado de los demás pueblos. Los paganos eran impuros y el contacto con ellos contagiaba (cf Lv 20,22-26).

La ley de Moisés prohibía comer animales y otros alimentos impuros (Lv 11,1-47); contenía disposiciones acerca de cadáveres (Lv 21,1.11; Nm 19,11-13) o enfermedades como la lepra (Lv 13,45ss; 14,1-32), de los flujos sexuales del varón y la mujer (Lv 15,1-33), del trato con las mujeres durante sus períodos (Lv 15,7.14.25) o alrededor del parto (Lv 12,1ss); exigían mantenerse separados y evitar contactos físicos, hasta con objetos como sillas o lechos. Y determinaba minuciosos ritos de purificación para cada impureza.

«Se acercaron a Jesús los fariseos y algunos de los escribas, que habían venido de Jerusalén; éstos, viendo a algunos de los discípulos de Jesús comer pan con manos impuras, esto es, no lavadas, los condenaban, (pues los fariseos y todos los judíos, aferrándose a la tradición de los ancianos, si no se lavan muchas veces las manos, no comen. Y cuando regresan de la plaza, si no se lavan, no comen. Y otras muchas cosas hay que se aferran en guardar, como las abluciones de los vasos para beber, de los jarros, de los utensilios de metal y de las camas.) Le preguntaron, pues, los fariseos y los escribas: ‘¿Por qué tus discípulos no andan conforme a la tradición de los ancianos, sino que comen pan con manos impuras?’. Jesús contestó: ‘¡Hipócritas! Bien profetizó de ustedes Isaías, como está escrito: ‘Este pueblo me honra con los labios, mas su corazón está lejos de mí, pues en vano me honran, enseñando como doctrinas, mandamientos de hombres’, porque, dejando el mandamiento de Dios, ustedes se aferran a la tradición de los hombres: los lavamientos de los jarros y de los vasos de beber. Y hacen otras muchas cosas semejantes. Les decía también: Invalidan el mandamiento de Dios para guardar su

tradicción, porque Moisés dijo: ‘Honra a tu padre y a tu madre’ y ‘El que maldiga al padre o a la madre, muera irremisiblemente’, pero ustedes dicen: ‘Basta que diga un hombre al padre o a la madre: ‘Es Corbán (que quiere decir: ofrenda a Dios) todo aquello con que pudiera ayudarte’, y no hacen más por su padre o por su madre, invalidando la Palabra de Dios con su tradición que han transmitido. Y muchas cosas hacen semejantes a estas» (Mc 7, 1-13).

Jesús interioriza el concepto de pureza e impureza. Es del corazón del hombre de donde sale lo que lo hace puro o impuro: «lo que sale de la boca, del corazón sale; y esto contamina al hombre, porque del corazón salen los malos pensamientos, los homicidios, los adulterios, las fornicaciones, los hurtos, los falsos testimonios, las blasfemias. Estas cosas son las que contaminan al hombre; pero el comer con las manos sin lavar no contamina al hombre» (Mt 15, 17-20) «Nada hay fuera del hombre que entre en él, que lo pueda contaminar; pero lo que sale de él, eso es lo que contamina al hombre... ¿No entienden que nada de fuera que entra en el hombre lo puede contaminar, porque no entra en su corazón sino en el vientre?... lo que sale del hombre, eso contamina al hombre, porque de dentro, del corazón de los hombres, salen los malos pensamientos, los adulterios, las fornicaciones, los homicidios, los hurtos, las avaricias, las maldades, el engaño, la lujuria, la envidia, la calumnia, el orgullo y la insensatez. Todas estas maldades salen de dentro y contaminan al hombre» (Mc 7,15.18-19.20-23).

Jesús se proclama ‘Señor del Sábado’ (Mc 2,28). Ignora abiertamente las leyes de pureza e impureza: Toca al leproso (Mt 8,2-3; Mc 1,41); toma de la mano a la niña muerta, la hija de Jairo, para levantarla (Mt 9,25); toca la camilla donde llevan a enterrar al hijo de la viuda de Naim (Lc 7,14). Se sienta a la mesa con publicanos y pecadores (Mt 9,10-13). Toma de la mano para levantarla a la suegra de Pedro (Mt 8, 14-15; Mc 1,30-31; cf Lc 4,38-39). No da importancia al hecho que la mujer con flujo de sangre lo haya tocado contrariando la ley, y en vez de retarla, la alaba por su fe (Mt 9,20-22; Mc 5,25-34).

La justicia filial es superior, supera la de escribas y fariseos, y caracteriza a los hijos de Dios (Mt 5,20). Excluye toda duplicidad, hipocresía, intento de servir a dos señores (6,22). Toda inflación de formas de piedad no respaldadas por una auténtica piedad filial

del corazón. La pureza del corazón inspira una práctica de pureza.

El test de discernimiento pasa por el corazón: «donde está tu tesoro, allí está tu corazón» (Mt 6,21). La Bienaventuranza de los limpios de corazón es una promesa a los que tienen un corazón entero, no dividido entre el servicio de sí mismo y el servicio de Dios, entre la búsqueda de la propia gloria y la del Padre, que ponen su seguridad íntegramente en el Padre, sin cálculos ni desconfianzas.

Pero la pureza del corazón excluye también todo mal deseo de lujuria o fornicación: «Han oído que se dijo: ‘no cometerás adulterio’. Pero yo les digo: Todo el que mira a una mujer deseándola, ya cometió adulterio con ella en su corazón» (Mt 5,27-28.)

La condición fraterna de los hijos de Dios excluye que un hermano mire con mirada impura a una mujer ya que, por ser hija de Dios, es una hermana. La mirada de los hijos a sus hermanas, debe ser pura. Y el vicio de lujuria hace ciego para ver a Dios.

### **Pan puro, sin levadura**

La pureza de corazón, sinceridad del culto filial, implica el aborrecimiento del pecado, particularmente lujuria, en sí mismo y en la comunidad. Los cristianos son panes ázimos, sin levadura, es decir, puros con la nueva pureza de corazón filial cristiana.

Jesús nos pone en guardia contra la levadura de los fariseos que es la hipocresía: buscarse a sí mismo, la gloria propia, su propio provecho; tratar de servirse de Dios, en lugar de servir a Dios: «Abran los ojos y cuidense de la levadura de los fariseos y de la levadura de Herodes» (Mc 8,15) «Cuidense de los escribas que gustan pasear con amplio ropaje, ser saludados en las plazas, ocupar los primeros asientos en las sinagogas y los primeros puestos en los banquetes; y que devoran la hacienda de las viudas con pretexto de largas oraciones» (Mc 12, 38-40).

La levadura, por ser un fermento, es un principio de corrupción. Si el pan levitado no se pone en el horno, se echa a perder totalmente por el efecto de la levadura. Por eso no debía ponerse levadura en ninguna ofrenda (cf Lv 2,11: «Toda oblación que ofrezcan al Señor será preparada sin levadura, pues ni de fermento ni de miel quemarán nada como manjar abrasado para el Señor.») Los panes que se ofrecían en sacrificio debían ser ázimos, como los de la proposición depositados ante el altar en el santuario (1Sm 21,5; cf Lv 24,5-9).

Jesús, el hombre de corazón puro, desafía a sus adversarios: «¿Quién de ustedes me puede acusar de pecado?» (Jn 8,46). «Él no cometió pecado alguno, y en su boca no se halló engaño» (1Pe 2,22).

### **El pecado impuro enceguece el espíritu**

Todo pecado es impuro porque aparta de Dios. Pero el pecado de lujuria, especialmente el adulterio, apartan al hombre de Él y lo hacen impuro a sus ojos de Padre.

Santo Tomás de Aquino dice: «de la lujuria proviene la ceguera de la mente, la cual excluye casi totalmente el conocimiento de los bienes espirituales». Entre «las hijas de la lujuria» enumera: ceguera de la mente, inconsideración, precipitación, inconstancia, amor propio, odio a Dios, afecto al mundo presente y horror al mundo futuro. La ceguera de la mente excluye casi totalmente el conocimiento de los bienes espirituales. Explica Santo Tomás: a causa de la vehemencia de la pasión y de la delectación, la lujuria, por aplicar al hombre vehementemente al deleite carnal, desordena sobre todo las potencias superiores, que son la razón y la voluntad.

Aparta el corazón del hombre del amor a Dios, como una especie de idolatría, y atenta contra el cuerpo haciendo de él y de la pasión, un ídolo. Los profetas fustigan la prostitución como una idolatría y la idolatría como una prostitución. Históricamente la idolatría y la fornicación ritual iban juntas en los ritos de la fecundidad de los dioses cananeos. Los israelitas se apartaban del Señor yéndose tras esos cultos sensuales. Los profetas, especialmente Oseas, fustigan ese pecado considerando que tanto la idolatría como la lujuria son impurezas del corazón que apartan de Dios y oponen a él.

«Comerán y no se saciarán, se prostituirán, y no tendrán descendencia porque han abandonado al Señor para entregarse a la prostitución. La fornicación es vino y embriaguez que arrebata el corazón. Mi pueblo consulta a su ídolo de madera, y su leño lo adoctrina porque un espíritu de prostitución lo tiene extraviado y se prostituyen sacudiéndose de su Dios. En las cimas de los montes sacrifican, queman incienso en las colinas, bajo la encina, el álamo y el terebinto, cualquier sombra es buena. Por eso, cuando vuestras hijas y vuestras nueras cometan adulterio, no visitaré yo a vuestras hijas porque se prostituyan ni a vuestras nueras porque cometan adulterio, pues sus maridos también acuden a esas prostitutas y ofrecen sacrificios con las consagradas a la prosti-



tución. ¡Así se pierde un pueblo insensato!» (Os 4,10-14).

Jesús, no sólo exige la pureza de vida exterior, sino la vigilancia sobre la pureza del corazón, del deseo y de las intenciones, donde mira y ve «el Padre que ve en lo secreto». San Pablo corrige un grave escándalo en Corinto, ante el cual la comunidad se mostraba tolerante e insensible. Un miembro de la comunidad convivía con una concubina de su padre. En la ley judía era de las más graves ofensas al Señor. Amós condena que «padre e hijo se alleguen a la misma mujer» (Am 2,7). «Nadie tomará a la mujer de su padre... maldito aquél que se acueste con la mujer de su padre» (Dt 23,1; 27,20).

«Se ha sabido que hay entre ustedes fornicación tal que ni aun se nombra entre los paganos; al extremo que alguno tiene a la mujer de su padre. Y ustedes están envanecidos... No es buena su jactancia. ¿Acaso no saben que un poco de levadura fermenta toda la masa? Límpiense, pues, de la vieja levadura, para que sean nueva masa, como son, sin levadura, porque nuestra Pascua, que es Cristo, ya fue sacrificada por nosotros. Así que celebremos la fiesta, no con la vieja levadura ni con la levadura de malicia y de maldad, sino con panes sin levadura, de sinceridad y de verdad» (1Co 5,1-2.6-8). A quien deje insensible las ofensas al Padre, no puede gloriarse de ser hijo ni tener corazón filial.

«Les he escrito por carta que no se junten con los fornicarios. No me refiero en general a todos los fornicarios de este mundo, ni a todos los avaros, ladrones, o idólatras, pues en tal caso sería necesario salir del mundo. Más bien les escribí para que no se junten con ninguno que, llamándose hermano, sea fornicario, avaro, idólatra, maldiciente, borracho o ladrón; con ese ni siquiera comen, porque ¿qué razón tendría yo para juzgar a los que están fuera? ¿No juzgan ustedes a los que están dentro? A los que están fuera, Dios los juzgará. Quiten, pues, a ese perverso de entre ustedes» (1Co 5,9-13).

«¿No saben que los injustos no heredarán el reino de Dios? No se engañen: ni los fornicarios, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los que visten como mujeres, ni los que practican actos homosexuales, ni los ladrones, ni los avaros, ni los borrachos, ni los maldicientes, ni los estafadores, heredarán el Reino de Dios» (1Co 6,9-10). «Si son guiados por el Espíritu, no están bajo la Ley. Manifiestas son las obras de la carne, que son: adulterio, fornicación,

inmundicia, lujuria, idolatría, hechicerías, enemistades, pleitos, celos, iras, contiendas, divisiones, herejías, envidias, homicidios, borracheras, orgías, y cosas semejantes. En cuanto a esto, les advierto que los que practican tales cosas no heredarán el Reino de Dios» (Ga 5,18-21).

#### «Ellos verán a Dios»

Es sinónimo de «conocer a Dios», «ver el Reino», «entrar en el Reino» (Jn 3,3.5), «ver la gloria de Dios» (1Ts 2,12). El que ve al Padre no peca y el que peca no conoce al Padre. Vivir como hijos asegura una visión futura del Padre, en la vida eterna, mucho más perfecta y clara que el conocimiento que nos permite desde ahora vivir como hijos.

«Miren qué caridad nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios, por esto el mundo no nos conoce, porque no lo conoció a Él. Amados, ahora somos hijos de Dios pero aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque lo veremos tal como él es. Y todo aquél que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo, así como él es puro. Todo aquel que comete pecado, infringe también la Ley, pues el pecado es infracción de la Ley. Y saben que él apareció para quitar nuestros pecados, y no hay pecado en él. Todo aquel que permanece en él, no peca. Todo aquel que peca, no lo ha visto ni lo ha conocido. Hijitos, nadie los engañe; el que hace justicia es justo, como él es justo. El que practica el pecado es del diablo, porque el diablo peca desde el principio. Para esto apareció el Hijo de Dios, para deshacer las obras del diablo. Todo aquél que es nacido de Dios no practica el pecado, porque la simiente de Dios permanece en él; y no puede pecar, porque es nacido de Dios. En esto se manifiestan los hijos de Dios y los hijos del diablo: todo aquel que no hace justicia y que no ama a su hermano, no es de Dios» (1Jn 3,1-10).

Esa misma relación entre «nacidos de Dios» y la visión de Dios encontramos en el diálogo con Nicodemo: «Le respondió Jesús: ‘Te aseguro que el que no nace de nuevo no puede ver el Reino de Dios’. Nicodemo le preguntó: ‘¿Cómo puede un hombre nacer siendo viejo? ¿Puede acaso entrar por segunda vez en el vientre de su madre y nacer?’ Respondió Jesús: Amén, amén, yo te aseguro que el que no nace de agua y del Espíritu no puede entrar en el Reino de Dios. o que nace de la carne, carne es; y lo que nace del Espíritu, espíritu es. No te maravilles

de que te dije: ‘Les es necesario nacer de nuevo’. El viento sopla de donde quiere, y oyes su sonido, pero no sabes de dónde viene ni a dónde va. Así es todo aquel que nace del Espíritu» (Jn 3,3-8).

Jesús viene a traer la revelación del Padre y la vida eterna está en conocer al Padre. «En aquella misma hora Jesús se regocijó en el Espíritu, y dijo: ‘Yo te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas a los sabios y entendidos y las has revelado a los niños. Sí, Padre, porque así te agradó. Todas las cosas me fueron entregadas por mi Padre; y nadie conoce quién es el Hijo, sino el Padre; ni quién es el Padre, sino el Hijo y aquel a quien el Hijo lo quiera revelar». Y volviéndose a los discípulos, les dijo aparte: ‘Dichosos los ojos que ven lo que ustedes ven, pues les digo que muchos profetas y reyes desearon ver lo que ustedes ven, y no lo vieron; y oír lo que oyen, y no lo oyeron» (Lc 10,21-24; cf Mt 11,25-28).

Jesús promete a los que creen que verán la gloria de Dios: «Marta, la hermana del que había muerto, le dijo: ‘Señor, hiede ya, porque lleva cuatro días’. Jesús le dijo: ‘¿No te he dicho que si crees verás la gloria de Dios?’» (Jn 11, 39-40).

«Ahora vemos en espejo, confusamente. Entonces lo veremos cara a cara. Ahora conozco de un modo imperfecto, pero entonces conoceré como soy conocido» (1Co 13,12) «Así pues, siempre llenos de buen ánimo, sabiendo que, mientras habitamos en el cuerpo, vivimos lejos del Señor, pues caminamos en la fe y no en la visión» (2Co 5,7).

### **Examinémonos** -----

Jesús nos ilumine acerca de nuestro estado en relación con la sexta Bienaventuranza. El Espíritu Santo nos ilumine para comprender cómo la vivió Jesús. Y el Padre nos engendre a imagen y semejanza de su Hijo Jesús, para poder vivirla como Él la vivió y entrar en el Reino de los Hijos. Que pueda recibir y tener la pureza de Corazón que imprime el Espíritu puro y santo que viene del Padre y permite conocerlo y verlo con una visión pura y espiritual. ¿Creo en la promesa del Señor que cambiará mi corazón, dándome un Espíritu nuevo? ¿O, incrédulo ante su poder y amor, miro mis tendencias, vicios y pecados, confesándome más o menos ocultamente que «sí, Dios es misericordioso, pero mi pecado»?

¿Sigo o resisto a las inspiraciones de este Santo Espíritu en mi interior queriendo formar en mí la

imagen de Jesús, sumo agrado del Padre o las dejo pasar por carnal, por negligente, por déficit de conciencia de hijo, y corazón desamorado? ¿Vivo con un corazón dividido por rencores, vicios, pecados, faltas advertidas y constantes, afectos desordenados a personas, cosas o circunstancias, recuerdos, etc.? ¿Quiero que la gracia me disponga a padecer por amor al Padre, sabiendo que el sufrimiento lo glorifica y purifica mi alma como el oro en el crisol? ¿Soy transparente a los ojos del Padre solamente o caigo en la hipocresía, pretendiendo ser otro ante los hombres? ¿Deseo ser visto sólo por mi Padre que ve en lo secreto y premia en lo secreto, o publico las buenas obras, sacrificio, caridad, dolor físico o moral soportado, etc.? ¿Tengo hábito de entrar «a mi cuarto y cerrar la puerta» o me gusta vivir en vidriera? ¿Por qué? ¿Para qué?

¿Cómo vivo la pureza en el culto que celebro al Padre? ¿Me preparo para los oficios sagrados, pensando adónde voy y con quién voy a tratar, como dicen S. Ignacio y Santa Teresa de Jesús? ¿O entro en el recinto sagrado con mis acedias, enojos, heridas de amor propio, desvirtuando el poder de la alabanza? En todo caso, al advertirlo y aún en presencia del Señor sacramentado ¿le pido gracia para serenar, limpiar, suavizar el alma para alabarlo? «Dios mío, ven en mi auxilio» ¿Para qué se lo digo?

La pureza que más agrada a Dios es la virginidad de espíritu, la castidad guardada en todos los estados según nuestras promesas. ¿Cómo cuido esta forma de limpieza del corazón donde habita la Trinidad; recinto de encuentro con El en la oración; instrumento de comunicación humana y divina con los demás? ¿Qué lugar ocupan en mi vida programas, sitios de Internet, revistas frívolas, pornográficas, propagandas pecaminosas? ¿Justifico con el pretexto de que tengo que estar al día para poder evangelizar, sabiendo en el fondo de mi corazón que estoy dando gusto a mis pasiones, engañándome y sabiendo que a Dios no se le engaña? Repaso mi vida, de la mano de mi Padre bondadoso y de Jesús misericordioso y con humildad, recojo mi lista de pecados y faltas y los vuelvo a confesar si Dios me da la gracia, para obtener mayor pureza y fuerza contra el demonio, autor de toda oscuridad e impureza. ¿Entendí que el remedio contra el pecado en todas sus formas es vivir gozosamente como hijo de Dios? Pediré humildemente al confesor que con la gracia sacramental me confirme en este deseo: vivir gozosamente como hijo/a del Padre. ¡Amén!

**Oración universal:** -----

**Pidamos pureza de corazón para ver a Dios, respondiendo:**

**R. Tu luz, Señor, nos hace ver la luz.**

1. Que la Iglesia continúe iluminando al mundo con la luz de Cristo y se purifique cada día para ofrecer un testimonio de sinceridad y pureza de corazón. **Oremos.**
2. Que se disipen las tinieblas del mundo y todas las naciones acojan con un corazón sincero la luz de Cristo que disipe la deshonestidad y en engaño. **Oremos.**

3. Que los que sufren sean iluminados y reconfortados en sus penas y las ofrezcan en Cristo con un corazón renovado. **Oremos.**

4. Que mantengamos los ojos fijos en Jesús en medio de nuestras ocupaciones diarias y busquemos medios para vivir la pureza de corazón. **Oremos.**

**Señor Jesucristo, luz del mundo, purifica nuestro corazón e ilumina nuestros ojos para disipar las dobleces, y escucha nuestras oraciones en favor de tu pueblo. Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos.**

---

## **8. SÉPTIMA BIENAVENTURANZA: DICHOSOS LOS PACÍFICOS PORQUE ELLOS SERÁN LLAMADOS HIJOS DE DIOS**

*«Tuvo a bien Dios [el Padre]... reconciliar por Él [Jesús] todas las cosas consigo, obrando por la sangre de su cruz la pacificación de todas ellas, así las del cielo como las de la tierra» (Col 1,20)*

*«Procuren la paz con todos y la santidad, sin la cual nadie verá al Señor» (Hebr 12, 14)*

**Lecturas:** -----

Isaías 52,7-10: Los confines de la tierra verán la salvación de Dios.

Salmo 85. R. Concede la paz, Señor, a quienes esperan en ti.

Colosenses 3, 12-15: La paz de Cristo reine en sus corazones.

Mateo 5,38-48: No opongas resistencia al malvado.

**Quiénes son los pacíficos**

Jesús dice que debes buscar siempre la paz: en tu trato con los demás (no pelear con todos y por todo), en tu hogar (llevarte bien con tu familia). Con levantamientos, armas y sangre no van a lograr justicia... no es el camino para lograrlo.

Cristo repite estas palabras: *“Dichosos los pacíficos... No sólo los que viven en paz con los demás, sino que hacen lo mejor que pueden para conservar la paz y la amistad entre los hombres y*

entre Dios y el hombre, y para restaurarlas cuando han sido perturbadas. Promueven la paz en sí, en los demás, y procuran reconciliarse y reconciliar con Dios.

Los «hacedores de paz» o pacificadores sólo aquí en Mt 5,9. En la literatura rabínica, la expresión aplica a los que se empeñan en reconciliar personas y pacificar espíritus. San Pablo lo llama «el ministerio de la reconciliación» (2Co 5,18), que prolonga la obra de reconciliación universal de Jesucristo, llevada a cabo con la sangre de su Cruz, donde reconcilió todas las cosas (Ef 2, 14-18). Reconcilió a Dios con los hombres, a los hombres con Dios y a los hombres entre sí, derribando los muros de separación. Esta reconciliación une a los que antes estaban separados en una sola fraternidad: para los que están en Cristo, los que ya son hijos de Dios, ya no hay judío y pagano, libre y esclavo, hombre y mujer, rico y pobre, noble y plebeyo, doctos e ignorantes... todos son ahora

hijos del Padre y hermanos entre sí. Se ha establecido la paz de una comunión (común unión) familiar.

Es «una imitación del amor de Dios por el hombre» como la llama San Gregorio de Nisa, por la que serán llamados «hijos de su Padre que está en los cielos» (Mt 5,45). La paz con Dios es la causa y la cima de toda paz. Será vana y falaz toda paz en el mundo que no se base en esa Paz Divina.

### El Dios de la paz y la paz de Dios

En el Antiguo Testamento, Dios aparece dando la paz: «El Señor bendecirá a su pueblo con paz» (Sal 29,11). «Se llamará su nombre... príncipe de la paz» (Is 9,6); «gente que conserva la paz porque en ti ha confiado» (Is 26,3). «Señor, tú nos darás la paz, porque todas nuestras empresas nos las realizas Tú» (Is 26,12); «Yo soy el Señor y no hay ningún otro Dios, Yo formo la luz y creo las tinieblas, obro la paz y creo la adversidad. Solo yo, el Señor, soy el que hago todo esto» (Is 45,7); «Paz, paz para el que está lejos y para el que está cerca», dice el Señor» (Is 57,19); «Así dice el Señor: ‘He aquí que yo extiendo sobre Jerusalén la paz como un río y las riquezas de las naciones como un torrente que se desborda; y serán amamantados, en los brazos serán traídos y sobre las rodillas serán mimados. Como aquel a quien consuela su madre, así los consolaré yo, y en Jerusalén recibirán consuelo’» (Is 66,12). «Los mansos heredarán la tierra y se recrearán con abundancia de paz» (Sal 37,11).

Por primera vez aparece la palabra shalom en el Antiguo Testamento en la Promesa a Abraham: «Tú, en tanto, te reunirás en paz con tus padres y serás sepultado en buena vejez» (Gn 15,15). Es una promesa de vida eterna. En numerosos pasajes del Nuevo Testamento se le llama «Dios de la paz» (Rm 15,33; Flp 4,9); sobre todo en saludos y despedidas: «La paz de Dios que supera todo conocimiento» (Flp 4,7). «El Dios de paz aplastará muy pronto a Satanás bajo sus pies» (Rm 16, 20).

### Jesús ministro del Padre: reconciliador y pacificador

Jesús lleva a cabo la obra pacificadora por misión del Padre: es su enviado y ministro para hacer obra de paz: «Pues el Padre tuvo a bien hacer que habitara en él toda la plenitud, y por medio de él reconciliar consigo todas las cosas, así las que están en la tierra como las que están en los cielos, haciendo la paz mediante la Sangre de su Cruz.» (Col 1,19-20)

Como siervo sufriente, cumple la profecía: «Por darnos la paz, cayó sobre él el castigo» (Is 53,5). «Pacificó todas las cosas con la Sangre de su Cruz». «Justificados, pues, por la fe, tenemos paz con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo» (Rm 5,1).

«Él es nuestra paz: el que de los dos pueblos [judíos y paganos] hizo uno solo [la Iglesia], derribando el muro que los separaba [la Ley de Moisés], aboliendo en su carne la Ley de los mandamientos con sus preceptos, para crear en sí mismo de los dos un solo Hombre nuevo, haciendo la paz, y mediante la cruz, reconciliar con Dios a ambos en un solo cuerpo, dando en sí mismo muerte a la enemistad. Vino a anunciar la buena nueva de paz: ‘a vosotros que estabais lejos y a los que estáis cerca’ [Is 57,19], porque por medio de él unos y otros tenemos entrada por un mismo Espíritu al Padre» (Ef 2,14-18).

En la última Cena, promete la paz a sus discípulos como una herencia: «La paz les dejo, mi paz les doy; yo no se las doy como el mundo la da» (Jn 14,27). Así como su Reino no es de este mundo, su paz tampoco es como la que el mundo llama así. En su oración sacerdotal, ruega al Padre para sus discípulos, el don de la unidad, que es el de la paz: «Que sean uno como Tú y Yo somos uno» (Jn 17,11.21.22). Nos da la paz comunicándonos su Espíritu Santo entre cuyos frutos se cuenta la paz: «Pero el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza; contra tales cosas no hay ley» (Ga 5,22). Shalom, Paz, es el saludo del Resucitado cuando se aparece a sus discípulos llenándolos de gozo (Jn 20,19-20). Por todo esto Jesús merece el





título de Príncipe de la Paz que Isaías le confiere al Mesías (Is 9,5).

### **Paz y reconciliación**

Jesús llevó a cabo una obra de pacificación y reconciliación universal. Envía a sus discípulos a predicar, hacer milagros, expulsar demonios y anunciar la llegada del Reino, y también a anunciar la paz: «En la casa en que entren digan: paz a esta casa, y si hay en ella un hijo de la paz, su paz reposará sobre él, y si no, se volverá a ustedes» (Lc 10,5).

«Todo esto proviene de Dios, quien nos reconcilió consigo por Cristo, y nos dio el ministerio de la reconciliación: Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo, no tomándoles en cuenta a los hombres sus pecados, y nos encargó a nosotros la palabra de la reconciliación. Así que, somos embajadores en nombre de Cristo, como si Dios rogara por medio de nosotros; les rogamos en nombre de Cristo: reconcíliense con Dios. Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros seamos justicia de Dios en él» (2Co 5,18-21).

Dios es el ofendido, y sin embargo viene a suplicar al hombre que se reconcilie con él. El pecado consiste en que el hombre, en lugar de reconocer que ha ofendido a Dios y necesita perdón, guarda agravios y rencores hacia Dios y no quiere perdonarlo. Reconciliar a los hombres con Dios, consiste en proclamarles el perdón de Dios y moverlos a perdonar a Dios. El Padre, en Cristo, se acerca a la humanidad suplicando reconciliación.

Pablo pide: «calzados los pies con el celo por anunciar el evangelio de la paz» (Ef 6, 15). Y se pone como ejemplo de esta siembra de paz: «Lo que aprendieron, recibieron, oyeron y vieron en mí, esto hagan; y el Dios de paz estará con ustedes» (Flp 4,9).

Paz, unión y comunión son casi sinónimos. Jesús todo lo pacifica porque derribando los muros que separan, restaura la unidad entre lo que estaba separado y dividido. Por eso, de su obra debe derivar la unión y la paz entre los miembros de la comunidad. Pablo ve la paz como un vínculo que une y mantiene unidos. El Espíritu Santo une; el espíritu malo separa (Diábolos = Separador).

«Yo, pues, preso en el Señor, les ruego que anden como es digno de la vocación con que fueron

llamados: con toda humildad y mansedumbre, soportándose con paciencia unos a otros en amor, procurando mantener la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz: un solo cuerpo y un solo Espíritu, como fueron ustedes también llamados en una misma esperanza de su vocación; un solo Señor, una sola fe, un solo Bautismo, un solo Dios y Padre de todos, el cual es sobre todos y por todos y en todos» (Ef 4,3-6). Pablo parece hacer un juego de imágenes entre su prisión y sus cadenas, con el vínculo de la paz y de la unidad.

«Se les llamará hijos de Dios»

Los hijos de Dios han de ser pacificadores y reconciliadores, según el modelo del Padre, del Hijo, movidos por el Espíritu, como Pablo y los grandes santos pacificadores.

Se parecerán a su Padre, Dios de la Paz (2Ts 3,6) y a su Hijo que es «nuestra paz» (Ef 2,13). Los profetas habían anunciado al Mesías como príncipe de la Paz (Is 9,5) y la era mesiánica sería de paz universal (Is 11,6-9). La Paz aparecía como un nombre de la salvación mesiánica escatológica y sus bendiciones divinas en los tiempos finales.

No es una tarea de reconciliación social puramente profana, aunque estén dispuestos a desempeñarla: «En lo posible y en cuanto de ustedes dependa, estén en paz con todos los hombres» (Rm 12,18). No basta ser ‘facilitadores’ de acuerdos y mediadores de conflictos, mediante técnicas de análisis transaccional y dinámica de grupos. Los discípulos de Jesús deben ser portadores y heraldos de la paz (Lc 10,5ss): vivir en paz entre ellos y consigo mismos, como lo indica el Sermón de la Montaña: (Mt 5,21-26.38-47). «Frutos de justicia se siembran en la paz para los que procuran la paz» (St 3,18).

Jesús rechaza convertirse en juez de la repartición de una herencia (Lc 12,13). Los discípulos, como hijos del Padre, traen la «koinonía» o comunión divino-ecclesial, mediante la reconciliación y la paz entre Dios y los hombres. Esta comunión divina humana dimana de su condición de hijos de Dios. Su condición de pacificadores sobre el modelo de Jesús los hace reconocibles como hijos de Dios y acreedores a ser llamados con ese nombre.

De la paz de Dios deriva la paz entre nosotros y con todos: «El Reino de Dios no es comida ni bebida, sino justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo. El que de esta manera sirve a Cristo, agrada a Dios

y es aprobado por los hombres. Por lo tanto, sigamos lo que contribuye a la paz y a la mutua edificación» (Rm 14,17-19). «A vivir en paz nos llamó Dios» (1Co 7,15). «Dios no es Dios de confusión sino de paz» (1Co 14,33).

Y la paz entre los hermanos atrae la paz divina: «Tengan un mismo sentir y vivan en paz; y el Dios de paz y de amor estará con ustedes» (2Co 13,11). Entre los corintios, las divisiones, partidos y discusiones eran una tentación tenaz que Pablo combate. La falta de paz y la división es un grave mal de la Iglesia, que aflige al Padre, que desea la unión de los Cristianos. «Tengan paz entre ustedes» (1Ts 5,13).

¿Cuál es el secreto de la paz cristiana? «Tengan sal en ustedes y tendrán paz entre ustedes» (Mc 9,50). ¿Cuál sal? La sal de la alianza, que no debía faltar en ningún sacrificio (Lv 2,13). Daba sabor al sacrificio, era el amor de la Alianza, la fidelidad a Dios, la obediencia al Señor. Sin ese amor, los sacrificios no agradaban al Señor: «Son mías todas las fieras de la selva, las bestias por millares en mis montes, conozco las aves de los cielos y son mías las bestias de los campos. Si tuviera hambre, no te lo diría, porque mío es el orbe y cuanto contiene. ¿Voy a comer la carne de los toros, o a beber la sangre de los machos cabríos? ¡Ofrézcanme un sacrificio de alabanza!» (Sal 49,10-14).

Jesús se refiere a otra sal: la sabiduría de la Cruz, es decir la del amor sufriente. El dicho sobre la sal, en Mc 9, 50, está en el centro de la sección del camino (cc 8-10, desde la curación del ciego de Betsaida a la curación del ciego de Jericó). Los discípulos no quieren oír ni comprender tres solemnes anuncios de la Pasión. Por estar sordos al anuncio de la Cruz, están ciegos para ver el camino a Jerusalén como un camino hacia la Cruz. Y debido a esa ignorancia o resistencia ante la sabiduría de la Cruz, estos tres capítulos están dominados por discusiones: Pedro le discute a Jesús, los discípulos discuten entre sí, con los fariseos, y de nuevo entre sí, o discuten con los que hacen milagros pero no vienen con ellos, los esposos se separan, o los discípulos riñen a los niños. No pueden entender el camino del Siervo sufriente que va a dar la vida en la Cruz para pacificar todas las cosas. Lo que da sentido y sabor al sacrificio del Hijo, es hacer la voluntad del Padre y entregarse por amor a todos.

Ese amor que sabe sacrificarse es la sal que sazona el sacrificio y lo hace acepto y agradable a pesar de lo terrible. Sufrir por amor es el secreto de la paz del alma y de la paz en la Iglesia, en la familia creyente, en la sociedad y el mundo.

«Ustedes son la sal del mundo, si la sal pierde el sabor ¿con qué se salará?» (Mt 5,13). Esta sal preserva de la corrupción de la discordia, porque sabe sacrificar por amor, para pacificar y reconciliarlo todo, como hizo el Hijo. Y por eso, los pacificadores serán llamados, con razón, Hijos de Dios.

### **Examinémonos** -----

¿Contribuyo a la paz y armonía entre mis prójimos, a la reconciliación de las partes o me hago instrumento de irritabilidad y discordia, con mis murmuraciones, críticas, juicios temerarios, alejándome para no complicarme la vida, para que no se rían de mí? ¿Omitiendo el ayudar a sobrenaturalizar las situaciones y los hechos?

¿Pacto con la falta de paz en mi espíritu por poco o largo tiempo, resistiendo y menospreciando ese fruto del Espíritu Santo, o al decir de Pablo, al mismo Jesús, porque «Él es nuestra paz»? (Ef 2,14). Por el contrario, ¿acudo a la oración, a la alabanza, a la súplica, al examen de conciencia y a la penitencia, para recobrarla y sembrarla alrededor? La sal impide la corrupción y da sabor.

¿Soy un discípulo «sabroso» o «soso» por falta de sal evangélica: mal humor, agrideces, malas palabras o cualquier otro insulto, poco dominio de mí? O por el contrario, vivo contento y feliz saboreando el amor de Dios que se manifiesta tanto «en lo próspero como en lo adverso»? (Rm 8,28).

¿Vivo el gozo de llamarme hijo de Dios por la obediencia y el amor sufriente? «Saber sufrir un poco por amor de Dios sin que lo sepan todos».

### **Oración universal:** -----

**Jesús ha llamado felices a los que trabajan por la paz. Pidamos un corazón pacífico que luche por que las discordias se apacigüen y crezcan las condiciones de una buena convivencia.**

*Respondemos a cada petición:*

**R. Señor, haznos instrumentos de tu paz.**

1. Para que los cristianos puedan gozar de paz en los lugares donde son minoría o son perseguidos y acosados. **Oremos.**

2. Para que cesen las guerras y conflictos entre pueblos y naciones, así como las tiranías que se ejercen sobre muchas ciudades. *Oremos.*
3. Para que las personas destruidas por el odio, el rencor, el resentimiento, la codicia y la indiferencia se superen y alcancen la paz. *Oremos.*
4. Para que todos nosotros evitemos las discordias y seamos constructores de paz en nuestros ambientes. *Oremos.*

**Padre Dios, amigo de la paz, a quien conocer es vivir y servir es reinar, libra de toda agresión al pueblo que confía en ti y escucha nuestras oraciones, pues bajo tu defensa y protección podremos dedicarnos sin temor a tu servicio. Por Jesucristo nuestro Señor.**

**Propuestas para adorno:**

Unas palomas, juguetes bélicos rotos.

---

## **9. OCTAVA BIENAVENTURANZA: DICHOSOS LOS PERSEGUIDOS POR CAUSA DE LA JUSTICIA, PORQUE DE ELLOS ES EL REINO DE LOS CIELOS**

*«Felices serán ustedes cuando los injurien y los persigan y digan con mentira toda clase de mal contra ustedes por mi causa. Alégrense y regocíjense, porque su recompensa será grande en los cielos; pues de la misma manera persiguieron a los profetas anteriores a ustedes» (Mt 5, 12)*



**Lecturas:** .....

Éxodo 22,30; 23,1-5: Ustedes serán para mí humanidad santa.

Salmo 70. R. Tú, Señor, eres mi esperanza.

1 Juan 3,14-18: Debemos dar la vida por nuestros hermanos.

Juan 15,18-21.26 – 16,4: Si me han perseguido a mí, los perseguirán también a ustedes.

(*O bien*): Mateo 10,26-33: No tengan miedo a los que matan el cuerpo.

**Los perseguidos**

Hay muchas personas presas, perseguidas por la ley. Unas culpables.... otras inocentes. Pues Jesús les dice que, si se arrepienten, los perdonará y podrán entrar al cielo. Recemos mucho por estas personas, para que Dios los ayude a convertirse, se arrepientan del mal que han hecho, pidan perdón a Dios y puedan salvarse.

Es dichoso el que padece persecución por su empeño en ser santo o por ser fiel a Cristo, con paciencia y con alegría. San Bernardo dice que es la

prerrogativa de los santos mártires. El cristiano fiel a Jesucristo es de hecho también un mártir (testigo) que refleja o cumple esta Bienaventuranza aun sin llegar a la muerte temporal: cuando a los piadosos discípulos de Cristo se les retribuya con ingratitud e incluso persecución.

Así, mediante una inclusión de la poesía bíblica, la última bienaventuranza vuelve a la primera y segunda. Los piadosos, cuyos sentimientos y deseos, cuyas obras y sufrimientos se presentan ante nosotros, serán felices por su participación en el Reino mesiánico, aquí y en el futuro. Quienes viven de acuerdo a estas bienaventuranzas, son los nuevos profetas: los hijos de Dios. Y anuncia lo mismo que la primera: «de ellos es el Reino de los cielos».

Hay un contraste llamativo entre esta bienaventurada y la anterior. Aquí se habla de los perseguidos y en la anterior de los pacificadores, que por eso serán llamados hijos de Dios. Los pacificadores serán perseguidos por causa de la justicia de los hijos de Dios, que excede todas las justicias anteriores, y es nueva dentro de la humanidad.

## De ellos es el Reino de los Cielos

Ya es. Si las Bienaventuranzas prometen cosas futuras, la primera y la última anuncian algo que ya es presente aunque culminará en el futuro. El Reino de los Cielos, ya es, desde ahora y para siempre, de los pobres de espíritu y de los perseguidos a causa de Jesús y de la justicia de los Hijos del Padre. Los hijos de Dios ya tienen la vida eterna y todos los dones del Reino. Esta situación presente está abierta a los desarrollos futuros de la gracia, la comunión y la vida eterna. Porque el Padre engendra a sus hijos ya ahora en el tiempo y en la eternidad. Siempre están los hijos recibiendo la vida del Padre, y siempre está el Padre dándosela.

Entrar en el Reino de los Cielos es entrar en la relación filial con el Padre y en la condición filial: vivir como hijo, porque se tiene conciencia y corazón de hijo y por lo tanto se actúa imitando al Padre y obrando las obras que el Padre envía a obrar.

La frase «Reino de los Cielos» se entiende como un nombre de Dios, un nombre del Padre. «Su Padre que está en los cielos», «Padre de los cielos», «Padre celestial», son calificativos que se aplican al Padre. El Reino de los cielos, es, pues: «El Reino de mi Padre que está en los cielos»; o «de su Padre que está en los cielos», o del «Padre nuestro que estás en los cielos.» Es el Reino que el Padre entregó a su Hijo Jesús (cf Flp 2).

Jesús proclama ante Pilatos que él es Rey, pero que su reino no es como los de este mundo (Jn 18,37). Como Hijo de Dios que rige su vida por la voluntad del Padre, está llamado a implantar por vía de la caridad el imperio del Padre en los corazones. Él es Rey a manera del siervo sufriente que implantará la justicia y el derecho en las islas lejanas (Mc 10,42-45, cf Is 42,4).

Los que creen en Jesús, y se rigen según la nueva justicia, reflejo de la justicia del Padre, son declarados reyes, o pueblo de reyes ciudadanos del Reino del Padre: «Ustedes son un linaje elegido, sacerdocio regio, nación santa, pueblo elegido para anunciar las alabanzas de Aquel que los llamó de las tinieblas a

su admirable luz» (1P 2,9; cf Ex 19,5-6). Es que Cristo, Rey Mesías, hace que pasen los elegidos de su Reino al Reino de su Padre: «entonces los justos brillarán como el sol en el Reino de su Padre» (Mt 13,43).

El Reino mesiánico del Hijo apunta a introducir en el Reino definitivo del Padre, al que, por ser herencia, sólo tienen derecho a acceder los hijos. Jesús le entrega al Padre a los elegidos, salvados por él: «Cada cual según su rango: Cristo como primicias, luego los que pertenecen a Cristo en su Venida. Luego, el fin, cuando entregue a Dios Padre el Reino, después de haber destruido todo Principado, Dominación y Potestad en su Manifestación gloriosa» (1Co 15,23-24).

«Vengan, Benditos de mi Padre, reciban la herencia del Reino preparado para ustedes desde la creación del mundo» (Mt 25,34). El juicio de Mateo 25,31-46, hay que entenderlo a la luz de la enseñanza de Jesús: «Quien a ustedes recibe, a mí me recibe, y quien me recibe a mí, recibe al que me ha enviado. Quien recibe a un profeta por ser profeta, recibirá recompensa de profeta, y

quien reciba a un justo por ser justo, recibirá recompensa de justo. Y todo aquél que dé de beber tan sólo un vaso de agua fresca a uno de estos pequeños, por ser discípulo, les aseguro que no perderá su recompensa» (Mt 10, 40-42)

Jesús, siendo Rey, «pasó por un hombre cualquiera» (Flp 2,7c). «Cuando entraron en Cafarnaúm, se acercaron a Pedro los que cobraban el impuesto de las dos dracmas [tributo anual personal para el sostenimiento del templo] y le dijeron: ¿no paga su maestro el didracma? Respondió: ‘sí’. Y al llegar a casa, Jesús se le adelantó a decirle: ‘¿Qué te parece, Simón? Los reyes de la tierra ¿de quién cobran tributos o impuestos, de sus hijos o de los extranjeros? Y al contestar él: ‘de los extraños’, Jesús le dijo: ‘Por lo tanto los hijos están libres. Sin embargo, para que no los escandalicemos, vete al mar, echa el anzuelo y el primer pez que salga, tómallo, ábrele la boca y encontrarás un *estater*. Tómallo y dáselo por ti y por mí» (Mt 17, 24-27).





## Dichosos los perseguidos

La Iglesia nació en medio de las persecuciones, con los discípulos encerrados en el cenáculo por miedo a los judíos (Jn 20,19) y desde entonces siempre la acompañaron las persecuciones. Jesús se las había anunciado y les había enseñado que eran comunión en la suerte de su maestro y señor, por ser discípulos y servidores suyos, hijos del Padre.

Jesús pone esta persecución en relación y continuidad con las persecuciones de que fueron objeto los profetas: «¡Ay de ustedes, escribas y fariseos, hipócritas!, porque edifican sepulcros a los profetas y adornan los monumentos de los justos, y dicen: ‘Si hubiéramos vivido en los días de nuestros padres, no habríamos sido sus cómplices en la sangre de los profetas’. Con esto dan testimonio contra ustedes mismos de que son hijos de aquéllos que mataron a los profetas. ¡Ustedes, pues, colman la medida de sus padres! [persiguiendo a Jesús y a los nuevos profetas, sus discípulos] ¡Serpientes, generación de víboras!, ¿cómo escapan de la condenación del infierno? Porque, yo les envío profetas, sabios y escribas; de ellos, a unos matarán y crucificarán, y a otros azotarán en sus sinagogas y perseguirán de ciudad en ciudad. Así recaerá sobre ustedes toda la sangre justa que se ha derramado sobre la tierra, desde la sangre de Abel, el justo, hasta la sangre de Zacarías hijo de Baraquías, a quien mataron entre el Templo y el altar. En verdad, les digo que todo esto vendrá sobre esta generación. ¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que te son enviados! ¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos como la gallina junta sus polluelos debajo de las alas, pero no quisiste!´» (Mt 23,29-37).

Esta constante de perseguir a los enviados de Dios y a los que le pertenecen es como una misteriosa e inicua ley. Jesús la ilustra con la parábola de los viñadores homicidas, que matan a los enviados del dueño de la vid, porque se han adueñado de ella. «Los escribas y fariseos, al oír su parábola comprendieron que se estaba refiriendo a ellos. Y trataban de apresarlos, pero tuvieron miedo de la gente porque lo tenían por profeta» (Mt 21, 33-46; Lc 20, 9-19; Mc 12, 1-12).

Jesús declara que sus discípulos, los que aprenden de él a vivir como hijos ante el Padre, son los nuevos profetas, la luz del mundo y la sal de la tierra.

Ellos llevan a su plenitud el cumplimiento de la ley, ellos reflejan en su comportamiento la conducta del Padre.

## Ungido contra ungado

Jesús resucitado explica esta misteriosa ley a los discípulos de Emaús, a la luz de las Escrituras: «Era necesario que el Mesías padeciera esto para entrar así en su gloria» (Lc 24,26). «Esto» es la persecución a manos de los guías espirituales del Pueblo elegido, elegidos ellos también. Es la ley del Ungido contra ungado, o de un elegido contra otro. Pablo la enuncia: «los que quieren vivir piadosamente, padecerán persecución» (2Tm 3,12).

Los santos Padres la explican: «Jesucristo es quien sufría tantas penalidades en la persona de muchos otros: Él fue muerto en la persona de Abel y atado en la persona de Isaac, Él anduvo peregrino en la persona de Jacob y fue vendido en la persona de José, Él fue expósito en la persona de Moisés, degollado en el cordero pascual, perseguido en la persona de David y vilipendiado en la persona de los profetas.»

En los sufrimientos de Cristo se ha manifestado un Misterio preparado desde siglos y generaciones en los sufrimientos de los justos; y se sigue manifestando en las persecuciones a los santos (Col 1,26); es decir: a la Iglesia. Ese misterio ilumina ahora el sentido de los padecimientos de los creyentes y las persecuciones a los católicos.

Es Cristo quien padece en ellos: «Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?» (Hch 9,4-5). Sigue sufriendo en nosotros, que somos su cuerpo. La comunión de los santos es también comunión en los padecimientos (Flp 3,10). Los de Cristo son de todos; los de los discípulos son de Cristo: «El que a ustedes desprecia a mí me desprecia» (Lc 6,16); «lo que hicieron a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicieron» (Mt 25.40.45).

Cuando Pedro hace tropezar (escandaliza) a Jesús, oponiéndose a la Cruz, nos hace tropezar a todos, y por eso Jesús lo corrige mirando a los discípulos (Mt 16,23). El que hace tropezar (escandaliza) en el camino del seguimiento a un pequeño, es como quien hace tropezar a Cristo mismo (Mt 18,6; Mc 9,42). Pedro se hace merecedor del terrible castigo anunciado a los que escandalizan: ser arrojado al mar con una piedra del molino atada al cuello (Mc 9,42).

### «Por mi causa»: de la justicia filial

¿De qué justicia se trata? La justicia que viene de la fe en Jesús. Es la nueva justicia filial que supera la de los escribas y fariseos (Mt 5,20). «Dichosos los perseguidos a causa de la fe en mí». Es lo mismo que «el Reino de mi Padre» o «de su Padre». «Ya no beberé del fruto de la vid hasta el día aquél en que lo beba con ustedes en el Reino de mi Padre» (Mt 26,29). «Los justos brillarán como el sol en el Reino de su Padre» (Mt 13, 43).

En la consumación final y definitiva de la comunión filial con el Padre en la vida eterna, «el Reino de los cielos» cobra su sentido pleno como comunión eterna de vida. Pero esa vida ha comenzado ahora por la comunión con Jesús y el Padre y por eso «de ellos es ya el Reino de los Cielos». Lo que les pertenece en herencia ya es de los herederos desde ahora.

«No está el discípulo por encima de su maestro, ni el servidor por encima de su señor. Ya le basta a su discípulo ser como su maestro y al servidor ser como su señor, si al dueño de la casa lo han llamado Belcebú ¡cuánto más a los de su casa» (Mt 10,24); «No es más el siervo que su amo ni el enviado más que el que lo envía» (Jn 13,16) «Acuérdate de las palabras que les he dicho: el siervo no es más que su señor. Si a mí me han perseguido, también a ustedes los perseguirán. Pero todo eso lo harán por causa de mi nombre, porque no conocen al que me ha enviado» (Jn 15, 20-21).

Jesús nos va revelando progresivamente el sentido de una persecución irracional e inexplicable, tanto por sus motivos como por la intensidad de odio que manifiesta. La persecución es bienaventuranza porque es consecuencia directa de la comunión con el Padre, el Hijo y sus demás discípulos. Somos rechazados por los que rechazan esa pertenencia, de la cual somos signo visible, sello de autenticidad de la comunidad de destino con el Padre, el Hijo y el Espíritu, rechazados por la raza de víboras, la generación de la serpiente, que tiene por padre a Satanás.

«Si el mundo los odia, sepan que a mí me ha odiado antes que a ustedes. Si pertenecieran al mundo el mundo amaría lo suyo; pero como no le pertenecen, porque yo, al elegirlos los he sacado del mundo, por eso los odia al mundo» (Jn 15,18-19). «Si a mí me han perseguido, también los perseguirán a ustedes» (Jn 15,20b). «Todo esto lo harán porque no conocen al que me ha enviado... El que me odia, odia también a mi Padre... nos odian a mí y a mi Padre. Pero así se cumple lo que está escrito en la Ley: ‘me han odiado sin motivo’ [Sal 35,19; 69,5]» (Jn 15,21.23.24-25).

«¿No saben que su cuerpo es santuario del Espíritu Santo, que está en ustedes y han recibido de Dios y que no se pertenecen? ¡Han sido comprados y a qué precio! « (1Co 6,19-20a).» «Todas las cosas son de ustedes, ustedes son de Cristo y Cristo de Dios» (1Co 3,23). «Ninguno de ustedes vive para sí mismo; como tampoco muere nadie para sí mismo. Si vivimos, para el Señor vivimos; y si morimos, para el Señor morimos. Así que, ya sea que vivamos, ya sea que muramos, somos del Señor» (Rm 14, 7-8).

La persecución tiene su origen en la rivalidad de la raza de hijos de Satanás contra la raza de hijos de Dios: «Yo pondré enemistad entre ti y la mujer, entre tu linaje y el suyo; él te aplastará la cabeza y tú le acecharás el talón» (Gn 3,15).

Son dos familias, dos sistemas de solidaridad, dos procedencias por generación. El linaje de Satanás persigue al linaje de los Hijos de Dios, como Caín a Abel. «Ustedes no me conocen a mí ni a mi Padre; si me conocieran a mí conocerían también a mi Padre» (Jn 8,19b) «Si Dios fuera su Padre, me amarían a mí... su padre es el diablo y ustedes quieren cumplir la voluntad de su padre. Este fue homicida desde el principio» (Jn 8,42b.44). «En esto se reconocen los hijos de Dios y los hijos del Diablo: todo el que no obra la justicia no es de Dios, ni tampoco el que no ama a su hermano» (1Jn 3,10).

«Este es el mensaje que ustedes han oído desde el principio [del Padre, principio de todo] que nos



amemos los unos a los otros. No como Caín, que siendo del Maligno, mató a su hermano. Y ¿por qué lo mató? Porque sus obras eran malas mientras que las de su hermano eran justas. No se extrañen, hermanos, si el mundo los aborrece» (1Jn 3,10-13).

«Miren que los envíe como ovejas en medio de lobos. Sean, pues, prudentes como las serpientes y sencillos como las palomas. Cuidense de los hombres, porque los entregarán a los tribunales y los azotarán en sus sinagogas; y por mi causa los llevarán ante tribunales y reyes, para que den testimonio ante ellos y ante los gentiles» (Mt 10,16-18); «serán perseguidos de ciudad en ciudad» (Mt 23,34)

### Qué hacer en las persecuciones

**Amar a los enemigos:** «Pero yo les digo, amen a sus enemigos y oren por los que los persiguen y calumnian, para que sean hechos hijos de su Padre celestial» (Mt 5,44-45).

**Dar testimonio:** «Ustedes serán mis testigos... hasta los confines de la tierra» (Hch 1,8). Juan Bautista «vino como testigo de la luz, para que todos creyeran en él. No era él la luz, sino quien diera testimonio de la luz» (Jn 1,7-8). Pero el testimonio del más pequeño en el Reino de los Cielos es mayor que el suyo (Mt 11, 11). Los cristianos son «una nube de testigos» (Heb 12,1). «Yo sé en quién he creído» (2Tm 1,12). Hasta las cadenas y juicios son ocasión de dar testimonio acerca de Jesús: «En mi primera defensa nadie me asistió, antes bien todos me desampararon... Pero el Señor me asistió y me dio fuerza para que, por mi medio, se proclamara plenamente el mensaje y lo oyeran todos los gentiles» (2Tm 4,17). Por amor a los enemigos el cristiano, hijo de Dios, da testimonio del Padre y de su enviado Jesucristo, y del camino de salvación. Por ser testigos son perseguidos, como en las causas criminales del mundo, donde los culpables tratan de eliminar o intimidar a los testigos. Pero ese intento es vano. Fracasó con el Hijo y en los testigos que envió. A los mártires el Espíritu Santo les inspiró al morir el grito testimonial: ¡Viva Cristo Rey!

**No tener miedo:** «No les tengan miedo... lo que les digo en la oscuridad [el secreto de la conciencia y la oración] díganlo a plena luz; y lo que oyen al oído, proclámenlo desde las azoteas... Y no teman a los que matan el cuerpo pero no pueden matar el alma... hasta los cabellos de su cabeza están contados» (Mt 10,26.28.30-31). «No les tengan miedo ni se turben» (Mt 5,10; citado por 1P 3,14).

**Confiar:** «Cuando los lleven para entregarlos, no se preocupen de qué van a hablar; sino hablen lo que se les comunique en aquél momento. Pues no serán ustedes los que hablen, sino el Espíritu Santo» (Mc 13,11; Mt 10,20). Pablo atestigua que cuando todos lo abandonaron, el Señor lo asistió ante el tribunal para dar testimonio (2Tm 4,16-17).

**No avergonzarse:** «Quien se avergüence de mí y de mis palabras en esta raza adúltera y pecadora, también el Hijo del Hombre se avergonzará de él cuando venga en la gloria de su Padre con sus santos ángeles» (Mc 8,38). «No te avergüences ni el testimonio que has de dar de nuestro Señor, ni de mí, su prisionero, sino que, por el contrario, soporta conmigo los sufrimientos por el evangelio, ayudado por la fuerza de Dios» (2Tm 1,8). «Por este motivo estoy soportando estos sufrimientos, pero no me avergüenzo, porque yo sé bien en quién he puesto mi confianza» (2Tm 1,12). «Tú pues, hijo mío, mantente fuerte en la gracia de Cristo Jesús» (2Tm 2,1). «Traigan a la memoria los días pasados, en que después de haber sido iluminados, tuvieron que soportar un duro y doloroso combate, unas veces expuestos públicamente a ultrajes y tribulaciones; otras haciéndolos solidarios de los que así eran tratados. Pues compartieron los sufrimientos de los encarcelados, y se dejaron despojar con alegría de sus bienes, conscientes de que poseían una riqueza mejor y más duradera. No pierdan ahora su confianza. Necesitan paciencia en el sufrimiento para cumplir la voluntad de Dios y alcanzar lo prometido. Pues todavía ‘un poco de tiempo, muy poco tiempo y el que ha de venir vendrá sin tardanza; ‘Mi justo vivirá por la fe. Pero si es cobarde, mi alma no se complacerá en él’. Pero nosotros no somos cobardes para perdición, sino creyentes para salvación del alma» (Heb 10,32-39).

**Vivir como peregrinos:** La patria del cristiano es el Padre: «Cuando los persigan en una ciudad, huyan a otra» (Mt 10,23). «Pedro, Apóstol de Jesucristo, a los que viven como extranjeros entre las naciones en la dispersión» (1P 1,1).

**Alegrarse:** «Bella cosa es tolerar penas por consideración a Dios cuando se sufre injustamente. ¿Pues qué gloria hay en soportar los golpes cuando ustedes han faltado? Pero si obrando el bien soportan el sufrimiento, esto es cosa bella ante Dios. Pues para esto han sido llamados ya que también Cristo sufrió por ustedes dejándoles ejemplo (1P 2,19-21).

«¿Y quién les hará mal si se afanan por el bien? Mas, aunque sufrieran a causa de la justicia, dichosos ustedes» (1P 3,13-14). «Queridos, no se extrañen del fuego que ha prendido en medio de ustedes para probarlos como si les sucediera algo extraño. Más bien alégrense en la medida en que participan en los sufrimientos de Cristo, para que también se alegren en la revelación de su gloria. Dichosos ustedes si son injuriados por el nombre de Cristo, pues el Espíritu de gloria, que es el Espíritu de Dios, reposa sobre ustedes... que ninguno de ustedes tenga que sufrir ni por criminal ni por ladrón ni por malhechor ni por entrometido; pero si es por cristiano, que no se avergüence, que glorifique a Dios por llevar este nombre» (1P 4,13-16). «Ahora me alegro por los sufrimientos que soporto por ustedes, y completo en mi carne lo que falta a las tribulaciones de Cristo, en favor de su Cuerpo, que es la Iglesia» (Col 1,24). «Quiero que sepan, hermanos, que lo que me ha sucedido [el arresto y prisión] ha contribuido más bien [que obstaculizado] al progreso del Evangelio, de tal forma que se ha hecho público en todo el Pretorio, y entre los demás, que me hallo entre cadenas por Cristo. Y la mayor parte de los hermanos, alentados en el Señor por mis cadenas, tienen mayor intrepidez en anunciar sin temor la palabra» (Flp 1,12-14).

### Examinémonos -----

Cuando me toca sufrir a causa de mi estado de vida: ¿Creo que cuanto sobreviene, es superior a mis fuerzas? ¿Caigo en la tentación de huir, de desistir, de desear la muerte o más bien, me abandono en las manos de mi Padre que no pone sobre nosotros una carga superior a nuestras fuerzas, como el amo no la pone tampoco sobre su asno? ¿La llevo con gozo porque contento a mi Padre Dios y sabiendo que «ningún sufrimiento de la vida presente tiene comparación con la gloria que nos espera»? (Rm 8,18).

¿Soporto con paciencia y amor la persecución, en todas sus formas: vacíos, acusaciones, olvidos, burlas, descalificación de mí persona, etc.? ¿Rezo por mis perseguidores? ¿resisto en la persecución para que no se empañe la gloria del Padre? ¿sobrellevo con gozo interior y hasta exterior si se me da la gracia, esa persecución en vez de sentirme avergonzado ante los perseguidores?

Si soy casado/a ¿mantengo ante los demás los gestos dignos que muestran mi fidelidad y amor matrimonial; delicadeza en las relaciones y hasta en

la forma de vestir como respeto recíproco? En mi vocabulario, mi modo de vestir, espectáculos... ¿cedo a presiones de los hombres que no quieren verme diferente de ellos? En la persecución ¿me mantengo firme en el testimonio al nivel que corresponde o como Pedro en la Pasión, niego al Señor de mil maneras? ¿Pido al mismo tiempo al Señor, por mi propia conversión y la conversión de mis perseguidores? ¿Amo a mis perseguidores como el Padre nos ama a los perseguidores y autores de la muerte de Jesús, porque el pecado que entró en el mundo, también tiende a dominarme?

### Oración universal: -----

**Dios, en el misterio de su providencia, quiso unir a su Iglesia a la Pasión de Cristo, su Hijo. Pidamos que conceda a cuantos son perseguidos a causa de su nombre un espíritu de paciencia y amor, para que sean testigos auténticos y fieles. Respondamos:**

***R. Haz que seamos siempre fieles a ti, Señor.***

1. Que la Iglesia sea esencialmente testiga de la caridad de Cristo y preocupada por llevar junto con ella a toda la humanidad en su marcha hacia el Reino de Dios. ***Oremos.***
2. Que todos los pueblos puedan evitar los horrores del racismo y la exclusión, desarrollar una cultura del respeto y la tolerancia, y cooperen a la paz y la reconciliación. ***Oremos.***
3. Que todos reconozcan a Cristo como Salvador, y lo acepten en sus enviados, dejando a un lado sus prejuicios y rencores ancestrales. ***Oremos.***
4. Que en los lugares en que los cristianos son perseguidos surjan pujantes líderes que hagan progresar la fe y forjen una comunidad auténtica. ***Oremos.***
5. Que en nuestra comunidad tengamos un corazón abierto para perdonar a quienes nos ofenden y pronto para reconciliarnos con quienes nos hacen daño. ***Oremos.***

**Escucha, Padre, nuestras oraciones, confirmarnos en la verdad, y concede a nuestros hermanos perseguidos a causa de su fe, el gozo de seguir a Cristo en el camino del Calvario, la bienaventuranza de quien sufre por la causa de Cristo, y la íntima certeza de que sus nombres están escritos en los cielos. Por Jesucristo nuestro Señor.**



## SEGUNDA SERIE DE TEMAS: PROMOTORES DE UNA CULTURA DE PAZ

### 1. UNA SOCIEDAD MALTRATADA Y DOLORIDA POR UN AMBIENTE DE VIOLENCIA

#### Lecturas:

Isaías, 48,16-22: *No hay paz para los malvados.*

Salmo 29. R. *Te alabaré, Señor,  
porque me has librado.*

Hebreos 12,1-12: *Acepten la corrección del Señor.*

Hace mucho tiempo, los elefantes del mundo eran blancos y negros. Amaban a todos los demás animales, pero se odiaban entre sí. Los negros vivían a un lado de la jungla, y los blancos vivían del lado opuesto. Un día los elefantes negros decidieron matar a todos los elefantes blancos, y por su parte también los elefantes blancos decidieron matar a los negros. Los elefantes que deseaban la paz, de ambos bandos, se internaron en lo más profundo de la selva y nunca más se les volvió a ver. La batalla duró mucho tiempo, hasta que no quedó ni un solo elefante vivo. Durante muchos años se volvió a ver un elefante sobre la tierra. Hasta que un día, salieron los nietos de los elefantes que se habían internado en la jungla, que eran de color gris. Desde entonces, los elefantes han vivido en paz. Pero desde hace un tiempo, los elefantes que tienen orejas grandes miran de forma extraña y peligrosa a los que tienen orejas pequeñas, y viceversa.

Dios puso en nuestras débiles manos un mundo maravilloso para que lo cuidemos, lo protejamos y lo desarrollemos. Para ello nos dio la inteligencia, la creatividad, el don del trabajo, el sacrificio y amor

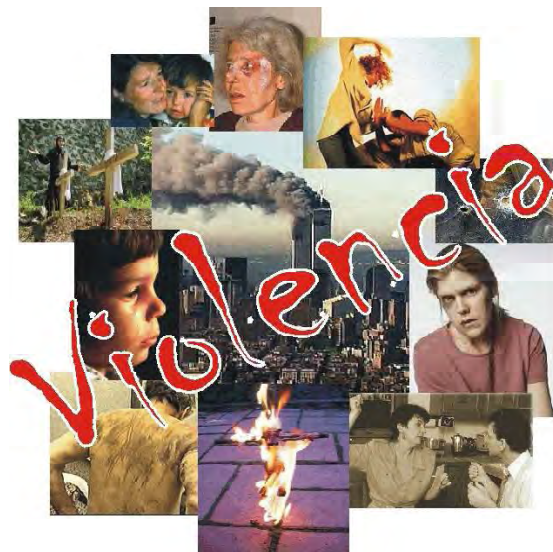
hacia todos los seres. Día tras día vamos cumpliendo esa misión que el Creador nos encomendó, mediante el trabajo. Pero no lo hemos hecho bien. A esas cualidades se han mezclado actitudes destructoras y dañinas que han perjudicado y dañado a la humanidad y la creación entera.

El hombre quiso hacerse dueño de todo: organizó el mundo a su conveniencia, dictó leyes, promulgó decretos y se apoderó de las conciencias. Llamó desgraciados a los que buscan armonía, reconciliación y paz y a cuantos defienden la ecología; y les declaró la guerra por ir contra el progreso.

Reunió fortunas y utilizó su poder para dominar las mentes. Un pequeño grupo de multimillonarios domina el mundo, mientras miles de millones de personas quedaron en la miseria y el hambre, amenazados por enfermedades. Siguiendo la ley del más fuerte, los pueblos se dividieron y se

enfrentaron en guerra unos contra otros. Inventaron armas de destrucción masiva y armas químicas. Apareció el terrorismo y las matanzas indiscriminadas que llenaron a la humanidad de gran temor. Inventó una colosal máquina de información, controlando las noticias, censurando, llenando de mentiras y corrupción los espacios.

Quien proclama una verdad distinta es considerado separatista y rebelde y castigado. Y para enajenar las mentes, creó multitud de diversiones y máquinas para divertir, creó y difundió drogas alienantes y asesinas, y se perdió el sentido de justicia y el valor



de la vida. Y fue desplazando a Dios de sus vidas, hasta acallar su voz.

Cada uno hace lo que quiere; no se respetan los derechos ni las libertades; no hay justicia; la vida se compra o se vende; la libertad se aniquila. Se liberó el aborto. Los pobres no saben a quién acudir, pues los poderosos dominan a su placer todos los medios.

Como un cáncer se ha extendido la violencia en la sociedad. Por desgracia, hasta en nuestras comunidades hemos sido testigos de muertes violentas y crueles, de situaciones de inseguridad, amenazas, secuestros, intimidaciones, ocasionando un clima de incertidumbre y desconfianza, que impide vivir tranquilos.

Nos duele profundamente la sangre que se ha derramado. Nos interpela el dolor, la angustia y el miedo de tantas personas. Nos preocupa además, que de la indignación y el coraje natural, brote en el corazón de muchos mexicanos la rabia, el odio, el rencor, el deseo de venganza y de justicia por propia mano.

Se destruyó la capa de ozono y se talaron las selvas y bosques, destruyendo la naturaleza. El agua se escaseó y contaminó, de suerte que multitudes mueren de sed. El universo entero y la humanidad sufren los dolores de un mundo mal organizado y descompuesto. El hambre, la miseria, la mortalidad infantil, el analfabetismo, la desnutrición, la guerra, los accidentes, la intolerancia, el autoritarismo, violan los derechos humanos y son consecuencia de ese proceder erróneo y perverso.

Hacemos nuestra la súplica del Salmo 17: «Me envolvían gemidos de muerte, los dolores del infierno me rodeaban; pero en mi tribulación invoqué al Señor y escuchó mi voz desde su templo santo». Y nos consuelan las palabras del profeta (Jer 29,11-14): «Dice el Señor: Mis pensamientos son de paz y no de aflicción; me invocarán y yo los escucharé, y recogeré a los cautivos de todos los lugares».

Es necesario que en estas circunstancias de inseguridad, de temor y de angustia, ocasionadas por la violencia, los secuestros, y la impiedad y crueldad de muchas personas, como católicos, demos testimonio de nuestra fe en Jesús, Señor de la paz, y que proclamemos nuestra esperanza en Él. Necesitamos gritar fuerte que somos mayoría los que buscamos la paz, y que no podrán vencernos los que ocasionan la violencia.

Como creyentes, queremos proclamar que la fe es nuestra fortaleza, y que el poder del mal sólo se puede vencer con la gracia. Gritemos por todos los medios que estamos unidos en una gran oración común, con nuestra Madre santísima, para implorar la paz para nuestra comunidad, nuestra región, nuestra Patria y el mundo entero. Avancemos por la vida llenos de esperanza, solidarios con todas las víctimas de la violencia

¿Tenemos motivos para excluirnos, odiarnos y matarnos unos a otros hasta exterminarnos? Estamos maltratando la convivencia entre las personas y entre los pueblos. La tierra está embebida de la sangre de tantos que han muerto violentamente. Hay mucho odio en los corazones. La mirada de muchas personas no es limpia. El grito de los que sufren llega al cielo.

Esa violencia despiadada alcanza también a la naturaleza, a la cual tratamos como si fuera enemiga, a pesar de que de ella extraemos todo lo que necesitamos para vivir. El calentamiento global y cambio climático, la capa de ozono, la contaminación del agua, y otros asuntos parecidos están en la opinión pública. Maltratando a la madre naturaleza, todos salimos perdiendo.

Si queremos extirpar el tumor de violencia que nos amenaza, cultivemos la vida interior, o pereceremos víctimas de nuestros prejuicios y terquedades. No basta protestar contra las formas de violencia. Es preciso recuperar la moral personal y social. Crecer en la corresponsabilidad, para formar redes de defensa y apoyo.

Los buenos somos mayoría, rebaño del buen Pastor. Los lobos son minoría, y no tienen quién los cuide. Una red de apoyo mutuo será un anuncio de la justicia y del Evangelio de la Vida, más fuerte que las malas noticias y los temores de la muerte. Sobre las ruinas de lo destrozado por la violencia, levántemos el templo de la solidaridad. Es preciso crear espacios de escucha, apertura, diálogo, y cooperación; espacios de búsqueda común de respuesta a los problemas, a la corrupción, a los vacíos de leyes, a la ineficacia de instituciones y la burocracia.

¿Hemos olvidado la sabiduría de convivir en paz y amarnos como hermanos? Si fuimos creados para vivir bien, conviviendo en paz y fraternidad ¿Por qué gastamos tantas energías y recursos en vivir mal en medio de la violencia?

Necesitamos revertir la situación. La paz no puede ser sólo el sueño de unos pocos, sino una urgencia y un compromiso de todos.

Difundamos los valores evangélicos, que nos van educando para vivir y convivir hoy. La vida interior es el antídoto ante los efectos negativos de la anticultura de la muerte.

No habría violencia si tuviéramos paz en el corazón, haciendo desaparecer en él las injusticias. No habría violencia si todos nos sintiéramos amados por Dios y obráramos del mismo modo con los demás. No habría violencia si juntos uniéramos nuestros esfuerzos para progresar, en lugar de gastar nuestras energías en combatirnos. No habría violencia si respetáramos la vida humana como don de Dios inapreciable, elevada por la Encarnación y redimida por la Pascua. No habría violencia si nos dejáramos invadir por la caridad, que es el amor divino dado a nosotros.

### **Oración universal:**

**Tantos acontecimientos dolorosos y violentos nos interpelan y confrontan. No podemos quedarnos con los brazos cruzados y ver cómo suceden estos hechos. Necesitamos despertar nuestra conciencia, y elevar nuestra ferviente oración a Dios, el Señor de la paz, para que cesen estos hechos tan lamentables y todos los ciudadanos podamos disfrutar de una paz verdadera externa e internamente. Sin la ayuda de Dios parece imposible poner freno a este caos aterrador. Invoquemos a nuestro buen Dios diciendo:**

*R. Señor, danos la paz.*

Te pedimos la paz, que es tan necesaria como el agua y el fuego, la tierra y el aire. **R.**

Una paz que es perdón que nos libera de la rabia, la ira, la envidia y la sangre. **R.**

Una paz que es amnistía de presos y exiliados que desean un hogar digno y estable. **R.**

Una paz que es libertad y vida siempre abierta en la casa, la escuela, el trabajo y la calle. **R.**

Una paz que es pan amasado y partido cada día en la mesa con júbilo y con hambre. **R.**

Una paz que es la flor de tu Reino que esperamos y hacemos más cercano cada tarde. **R.**

Una paz que exige nuestro esfuerzo, porque somos hermanos. **R.**

**Dios no sólo de la paz, sino la paz misma, a quien no puede comprender quien siembra la discordia, ni aceptar quien ama la violencia, concede a quienes trabajan por la paz perseverar en su propósito y a quienes la obstaculizan, olvidarse del odio. Por Jesucristo nuestro Señor.**

(O bien):

**Oremos por la paz, haciendo una pausa de silencio después de cada invitación.**

1. Bendito seas Señor y Padre que estás en el cielo, origen de todo bien, dador de todo consuelo, porque en tu infinita bondad, nos has reconciliado contigo y entre nosotros, por medio de Jesucristo, tu divino Hijo. Ayúdanos a cumplir tu voluntad para que venga a nosotros tu reino de justicia, de amor y de paz. Que la reconciliación penetre muy hondo en los corazones de todos, y que tu mensaje de fraternidad y perdón haga superar las diferencias, enemistades, antagonismos, y refuerce la voluntad de entendimiento y comprensión, y el deseo de paz se haga vida en cada individuo, familia y en la sociedad.
2. Conviértenos a ti, Padre de misericordia. Haznos sentir el gozo del perdón recibido para compartirlo con los demás. Renuévanos con tu Espíritu para descubrir la novedad evangélica: «Dichosos los que trabajan por la paz» (Mt 5, 9). Ayúdanos a contemplar en el rostro de Cristo, Crucificado y Resucitado, el misterio de nuestra reconciliación, el amor sin límites que excluye toda violencia, la fuente viva de un perdón que abarca también a los enemigos, para que como hijos del mismo Padre, podamos todos reconocernos hermanos en su nombre. Por su Sangre redentora, haz que cesen las violencias y las venganzas, que provocan espirales de odio y siembran destrucción, terror y muerte.
3. Te pedimos que todas las familias de nuestra Patria, superadas las horas aciagas de dolor y de llanto, puedan gozar de la paz que Jesús nos dejó; que en sus hogares, donde florezcan las virtudes cristianas, los hijos crezcan sin incertidumbres ni temores, preparándose para contribuir a forjar una sociedad más justa y fraterna. Concede a los gobernantes, responsables de una sociedad cristiana, energías espirituales y morales para servir a la gran causa del bien común; que, abiertos a las exigencias de tu Palabra, sean siempre sensibles a

los anhelos de todo un pueblo, que quiere y necesita la paz. Ilumina a todos los hombres de buena voluntad, para que, movidos por tu mensaje de misericordia y de perdón, se convenzan cada vez más de la esterilidad de la violencia, que tantas heridas ha producido, y que no es camino para una paz justa y duradera.

4. Que los Pastores de tu Iglesia, sacerdotes, religiosos, religiosas y fieles laicos, sean signo e instrumento de reconciliación, para que la acción

evangelizadora, nueva en su ardor, sea fecunda en frutos de perdón y de concordia, de justicia y de paz. Que el amor a la santísima Virgen María suscite en todos sentimientos de fraternidad y armonía, para consolidarnos como una gran familia que quiere vivir, desde la fe cristiana, la civilización del amor. Te lo pedimos Padre de Bondad, con la fuerza de tu Espíritu, por mediación de Jesucristo, Príncipe de la Paz y fuente de nuestra reconciliación. Amén.

## 2. ALGUNAS RAÍCES DE LA VIOLENCIA

### Lecturas:

Efesios 2,14-16: Derribó el muro de enemistad.

Salmo 72. R. Líbrame, Señor, de envidiar a los malvados.

Mateo 5,38-42: Amen a sus enemigos.

Hablamos mucho de paz, se hacen marchas y manifiestos, y oramos porque llegue. Pero ¿es posible un mundo sin violencia? El mundo está en una fase de turbulencia en que se combina la recesión económica, la lucha política, la delincuencia organizada, la agresividad imperial, la falta de respeto a la vida y dignidad humana.

Si comparamos el ambiente de violencia con un árbol, éste hunde sus raíces y se alimenta de un subsuelo de actitudes y antivalores que han consolidado sus estructuras. Veamos algunas.

**1. Intolerancia:** No respeta la libertad del otro, ni su derecho a ser diferente, ni su dignidad de ser humano, ni el valor supremo que es la vida. Ha levantado tantos odios, causado tantos sufrimientos y muertes, derramando mucha sangre y lágrimas. Impone autoritariamente la tiranía sobre los otros, y humilla al diferente. No se detiene hasta quitar el derecho a vivir a los que son de otro partido, otro

barrio, otra condición social, otro lugar de origen, otra religión, otra forma de pensar, etc.

**2. Ambición:** La ambición desmesurada de poder y dominio ha regado de sangre pueblos y naciones. No encuentra satisfacción sino matando, provocando guerras, esclavizando y oprimiendo. Sólo por ser más grandes o tener más, someten a los pueblos.

Sólo por tener dominio sobre grupos de poder, partidos políticos o grupos de influencia, se cometen crímenes execrables y horrosos contra el ser humano, su dignidad y su vida. Sólo por la ambición de dinero fácil, se siguen cometiendo los más despiadados crímenes y atentados contra la vida. Sólo por ambición de dinero ilícito, se extiende el flagelo de la droga por todos los rincones, destruyendo el futuro y la alegría de millones de jóvenes. La ambición está en el origen de casi todas las guerras.

**3. Facilidad de armas:** El temor al daño que los otros puedan provocarnos origina una circulación de armas desenfrenada. Los países están preparados para la guerra invirtiendo en armamento cantidades enormes, escandalosas y desproporcionadas con relación a su producto interno bruto, desatendiendo rublos de necesidades básicas. Incluso en tiempos de



Getty



paz. Dedicar a la formación militar mucho personal. Uno de los mercados más florecientes es la venta de armas. Incluso gobiernos populares que proclaman una sociedad justa y mejor, en sus presupuestos, invierten más en armamento, inteligencia, seguridad y defensa más que en educación y salud, escuelas y hospitales.

**4) Políticas de seguridad nacional:** Los criterios de seguridad nacional, la unidad de la patria o los asuntos de Estado han sido asesinos, pues por esos motivos se tortura, secuestra y asesina a miles de ciudadanos de bien. Las dictaduras militares son causantes de crímenes que son vergüenza de la humanidad. Se han juicios sumarios injustos, encarcelamientos indebidos, persecuciones políticas indebidas y represiones intolerantes.

**5) Ambiente de inseguridad y violencia diaria:** Los robos, atracos y pleitos callejeros y familiares, el bulling y los insultos, a veces no derraman sangre pero sí derraman lágrimas. Esta violencia no mata la vida pero sí hace sufrir, mata la alegría de vivir y no respeta la dignidad de las personas, hiere almas, destruye edificios, causa temor. Todos los días hay violencia, humillaciones, desprecios, abusos, exclusiones, maltratos, atemorizaciones... en la familia, la escuela, el trabajo, la diversión, entre amigos y vecinos:.

**6) El terrorismo:** Es una de las formas de violencia más brutales que siembra odio, muerte, deseo de venganza y represalia. En una red de complicidades entre organizaciones extremistas, financieras y políticas, golpean en lugares de la vida cotidiana fuera de las reglas. Manifiesta un desprecio total de la vida humana que hiere la dignidad humana y ofende a la humanidad entera. No basta reprimir y castigar, sino atender las causas (cf CDSI 513-515).

Los más perjudicados por la intolerancia, la ambición, el armamentismo y la violencia diaria, y que llevan la peor parte, son siempre los mismos: los pobres, necesitados, marginados, humillados, excluidos del sistema social injusto. El sistema de poder los ha marginados, la economía dominante los ha excluido, la violencia los humilla y el sistema social represor los maltrata. Son los grandes perdedores de esta irracional carrera de dominio y de violencia. Pero nunca perderán la dignidad de ser personas e hijos de Dios.

## Oración universal

**Oremos, hermanos, al Rey de la gloria y Príncipe de la paz y pidámosle que infunda en nuestros corazones el gozo y la esperanza de ser escuchados y aquella paz que sobrepasa todo lo que podemos imaginar y entender. A cada intención respondemos cantando:**

*R. Te rogamos, óyenos.*

1. Que el Señor sostenga y fortalezca a los gobiernos del mundo entero, y en especial al de nuestra nación en la lucha por el orden, la justicia y la paz, **Oremos.**
2. Que el Señor conceda a nuestros pastores y a los demás fieles trabajar cada día con más entusiasmo para que progresen la fraternidad universal y la paz verdadera entre los hombres y los pueblos, especialmente en nuestra patria, **Oremos.**
3. Que al celebrar estas fiestas, conmemoremos nuestra historia desde nuestra fe descubriendo nuestro compromiso de trabajar hoy por una sociedad más justa, democrática, solidaria, emprendedora y pacífica, **Oremos.**
4. Que todos los hombres de buena voluntad unan sus esfuerzos en bien de la justicia y trabajen por alcanzar una paz y una libertad verdadera entre los pueblos, **Oremos.**
5. Que quienes son víctimas de la inseguridad, el soborno, la estafa, la delincuencia organizada, el narcotráfico, la injusticia y todo tipo de incomprensiones encuentren una mano que los ayude, **Oremos.**
6. Que los que emigran de nuestro país o pasan por nuestro territorio nacional con la intención de llegar a los Estados Unidos, ejerciendo su derecho a migrar, sean tratados con respeto y puedan encontrar mejores condiciones de vida para ellos y sus familias, **Oremos.**
7. Que nuestra fe cristiana y nuestra caridad evangélica nos impulsen a emplearnos con un esfuerzo cada día más generoso en el servicio de la paz entre los hombres y los pueblos, **Oremos.**

**Acuérdate, Padre de misericordia, de todos aquellos que sufren y mueren a causa de la inseguridad, la violencia y la ola de muerte desatada en nuestros pueblos y de los odios entre los hombres y las naciones y extiende tu brazo poderoso para que en todo el mundo arraigue tu reino de justicia, de amor y de paz, por Jesucristo, nuestro Señor.**

### 3. LA PAZ ES EL SUEÑO DE LA HUMANIDAD

#### Lecturas:

Isaías 32,15-20: Llegará la paz.

Salmo 85. R. Enséñame, Señor, tu camino, para que siga tu verdad.

Juan 14, 27-31: Mi paz les doy.

Vivir en paz es una de nuestras aspiraciones más profundas. Nos estremecemos cuando la guerra rompe la paz. Porque la paz es un bien en constante peligro. La paz está amenazada por los hechos violentos que han sucedido. Suena el tambor de guerra en los lugares en conflicto. Suena el tambor de guerra en el mundo entero. Y nosotros necesitamos que resuenen las voces de la caridad convocando a reconciliación.

En la situación que vivimos hoy, marcado por las heridas de la prepotencia, la violencia, agresividad, secuestros, asesinatos y las divisiones, no podemos huir de las duras realidades que caracterizan nuestra existencia como resultado del pecado. Mas la presencia del Señor Resucitado en medio de nosotros, con las señales de la crucifixión, nos asegura que por Él y en Él, nuestro mundo puede ser transformado.

Hemos de seguir al Espíritu del Señor que nos mantiene y nos lleva a curar las heridas del mundo con el amor de Cristo que mora en nuestros corazones. Cristo Resucitado se apareció a sus discípulos en estado glorioso pero llevaba las señales de la crucifixión, signo de Reconciliación entre Dios y los hombres. Es el precio que ha pagado por nuestra reconciliación. Dejémonos invadir por su amor en cada Eucaristía.

«Antes que un don de Dios al hombre y un proyecto humano conforma al diseño divino, la

paz es, ante todo, un atributo esencial de Dios: «Yahvé-Paz» (Jue 6,24). La creación, que es un reflejo de la gloria divina, aspira a la paz. Dios crea todas las cosas y todo lo creado forma un conjunto armónico bueno en todas sus partes (cf Gn 1,4.10.12.18.21.25.31). la paz se funda en la relación primaria entre todo ser creado y Dios mismo, con una relación marcada por la rectitud (cf Gn 17,1). Como consecuencia del acto voluntario con el cual el hombre altera el orden divino, el mundo conoce el derramamiento de sangre y la división: la violencia se manifiesta en las relaciones internacionales (cf Gn 4,1-16) y en las sociales (cf Gn 11,1-9). La paz y la violencia no pueden habitar juntas; donde hay violencia no puede estar Dios» (CDSI 488).



«En la revelación bíblica, la paz es mucho más que la simple ausencia de guerra: representa la plenitud de la vida (cf Mt 2,5); más que una construcción humana, es un sumo don divino ofrecido a todos los hombres, que comporta la obediencia al plan de Dios. La paz es el efecto de la bendición de Dios sobre su pueblo:

«Yahvé te muestre su rostro y le conceda la paz» (Nm 6,26). Esta paz genera fecundidad (cf Is 48,19), bienestar (cf Is 48,18), prosperidad (cf Is 54,13), ausencia de temor (cf Lv 26,6) y alegría profunda (cf Pr 12,20)» (CDSI 489).

«La paz es la meta de la convivencia social, como aparece de forma extraordinaria en la visión mesiánica de la paz: cuando todos los pueblos acudirán a la casa del Señor y Él les mostrará sus caminos, ellos podrán caminar por las sendas de la paz (cf Is 2,2-5). Un mundo nuevo de paz, que alcanza toda la naturaleza, ha sido prometida para la era mesiánica (cf Is 11,6-9) y al mismo Mesías se le llama ‘Príncipe de Paz’ (Is 9,5). Ahí donde reina la

paz, allí donde es anticipada, aunque sea parcialmente, nadie podrá turbar al pueblo de Dios (cf Sof 3,13). La paz será entonces duradera, porque cuando el rey gobierna según la justicia de Dios, la rectitud brota y la paz abunda 'hasta que no haya luna' (Sal 72,7). Dios anhela dar paz a su pueblo: 'Sí, Yahvé habla de paz para su pueblo y para sus amigos, con tal que a su torpeza no retornen' (Sal 85,9). El salmista, escuchando lo que Dios dice a su pueblo sobre la paz, oye estas palabras: 'Amor y verdad se han dado cita, justicia y paz se abrazan' (Sal 85,11)» (CDSI 490).

Es preciso soñar ese mundo, como primer paso para provocarlo y construirlo. Soñamos un mundo mejor, donde podamos todos disfrutar su belleza, su armonía y su paz. Donde trabajemos por librarnos de tantos desastres, frustraciones, sufrimientos inútiles.

¿Cuáles son los cimientos para construir ese mundo? Los valores humanos: solidaridad, respeto, justicia, verdad, paz, vida libertad. Cuando todos nos movamos por estos valores, nos trataremos como hermanos, nos regiremos por la justicia, respetaremos la vida, defenderemos la verdad, protegeremos la dignidad de las personas, repartiremos equitativamente las riquezas, protegeremos la naturaleza, haremos del universo un paraíso, disfrutaremos de un mundo en paz.

El mundo justo y solidario que Jesús soñó, por el cual se comprometió e hizo posible al morir y redimirlo, es maravilloso. Es el mundo de Dios, donde todos se ajustan a su proyecto. El mundo de la armonía, la justicia, la hermandad, el respeto. En el mundo justo y solidario, cada persona es tratada como hija de Dios y como hermana de todos. Los discípulos de Jesús, convertidos, ya no siguen las costumbres del mundo, sino los pasos de Jesús. Luchan por destruir toda marginación y construir la justicia. Luchan y trabajan por que todos sean respetados. Luchan por un mundo mejor.

«La paz se construye día a día en la búsqueda del orden querido por Dios y sólo puede florecer cuando cada uno reconoce la propia responsabilidad para promoverla. Para prevenir conflictos y violencias, es absolutamente necesario que la paz comience a vivirse como un valor en el interior de cada persona: así podrá extenderse a las familias y a la sociedad política. En un dilatado clima de concordia y respeto de la justicia puede madurar una auténtica cultura de

paz, capaz de extenderse también a la comunidad internacional. La paz es, por tanto, 'el fruto del orden plantado en la sociedad humana por su divino Fundador, y que los hombres, sedientos siempre de una justicia más perfecta, han de llevar a cabo' (GS 78; CEC 2304). Este ideal de paz no se puede lograr si no se asegura el bien de las personas y la comunicación espontánea entre los hombres de las riquezas de orden intelectual y espiritual» (CDSI 495).

### **Oración universal**

**En estos días de fiesta, en que nos dedicamos a reflexionar sobre la paz y pedir especialmente por nuestra patria, presentemos a Dios, Padre amoroso, nuestras súplicas confiadas para que bendiga abundantemente a nuestra comunidad.**

*Después de cada petición, diremos:*

#### ***R. Señor, concédenos el don de la paz.***

1. Por la Iglesia que peregrina en la nación mexicana, para que cumpla fielmente su misión de anunciar a todos el Evangelio de Jesucristo. **Oremos.**
2. Por las necesidades de todos los que integran esta nación, para que el progreso personal y social esté marcado por el Evangelio de Jesucristo. **Oremos.**
3. Por todos los miembros de la sociedad: niños, jóvenes, adultos y ancianos, para que cada uno sea un modelo de vida civil responsable, y viva plenamente el Evangelio de Jesucristo. **Oremos.**
4. Por los gobernantes, para que nuestro Señor les inspire decisiones que promuevan el bien común, en un ambiente de paz y libertad, conforme al Evangelio de Cristo. **Oremos.**
5. Por todos los que sufren debido a tantas y tan variadas circunstancias, para que Dios sea su consuelo y ayuda en sus necesidades y vivan inspirados por el Evangelio de Jesucristo. **Oremos.**
6. Por todos los sectores de la sociedad, para que buscando el bien común, descubran y vivan los valores profundamente humanos y cristianos que provienen del Evangelio de Jesucristo. **Oremos.**

**Padre Santo, escucha las peticiones que te dirigimos, asístenos por la intercesión de Santa María de Guadalupe, Madre de este pueblo tuyo, y concédenos lo que con fe te hemos pedido. Por Jesucristo, nuestro Señor.**

## 4. LA PAZ ES FRUTO DE LA JUSTICIA Y DE LA CARIDAD

### Lecturas:

Isaías 32,15-20: La obra de la justicia será la paz.

Salmo 118,159-166. R. Mucha paz tienen, Señor, los que aman tus leyes.

Marcos 1,40-45: Los leprosos.

«La paz es un valor y un deber universal; halla su fundamento en el orden racional y moral de la sociedad que tiene sus raíces en Dios mismo, fuente primaria del ser, verdad esencial y bien supremo. La paz no es simplemente ausencia de guerra, ni siquiera un equilibrio estable entre fuerzas adversarias, sino que se funda en una correcta concepción de la persona humana y requiere la edificación de un orden según la justicia y la caridad. La paz es 'fruto de la justicia' (Is 32,17), entendida en sentido amplio, como el respeto del equilibrio de todas las dimensiones de la persona humana. La paz peligra cuando al hombre no se le reconoce aquello que le es debido en cuanto hombre, cuando no se respeta su dignidad y cuando la convivencia no está orientada hacia el bien común. Para construir una sociedad pacífica y lograr el desarrollo integral de los pueblos y naciones, resulta esencial la defensa y la promoción de los derechos humanos. La paz es también fruto del amor: 'La verdadera paz tiene más de caridad que de justicia, porque a la justicia corresponde no sólo quitar los impedimentos de la paz, la ofensa y el daño; pero la paz misma es un acto propio y específico de caridad' (GS 78)» (CDSI 494).

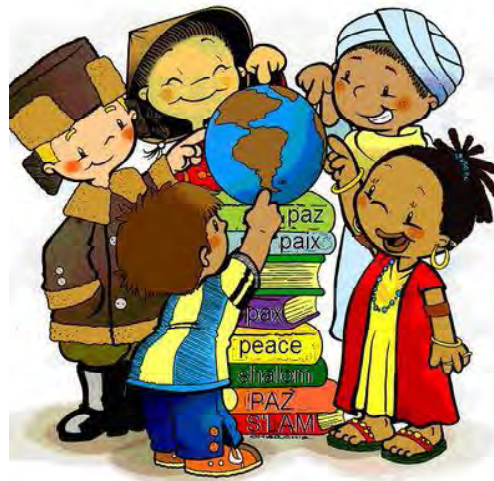
«La violencia no constituye jamás una respuesta justa. La Iglesia proclama, con la convicción de su fe en Cristo y con la conciencia de su misión, que la violencia es un mal, que la violencia es inaceptable como solución de los problemas, que la violencia es indigna del hombre. La violencia es una mentira, porque va contra la verdad de nuestra fe, la verdad de

nuestra humanidad. La violencia destruye lo que pretende defender: la dignidad, la vida, la libertad del ser humano. El mundo actual necesita también el testimonio de profetas no armados, desafortunadamente ridiculizados en cada época: 'Los que renuncian a la acción violenta y sangrienta y recurren para la defensa de los derechos del hombre a medios que están al alcance de los más débiles, dan testimonio de caridad evangélica, siempre que esto se haga sin lesionar los derechos y obligaciones de los otros hombres y de las sociedades. Atestiguan legítimamente la gravedad de los riesgos físicos y morales del recurso a la violencia con sus ruinas y sus muertes» (CDSI 496).

«La Iglesia enseña que la paz sólo es posible mediante el perdón y la reconciliación. No es fácil perdonar a la vista de las consecuencias de la guerra y los conflictos, porque la violencia, especialmente cuando llega hasta los límites de lo humano y de la aflicción, deja siempre como

herencia una pesada carga de dolor, que sólo puede aliviarse mediante una reflexión profunda, leal, valiente y común entre los contendientes, capaz de afrontar las dificultades del presente con una actitud purificada por el arrepentimiento. El peso del pasado, que no se puede olvidar, puede ser aceptado sólo en presencia de un perdón recíprocamente ofrecido y recibido: se trata de un recorrido largo y difícil pero no imposible» (CDSI 517).

«El perdón recíproco no debe anular las exigencias de la justicia, ni mucho menos impedir el camino que conduce a la verdad: justicia y verdad representan, en cambio, los requisitos concretos de la reconciliación... Es necesario ir más allá de la determinación de los comportamientos delictivos, ya sean de acción o de omisión, y de las decisiones sobre los procedimientos de reparación, para llegar al restablecimiento de relaciones de recíproco en-





tendimiento entre los pueblos divididos, en nombre de la reconciliación. Es necesario, además, promover el derecho a la paz: este derecho favorece la construcción de una sociedad en cuyo seno las relaciones de fuerza se sustituyen por relaciones de colaboración con vistas al bien común» (CDSI 518).

### Oración universal

**Suba nuestra oración a Dios, Padre todopoderoso, que quiere iluminar y salvar a todos los hombres con la luz de Jesucristo. Después de cada petición diremos:**

*R. Señor, ten misericordia de tu pueblo.*

1. Por el Papa Francisco, por nuestro Obispo Felipe y por todos los Obispos, presbíteros y diáconos de nuestra nación, para que guíen con perseverancia al pueblo de Dios hacia la Patria eterna. **Roguemos al Señor.**
2. Por todos los que formamos esta nación mexicana, para que, fieles al Evangelio de Cristo, permanezcamos unidos como una sola familia. **Roguemos al Señor.**

3. Por nuestros gobernantes, para que protejan la libertad de los ciudadanos y promuevan la justicia y la paz. **Roguemos al Señor.**

4. Por quienes sufren opresión e injusticia, especialmente por nuestros grupos marginados, para que la gracia de Dios transforme los corazones de quienes los explotan, a fin de que les proporcionen alivio y solución efectiva a sus demandas. **Roguemos al Señor.**

5. Por los que estamos reunidos con fe y devoción en esta celebración eucarística, para que nuestro amor a la Iglesia sea eficaz y constante. **Roguemos al Señor.**

6. Por todos los que entregaron su vida en servicio de la Patria, para que Dios, Padre providente, los lleve a gozar de su presencia en el cielo. **Roguemos al Señor.**

**Padre santo, escucha benignamente nuestras plegarias y concédenos trabajar por la justicia y la reconciliación, unidos a tu Iglesia y confiados en tu amor. Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.**

---

## 5. JUSTICIA Y RECONCILIACIÓN: EL CAMINO MEJOR PARA LA PAZ

---

### Lecturas:

Isaías 32,1-8: Un rey hará reinar la justicia.

Salmo 128. R. El Señor nos libró porque nos ama.

Mateo 18,21-22: Perdonar setenta veces siete.

La violencia acrecienta la injusticia, desata odios, y no consigue resolver los problemas. Desencadena venganzas y promueve represalias, pero nunca favorece la convivencia. Derrama sangre y trunca vidas, pero no hace felices a las personas ni a los pueblos, ni a vencedores ni a vencidos. Con la violencia nadie gana y todos pierden.

Por desgracia son un hecho común los suicidios por depresión, ajustes de cuentas, secuestros y extorciones, linchamientos, asesinatos de inocentes, robos o atracos sangrientos, abusos de menores, violencia intrafamiliar, niños adictos, mujeres alcohólicas, pleitos callejeros, grupos de matones, bata-

llas campales en el deporte y enfrentamientos hasta en instituciones públicas. Junto a reportes sensacionalistas y miedo de represalias, hay también violencia política preocupante. Es preciso suplicar al Señor perdón por todas estas formas de violencia.

Jesús es el Príncipe de la Paz, pero estamos rodeados de hostilidades, dispuestos a tomar las armas para amenazar y amedrentar. No sólo nos asustan las armas nucleares y bacteriológicas, sino también las desigualdades sociales que nos enfrentan unos a otros e imponen la ley del más fuerte. Es preciso sentirnos corresponsables por las guerras, por la tiranía ejercida sobre muchos ciudadanos, por el dinero injusto que se negocia con drogas, armamentos y comercio sexual, por los fracasos de los organismos de paz.

Jesús es el divino pacificador de las conciencias, pero dentro de nosotros se desatan mecanismos de

destrucción, palabras llenas de ira o rencor. La paz que Él nos da no es la del mundo, sino la paz de la concordia, de la armonía fraternal, fruto de la justicia y regalo de la libertad. Es preciso pedirle perdón por las violencias entre nosotros, por los odios entre hermanos, por los obstáculos que dificultan una convivencia pacífica, por los negocios ilícitos, por los conflictos entre partidos, por los atentados contra la concordia.

Cristo destruyó en la Cruz nuestras enemistades, y espera que, pacificados, pongamos en juego las fuerzas de la paz. Contradice este llamado las críticas excesivas que nos hacemos mutuamente, las tensiones y conflictos entre los miembros de un mismo grupo o sociedad, las disensiones entre amigos, las agresividades que dejamos crecer en nuestro interior. Dios tiene proyectos de paz y no de aflicción. Hay un camino mejor para la paz: anteponer siempre la paz a cualquier otro criterio político o económico.

Una tarde serena de verano, los indios de la tribu se sentaron en torno al jefe para que transmitiera, sobre todo a los jóvenes, la sabiduría de sus antepasados. El jefe fijó su mirada en uno de los guerreros y dijo: Si alguien hace mal a tu hermano, y tú quieres vengarte matando al asesino, primero siéntate a fumar tu pipa y comprenderás que la muerte es un castigo desproporcionado al crimen y no cambia las cosas. Fuma tu pipa hasta el fin, y en vez de una paliza te convencerás que basta una buena reprimenda. Si meditando llenas tu pipa por tercera vez, te convencerás de que lo mejor es ir al encuentro de tu enemigo y hacerle las paces. De esta sabiduría de la vida nació la tradición de la pipa de la paz.

«La vigilia de su muerte, Jesús habla de su relación de amor con el Padre y de la fuerza unificadora que este amor irradia sobre sus discípulos: es un discurso de despedida que muestra el sentido profundo de su vida y que puede considerarse como una síntesis de toda su enseñanza. El don de la paz sella su testamento espiritual: ‘La paz les dejo, mi paz les doy; no se la doy como la da el mundo’ (Jn 14,27).

Las palabras del Resucitado no suenan diferentes; cada vez que se encuentra con sus discípulos, estos reciben de Él su saludo y el don de la paz: ‘La paz con ustedes’ (Lc 24,36; Jn 20,19.21.26)» (CDSI 491).

«La paz de Cristo es, ante todo, la reconciliación con el Padre, que se realiza mediante la misión confiada por Jesús a sus discípulos y que comienza con un anuncio de paz; ‘En la casa en que entren digan: Paz a esta casa’ (Lc 10,5-6; cf Rm 1,7). La paz es además reconciliación con los hermanos, porque Jesús, en la oración que enseñó, el ‘Padre nuestro’, asocia el perdón pedido a Dios con el que damos a los hermanos: ‘Perdona nuestras ofensas, así como nosotros perdonamos a los que nos ofenden’ (Mt 6,12). Con esta doble reconciliación, el cristiano puede convertirse en artífice de paz y, por tanto, participe del Reino de Dios, según lo que Jesús mismo proclama: ‘Dichosos los que trabajan por la paz, porque ellos serán llamados hijos de Dios’ (CDSI 492).

«En el centro del ‘Evangelio de paz’ (Ef 6,15) se encuentra el misterio de la Cruz, porque la paz es inseparable del Sacrificio de Cristo (cf Is 53,5: ‘Él soportó el castigo que nos trae la paz, y con sus llagas hemos sido curados’): Jesús crucificado ha anulado la división, instaurando la paz y la reconciliación precisamente ‘por medio de la Cruz, dando en sí mismo muerte a la enemistad (Ef 2,16) y donando a los hombres la salvación de la Resurrección» (CDSI 493).

Las víctimas de la violencia criminal, como cristianos, saben perdonar, y convierten su dolor en Pascua, al transformarlo en un compromiso. La educación en la legalidad será un fuerte golpe para quienes sólo creen en el poder de la fuerza bruta, de la intimidación y del miedo. Los creyentes sabemos que la fuerza que vence al mundo es el amor y la fe. Con ese poder combatamos las pequeñas violencias a nuestro alcance, y contrarrestemos las grandes. No será la violencia lo que desbarate la empresa criminal y la corrupción, sino la unión del pueblo y sus operaciones a favor de la paz.



Nuestro ambiente ya está lleno de odios y violencia, para no sembrar más. Es preciso ahora llenarlo de amor y reconciliación. Los cristianos estamos llamados a ser levadura en la masa y luz en las tinieblas. Juntos podemos presionar y convencer, combatir la indiferencia, resignación y complicidad, pues también se mata con el silencio. Con la convivencia fraterna, la constancia en reunirnos a compartir la Palabra de Dios, la Comunión del Cuerpo de Cristo, la ayuda mutua en nuestras necesidades, recibimos la paz que nos viene de Él. La denuncia documentada y el anuncio de Cristo será una consecuencia del valor que nos da. Animemos una nueva conciencia, basada en la justicia, en la solidaridad y en los valores humanos y cristianos que hemos heredado como una tradición humana y nos han dado vida a lo largo de nuestra historia.

### Oración universal

**Presentemos al Padre la ferviente súplica que brota de nuestro corazón a favor de la paz en la Iglesia, en nuestra patria y en el mundo entero, en estas fiestas en que oramos de modo especial por las necesidades de todos y por la paz. Después de cada petición diremos:**

***R. Atiende, Padre, nuestra súplica.***

1. Por la Iglesia, que busca en todo el bien de la sociedad, para que sea un vínculo de unidad y de paz entre todos los que habitan estas tierras. *Oremos.*

2. Por los políticos de nuestro país, para que Dios les conceda la gracia de saber que están llamados a ser instrumentos de progreso social. *Oremos.*
3. Por los ciudadanos de nuestra patria, que durante tantos años han buscado la auténtica libertad, para que abrace a todos y sea instrumento de crecimiento personal y comunitario. *Oremos.*
4. Por las fuerzas armadas que vigilan la soberanía nacional, para que sean auténticos promotores de ayuda, especialmente en las situaciones de emergencia. *Oremos.*
5. Por los intelectuales, que por medio de sus conocimientos buscan participar en el desarrollo de nuestro país, para que sus convicciones estén siempre fundamentadas en la verdad. *Oremos.*
6. Por nuestra nación, que paso a paso construye la democracia por medios de la participación activa de los ciudadanos, para que todos sintamos que con nuestra participación en la vida nacional ayudamos a la promoción de la paz y de justicia. *Oremos.*

**Padre Santo, Tú que siempre escuchas a tus hijos que te invocan con fe, ayúdanos a todos los miembros de la nación mexicana para que nos sintamos estrechamente vinculados con la paz y el progreso de nuestra patria. Por Jesucristo, nuestro Señor.**

---

## 6. JESÚS, MAESTRO DE LA PAZ Y LA FRATERNIDAD

---

### Lecturas:

Isaías 53,1-12: El castigo que nos trae la paz.

Salmo 140. R. No nos dejes caer en la tentación.

Filipenses 2,6-11: Tengan los sentimientos de Jesús.

Juan 8,1-11: la mujer adúltera.

Jesús vivió en un mundo muy violento. La intolerancia era el arma contra todos los disidentes del sistema. Las torturas inhumanas y despiadadas eran frecuentes contra todos los que levantaban su voz de libertad y de justicia. Las condenas a muerte eran un frecuente y cruel castigo. Las autoridades imponían su ley.

En ese ambiente de exclusión, violencia, represalia, castigo y muerte vivió Jesús. Él mismo sufrió en carne propia las agresiones, amenazas y acusaciones de quienes no respetaban al otro ni protegían la vida. Por último, sufrió la humillación, persecución, exclusión, tortura, vejaciones y muerte en el suplicio de la Cruz.

En este ambiente de violencia, Jesús fue un hombre de paz y pacificador. En medio de la ira puso comprensión; frente a una ley de muerte puso la ley de la vida; contra la venganza puso perdón. Propuso el perdón para romper la espiral de la violencia:

calma la ira y aplaca el rencor; protege la vida y restaura la paz.

Sabía que la violencia engendra más violencia y que sólo la paz logra frenarla. Si la violencia crea una sociedad de rivales y enemigos, Jesús crea una comunidad de hermanos. Para eso cambia la ley judía de violencia por otra de fraternidad y perdón.

«La promesa de paz, que recorre todo el Antiguo Testamento, halla su cumplimiento en la Persona de Jesús. La paz es el bien mesiánico por excelencia, que engloba todos los demás bienes salvíficos. La palabra hebrea 'shalom', en el sentido etimológico de 'entereza', expresa el concepto de 'paz' en la plenitud de su significado (cf *Is* 9,5s; *Mi* 5,1-4). El reino del Mesías es precisamente el reino de la paz (cf *Jb* 25,2; *Sal* 29,11; 37,11; 72,3.7; 85,9.11; 119,165; 125,5; 128,6; 147,14; *Ct* 8,10; *Is* 26,3.12; 32,17s; 52,7; 54,10; 57,19; 60,17; 66,12; *Ag* 2,9; *Zc* 9,10...). Jesús 'es nuestra paz' (*Ef* 2,14), Él ha derribado el muro de la enemistad entre los hombres, reconciliándoles con Dios (cf *Ef* 2,14-16). De este modo, San Pablo, con eficaz sencillez, indica la razón fundamental que impulsa a los cristianos hacia una vida y una misión de paz. La vigilia de su Muerte, Jesús habla de su relación de amor con el Padre y de la fuerza unificadora que este amor irradia sobre sus discípulos; es un discurso de despedida que muestra el sentido profundo de su vida y que puede considerarse una síntesis de toda su enseñanza. El don de la paz sella su testamento espiritual: 'Les dejo la paz, mi paz les doy; no se las doy como la da el mundo' (*Jn* 14,27). Las palabras del Resucitado no suenan diferentes; cada vez que se encuentra con sus discípulos, estos reciben de Él su saludo y el don de la paz: 'La paz con ustedes' (*Lc* 24,36; *Jn* 20,19.21.26)» (CDSI 491).

El nacimiento de Jesús fue anunciado con el canto: «¡Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz, buena voluntad para con los hombres!» (*Lc* 2,14). En las últimas horas que pasó con sus discipu-

los antes de morir, les dijo: «La paz les dejo, mi paz les doy; yo no se las doy como el mundo la da. No se turbe su corazón, ni tenga miedo» (*Jn* 14,27). «Estas cosas les he hablado para que en mí tengan paz. En el mundo tendrán aflicción; pero confíen, yo he vencido al mundo» (*Jn* 16,33).

Otras enseñanzas de Jesús acerca de la paz: «Dichosos los que procuran la paz, pues Dios los llamará hijos suyos» (*Mt* 5,9). «Ustedes han oído que antes se dijo: 'Ojo por ojo y diente por diente.' Pero yo les digo: No resistas al que te haga algún mal; al contrario, si alguien te pega en una mejilla, ofrécele la otra» (*Mt* 5,38-39). «Amen a sus enemigos, hagan bien a quienes los odian, bendigan a quienes les maldicen, oren por quienes los insultan» (*Lc* 6,27-28).



### Oración universal

**En estos días en que nos dedicamos a pedir especialmente por la paz, presentemos a Dios, Padre amoroso, nuestras súplicas confiadas para que bendiga abundantemente a nuestra comunidad. Después de cada petición, diremos:**

**R. Señor Jesús, tú eres nuestra paz.**

1. Para que el Señor sostenga y fortalezca a los gobiernos del mundo entero, y en especial al de nuestra nación en la lucha por el orden, la justicia y la paz, **Oremos.**
2. Para que el Señor conceda a nuestros pastores y a los demás fieles trabajar cada día con más entusiasmo para que progresen la fraternidad universal y la paz verdadera entre los hombres y los pueblos, especialmente en nuestra patria, **Oremos.**
3. Para que juzguemos los acontecimientos desde nuestra fe y sepamos leerlos descubriendo nuestro compromiso de trabajar hoy por un país más justo, democrático, solidario, emprendedor y pacífico, **Oremos.**
4. Para que todos los hombres de buena voluntad unan sus esfuerzos en bien de la justicia y trabajen por alcanzar una paz y una libertad verdadera entre los pueblos, **Oremos.**
5. Para quienes son víctimas de la inseguridad, el soborno, la estafa, la delincuencia organizada, el narcotráfico, la injusticia y todo tipo de incomprensiones encuentren una mano que los ayude, **Oremos.**



6. Para que los migrantes sean tratados con respeto y puedan encontrar mejores condiciones de vida para ellos y sus familias, **Oremos**.
7. Para que nuestra fe cristiana y nuestra caridad evangélica nos impulsen a emplearnos con un esfuerzo cada día más generoso en el servicio de la paz entre los hombres y los pueblos, **Oremos**.

**Padre Santo, escucha las peticiones que te dirigimos, asístenos por la intercesión de Santa María de Guadalupe, Madre de este pueblo tuyo, y concédenos lo que con fe te hemos pedido. Por Jesucristo, nuestro Señor.**

(O bien):

**Señor Jesús, Tú eres nuestra paz, mira nuestra Patria dañada por la violencia y dispersa por el miedo y la inseguridad. Consuela el dolor de quienes sufren. Da acierto a las decisiones de quienes nos gobiernan. Toca el corazón de quienes olvidan que somos hermanos y provocan sufrimiento y muerte. Dales el don de la conversión. Protege a las familias, a nuestros niños, adolescentes y jóvenes, a nuestros pueblos y comunidades. Que como discípulos misioneros tuyos, ciudadanos responsables, sepamos ser promotores de justicia y de paz, para que en Ti, nuestro pueblo tenga vida digna. Amén. María, Reina de la paz, ruega por nosotros.**

---

## 7. LOS DISCÍPULOS DE JESÚS, PROMOTORES DE PAZ Y RECONCILIACIÓN

---

### Lecturas:

Isaías 2,2-6: De Jerusalén saldrá la paz.

Salmo 15. R. Señor ¿quién puede entrar en tu santuario?

Efesios 6,10-17: La armadura de Dios.

Marcos 9,33-37: Si alguno quiere ser el primero.

Hay un grito que, con creciente angustia, se levanta en todas las partes de la tierra, en todos los pueblos, en cada corazón, en la única gran familia que es la humanidad: ¡el grito de la paz! Es el grito que dice con fuerza: Queremos un mundo de paz, queremos ser hombres y mujeres de paz, queremos que en nuestra sociedad, desgarrada por divisiones y conflictos, estalle la paz; ¡nunca más la guerra! ¡Nunca más la guerra! La paz es un don demasiado precioso, que tiene que ser promovido y tutelado.

Vivimos con particular sufrimiento y preocupación las numerosas situaciones de conflicto que hay en nuestra tierra, en distintas partes, y una dramática evolución que se está produciendo en varias de ellas. Es preciso hacer un fuerte llamamiento a la paz, que nace de lo más profundo de nuestra fe cristiana.

¡Cuánto sufrimiento, cuánta destrucción, cuánto dolor ha ocasionado y ocasiona el uso de las armas

en este atormentado mundo, especialmente entre la población civil inerte! Pensemos: cuántos niños no podrán ver la luz del futuro. Condenamos el uso de las armas químicas. Tantas terribles imágenes nos presentan los medios. Hay un juicio de Dios y un juicio de la historia sobre nuestras acciones, del que no se puede escapar. El uso de la violencia nunca trae la paz. ¡La guerra llama a la guerra, la violencia llama a la violencia!

Que las partes en conflicto escuchen la voz de su conciencia, no se cierren en sus propios intereses, sino que vean al otro como a un hermano y emprendan con valentía y decisión el camino del encuentro y la negociación, superando la ciega confrontación. Y la Comunidad Internacional haga todo esfuerzo posible para promover iniciativas claras a favor de la paz, basadas en el diálogo y la negociación, por el bien de toda la población. Que no se ahorre ningún esfuerzo para garantizar asistencia humanitaria a las víctimas, en particular a los desplazados y numerosos refugiados. Que los trabajadores humanitarios, dedicados a aliviar los sufrimientos de la población, tengan asegurada la posibilidad de prestar la ayuda necesaria.

¿Qué podemos hacer nosotros por la paz en el mundo? Como decía el Papa Juan XXIII, a todos

corresponde la tarea de establecer un nuevo sistema de relaciones de convivencia basadas en la justicia y en el amor (*Pacem in terris*). ¡Una cadena de compromiso por la paz una a todos los hombres y mujeres de buena voluntad! Es un fuerte y urgente compromiso de toda la Iglesia Católica, y también de los cristianos de otras confesiones, de los hombres y mujeres de las diversas religiones y de aquellos hermanos y hermanas no creyentes: la paz es un bien que supera cualquier barrera, porque es un bien de toda la humanidad.

No es la cultura de la confrontación y del conflicto, la que construye la convivencia en los pueblos y entre los pueblos, sino ésta: la cultura del encuentro, la cultura del diálogo; éste es el único camino para la paz. Que el grito de la paz se alce con fuerza para que llegue al corazón de todos y todos depongan las armas y se dejen guiar por el deseo de paz.

Como Jesús, nuestro Maestro y Señor, los cristianos somos personas de paz. Soñamos con la paz. Luchamos por la paz. Nos esforzamos por ser pacificadores. Toda violencia es un mal: rompe las amistades, destruye las familias, quita la alegría de vivir, enfrenta a unos contra otros, causa rencor y odio, hace daño, mata la vida. Donde haya un discípulo de Jesús debe haber un promotor de la paz.

La historia está llena de ejemplos de luchadores en favor de la paz inspirados en el Evangelio de Jesucristo: Martin Luther King, Mahatma Gandhi, Teresa de Calcuta.

Muchos ya están haciendo posible este sueño de Jesús y de la Iglesia. Sueñan juntos y van haciendo lo posible para que sus sueños no sean pura ilusión. Los buenos deseos sólo son buenos si se cumplen. Y van planeando y ejecutando juntos acciones que lo hagan realidad, en un proceso que tiene tantos reveses. Creen que la justicia es más fuerte que la injusticia; la verdad más que la mentira; la bondad más que el mal; la alegría más que el dolor; la amabilidad más que la antipatía; la honradez más que la corrupción y falsedad; el Reino de Dios más que el mal de este mundo. Convencidos de esta fe ponen su esfuerzo en construir otro mundo posible. Tienen manos limpias y corazón puro; no se man-

chan con sangre ni se corrompen por dinero; no se enriquecen a costa de los demás; no ensucian su conciencia con juicios fraudulentos ni añoran ventajas injustas, ni venden su conciencia por un poco de poder o centavos. Extienden las manos para que los bienes del progreso lleguen a todos y la justicia de Dios se extienda por toda la tierra. Para ellos no hay más que un Dios justo y bueno y a Él se consagran.

No se conforman con cualquier cosa en la vida; no se satisfacen con aceptar las consignas de marcas comerciales, ni con ganar dinero o conseguir puestos. No siguen servilmente los dictados de los grupos de poder. Saben soñar y tienen altas utopías. Nada les detiene ni les apaga el fuego del espíritu de lucha. Sueñan con un mundo solidario y luchan para

que sea posible. Apuestan su vida, su presente y su futuro, por día mejor, y ese ideal les anima a sacrificarse por lograrlo. Sienten la dicha de haber animado la esperanza de la humanidad y haber trabajado al servicio de un mundo justo y en paz para todos.



¿Somos de este tipo de cristianos?

#### Oración universal:

**Imploremos suplicantes por la paz, al Señor que nos reúne. Después del enunciado de la intención vamos a guardar un momento de silencio, y al final de toda la invocación vamos a responder:**

**R: Que nunca nos falte tu ayuda, te lo pedimos por tu hijo Jesús. Amén.**

- 1. Oremos, hermanos y hermanas, por nosotros la Iglesia:** por el Papa Francisco, los obispos y todo el pueblo cristiano (*Pausa de oración*). **Dios de bondad**, deseamos que la fuerza de tu Espíritu nos llegue a cuantos integramos la iglesia, para que no seamos signo de poder y riqueza, sino que por el contrario estemos siempre del lado de los desheredados de este mundo y sirvamos eficazmente a la implantación de tu Reino. R.
- 2. Oremos, hermanos, por todas las personas creyentes del mundo**, no importa si se dirigen a Dios llamándole Yahvé, Dios, Alá o por cualquier otro nombre, para que sean fieles a sus creencias

y éstas les hagan crecer como personas justas y responsables (*Pausa de oración*). **Dios único y de todos**, que estás por encima de todas las religiones y nos amas a todos por igual, te prometemos profundizar en nuestra espiritualidad y vida interior, para que cada uno de nosotros llegue a la verdadera plenitud humana. R.

3. **Oremos, hermanos, por quienes no creen en Dios**, por quienes no han podido o no desean reconocer la existencia de la divinidad (*Pausa de oración*). **Dios Padre Creador del Universo**, quisiéramos contribuir a que cada hombre y cada mujer, con independencia de su creencia, quiera y pueda construir su vida en el amor y la justicia hacia quienes les rodean y en el respeto hacia la naturaleza. R.
4. **Oremos, hermanos, por los que gobiernan**, por los políticos, por quienes detentan el poder fáctico, por los jueces, por quienes ejercen cualquier tipo de poder o responsabilidad sobre los demás (*Pausa de oración*). **Dios de la Libertad**, nos proponemos hacer que el destino de todos los habitantes de la Tierra esté en manos de personas responsables y honestas, elegidas libremente, que pongan por encima de intereses políticos o económicos los intereses de sus pueblos y desarrollen políticas que busquen la paz, la cultura y la libertad. R.
5. **Oremos, hermanos, por los empobrecidos**, por los marginados, por los que están solos, por los que sufren, por todos los crucificados del mundo

(*Pausa de oración*). **Dios misericordioso**, deseamos fervientemente llevar el consuelo a los que lloran y sufren, acompañarles en su dolor, y ante todo solucionar sus problemas y hacerles verdaderamente felices. R.

6. **Roguemos finalmente por todos nosotros**, para que nuestros lazos en la fe se plasmen en cariño mutuo dentro de la comunidad y juntos luchemos codo con codo en la construcción de otro mundo mejor (*Pausa de oración*). **Dios, Madre y Padre nuestro**, bendice a todos tus hijos, infúndenos alegría de vivir, sed de justicia, perseverancia en la oración, constancia en el compromiso y paciencia en el camino de la Cruz. R.

**Señor Jesús, tú guías sabiamente la historia de tu Iglesia y de las naciones, escucha ahora nuestra súplica. Nuestros idiomas se confunden como antaño en la torre de Babel.**

**Somos hijos de un mismo Padre que tú nos revelaste y no sabemos ser hermanos, y el odio siembra más miedo y más muerte. Danos la paz que promete tu Evangelio, aquella que el mundo no puede dar. Enséñanos a construirla como fruto de la Verdad y de la Justicia. Escucha la imploración de María Madre y envíanos tu Espíritu Santo, para reconciliar en una gran familia a los corazones y los pueblos. Venga a nosotros el Reino del Amor, y confirmarnos en la certeza de que tú estás con nosotros hasta el fin de los tiempos. Amén.**

---

## 8. CADA PERSONA ES IMPORTANTE

---

### Lecturas:

Génesis 1,26-31: Imagen y semejanza de Dios.

Salmo 8. Nos diste, Señor, el mando sobre las obras de tus manos.

Mateo 25,31-43: A mí me lo hicieron.

La situación de injusticia y violencias necesita un cambio radical y una transformación total. Jesús, para crear una humanidad nueva, transformó el corazón de las personas dándoles un corazón nuevo. Así dio origen a un mundo nuevo y a una nueva humanidad. En la comunidad de Jesús a cada uno se

le valora por ser persona y se le reconoce su dignidad de hijo de Dios y hermano.

Para ser importante no debemos buscar ser un famoso cantante o actor, ni un renombrado futbolista, mucho menos un capo de un cártel. No es necesario hacer actos heroicos, ni aparecer en los medios, ni tenemos miles de seguidores en el facebook. Basta con sentirse persona, reconocer los dones que Dios nos ha dado y valorar las cualidades que puso en nuestras manos. Nos orienta muy bien el poema «Desiderata».

Un mal grave es no quererse a sí mismo. El que no se quiere a sí mismo no puede sonreír, ni estar alegre, ni tener esperanza, ni amar a los demás.

Hay personas que tienen el don de elevar la autoestima de los demás y hacerles sentir bien. A su lado uno se siente reconocido y valorado. Por el contrario, hay personas que desaniman y deprimen; causan desagrado y malestar; a su lado uno se siente ignorado y humillado: se ensalzan a sí mismos, menosprecian, desprecian y miran a los demás muy por debajo de ellos; desprecian o ponen peros a lo que hacen los demás para enaltecer lo suyo;

La persona humana es el gran valor de todo el universo, la medida de todo cuanto existe. Todo está sometido a ella, y nada ni nadie pueden mellar su dignidad y grandeza, lo más grande y sagrado de la creación.

Ni el origen, ni la cultura, ni el color, ni la condición social, ni la edad, ni el acceso a las tecnologías, ni nada en este mundo desmerecen esta dignidad inviolable de la persona. Toda persona, incluso antes de nacer, es sujeto de esta dignidad. Toda ley justa reconoce, protege y salvaguarda esta dignidad y estos derechos. Nadie, ni el Estado siquiera, puede atentar contra ella, pues el Estado está sometido a la dignidad de la persona; su función es respetarla y protegerla siempre.

«El mensaje fundamental de la Sagrada Escritura anuncia que la persona humana es criatura de Dios (cf Sal 139,14-18) y especifica el elemento que la caracteriza y la distingue en su ser a imagen de Dios: ‘Creó, pues, Dios al ser humano a imagen suya, a imagen de Dios le creó, macho y hembra los creó’ (Gn 1,27). Dios coloca la criatura humana en el centro y en la cumbre de la creación: al hombre (en hebreo ‘adam’), plasmado con la tierra (‘adamah’), Dios insufla en las narices el aliento de la vida (cf Gn 2,7). De ahí que, por haber sido hecho a imagen de Dios, el ser humano tiene la dignidad de persona; no es solamente algo, sino alguien. Es capaz de conocerse, de poseerse y de darse libremente y entrar en comunión con otras personas; y es llamado, por la

gracia, a una alianza con su Creador, a ofrecerle una respuesta de fe y de amor que ningún otro ser puede dar en su lugar» (CDSI 108).

«La semejanza con Dios revela que la esencia y la existencia del hombre están constitutivamente relacionadas con Él del modo más profundo. Es una relación que existe por sí misma y no llega, por tanto, en un segundo momento ni se añade desde fuera. Toda la vida del hombre es una pregunta y una búsqueda de Dios. Esta relación con Dios puede ser ignorada, olvidada o removida, pero jamás puede ser eliminada. Entre todas las criaturas del mundo visible, en efecto, sólo el hombre es ‘capaz’ de Dios. La persona humana es un ser personal creado por Dios para la relación con Él, que sólo en esta relación puede vivir y expresarse, y que tiende naturalmente hacia Él» (CDSI 109).



«La relación entre Dios y el hombre se refleja en la dimensión relacional y social de la naturaleza humana. El hombre, en efecto, no es un ser solitario, ya que ‘por su íntima naturaleza, es un ser social, y no puede vivir ni desplegar sus cualidades, sin relacionarse con los demás’. A este respecto resulta significativo el hecho de que Dios

haya creado *al ser humano como hombre y mujer* (cf Gn 1,27): Qué elocuente es la insatisfacción de la que es víctima la vida del hombre en el Edén, cuando su única referencia es el mundo vegetal y animal (cf Gn 2,20). Sólo la aparición de la mujer, es decir, de un ser que es hueso de sus huesos y carne de su carne (cf Gn 2,23), y en quien vive igualmente el espíritu de Dios creador, puede satisfacer la exigencia de diálogo interpersonal que es vital para la existencia humana. En el otro, hombre o mujer, se refleja Dios mismo, meta definitiva y satisfactoria de toda persona» (CDSI 110).

«La persona no debe ser considerada únicamente como individualidad absoluta, edificada por sí misma y sobre sí misma, como si sus características propias no dependieran más que de sí misma. Tampoco debe ser considerada como mera célula de un organismo dispuesto a reconocerle, a lo sumo, un



*papel funcional dentro de un sistema.* Las concepciones que tergiversan la plena verdad del hombre han sido objeto, en repetidas ocasiones, de la solicitud social de la Iglesia, que no ha dejado de alzar su voz frente a estas y otras visiones, drásticamente reductivas. En cambio, se ha preocupado por anunciar que los hombres no se nos muestran desligados entre sí, como granos de arena, sino más bien unidos entre sí en un conjunto orgánicamente ordenado, con relaciones variadas según la diversidad de los tiempos y que el hombre no puede ser comprendido como un simple elemento y una molécula del organismo social, cuidando, a la vez, que la afirmación del primado de la persona, no conlleve una visión individualista o masificada» (CDSI 125).

Sin embargo, en muchas ocasiones se anteponen intereses económicos, políticos, ideológicos o presiones de los grupos de poder para rebajar, denigrar, degradar y abusar de ella. Racismo, discriminación, exclusión, maltrato, alienación, xenofobia, deben borrarse de nuestro vocabulario cultural.

La dignidad de la persona no procede de la posición social, ni del saber adquirido, ni del dinero que posee, sino de Dios que lo creó a su imagen y semejanza. No es algo que se adquiere o la conceda alguna instancia, sino se posee desde el instante de la concepción, inscrita en el ser de la persona. De esta convicción fue cuajando la conciencia de la humanidad hasta plasmarse en la Declaración de los derechos humanos (10 dic 1948).

### **Oración universal:**

**Para construir la paz debemos promover los derechos y deberes humanos, e impulsar la reconciliación social. Los católicos debemos desarrollar una conciencia ecuménica y un compromiso por la unidad, teniendo como uno de sus medios la búsqueda del bien común y la promoción de iniciativas sociales de paz y desarrollo social. Oremos, en unión con Jesucristo Eucaristía, por la paz del mundo, diciendo:**

***R. Escucha Señor, nuestras suplicas y danos tu paz.***

1: Por la santa Iglesia de Dios, por el Papa Francisco, por nuestro Obispo Felipe y por todos los pastores: para que incansablemente prediquen y promuevan la paz. ***Oremos.***

2: Por los que dirigen las naciones, los Estados y los pueblos en conflicto: para que con interés y esfuerzo pongan fin a todo tipo de violencia y de guerra. ***Oremos.***

3: Para que los organismos internacionales favorezcan la paz entre los pueblos y no hagan de los progresos técnicos instrumentos de guerra. ***Oremos.***

4: Para que los pueblos y naciones que sufren los horrores de la guerra recobren la paz, obtengan toda clase de bienes y puedan recobrar la libertad y la paz. ***Oremos.***

5: Por los países pobres y por los marginados de los bienes del desarrollo, para que les sean reconocidos sus derechos y valores y sean tratados como hijos de Dios y hermanos nuestros. ***Oremos.***

6: Para que nosotros, que celebramos nuestra fe, seamos dignos de saludarnos mutuamente en la paz, vivamos siempre unidos con los lazos del amor, y así alcancemos el don de la paz para Siria. ***Oremos.***

7: Por las familias que han sufrido la pérdida de algunos de los miembros a causa de secuestros, asesinatos y violencia; para que todos les manifestemos nuestra solidaridad, y Dios sea su fortaleza en estos momentos desoladores. ***Oremos.***

8: Por nosotros mismos para que no seamos indiferentes al dolor, a la muerte y a la injusticia; seamos artífices, con palabras y con obras de la justicia y la paz, en nuestra comunidad y en el mundo entero. ***Oremos.***

9: Que todos sin excepción alguna luchemos por vivir como hijos de Dios, unidos, en comprensión, fraternalmente como hermanos de Nuestro Señor Jesucristo. ***Oremos.***

10: Por todos los que han muerto a causa de la violencia, brutalidad e injusticia de los hombres, para que sean recibidos en la región de la luz y de la paz. ***Oremos.***

**Acuérdate, Padre de misericordia, de todos aquellos que sufren y mueren a causa de la inseguridad, la violencia y la ola de muerte desatada entre los pueblos y de los odios entre los hombres y las naciones, y extiende tu brazo poderoso para que en todo el mundo arraigue tu reino de justicia, de amor y de paz, por Jesucristo, nuestro Señor.**

## 9. DE UNA ANTICULTURA DE LA MUERTE A UNA CULTURA DE LA PAZ

### Lecturas:

Romanos 12,14-21: Vencer el mal con el bien.

Salmo 142. R. Por tu clemencia, Señor,  
sácame de la angustia.

Juan 13,1-20: Lavatorio de los pies.

Nos dice el Concilio Vaticano II que la paz no es mera ausencia de guerra, ni tampoco la tranquilidad que proporciona el orden cuando no hay justicia, sino que la paz se construye con los valores básicos de la justicia y la libertad. Es, por tanto, un perpetuo quehacer que intenta superar la miseria, la opresión política y la coacción moral.

En la Biblia, la paz (*shalom*), significa todo bienestar, salud, felicidad, armonía cordial entre los seres humanos y con Dios, en definitiva, es la síntesis de todas las bendiciones. No la da el hombre, sino que es un don de Dios, y es una tarea de los discípulos de Cristo. La paz es promesa divina y esperanza de una meta final. Dios se hará plenitud con la paz mesiánica. Pero al mismo tiempo, la paz es también esfuerzo humano y responsabilidad moral de todos.

San Francisco de Asís oraba diciendo: Señor, hazme instrumento de tu paz. Y esta debe ser la oración de todo cristiano, porque en el mundo falta paz.

Diariamente, en todas las Misas, oramos así: «Señor Jesucristo, que dijiste a tus apóstoles: Mi paz les dejo, mi paz les doy; no tomes en cuenta nuestros pecados sino la fe de tu Iglesia, y conforme a tu Palabra concédele la paz y la unidad». Pero la paz no llega. Tal parece que nuestras acciones de violencia son más fuertes que nuestras oraciones. Que nuestros sentimientos de venganza son más abundantes que nuestras oraciones hechas con fe. Nuestros impulsos agresivos son más fuertes que nuestras plegarias. Las acciones de violencia son más fuertes que las oraciones de los niños. Las escenas de destrucción son más abundantes que las oraciones de los adolescentes y los jóvenes. Los egoísmos y las ambiciones pueden más que las oraciones de los ancianos.

Hemos dejado que el poder del mal sea más poderoso que la oración de la Iglesia. Oramos una y

otra vez, y la paz no llega. Porque pedimos mal, nos dice el apóstol Santiago, ya que la oración por la paz debe ir acompañada de obras de justicia. No puede haber paz si en el propio corazón hay codicia, envidia, desprecio. La paz será fruto de un orden social y el testimonio de la caridad.

Y enseguida, el sacerdote en la Misa prosigue diciendo a todos: «Que la paz del Señor esté con todos ustedes». Pero la paz no llega a los corazones, no llega a las familias, a los bandos en pleito, a los vecinos distanciados, a las instituciones en competencia, a las cámaras de gobierno ni a los partidos políticos, a las conciencias, a los lugares de trabajo, a los capitales, al mundo. Parece una afirmación vacía o contradictoria.

Y el sacerdote insiste a continuación invitando a todos: «Dénse fraternalmente la paz». Y todo mundo se saluda, se abraza, se sonríe, se dice: «La paz de Cristo esté contigo, amén». Pero la paz no llega, seguimos distanciados, heridos, encerrados en nosotros mismos, deseando desquite y revancha, criticando, calumniando, insultando, desahogando el veneno interno, pisoteando a los demás. Seguimos distanciados, buscando motivos para atacarnos. Nuestro abrazo de reconciliación es más pasajero que un suspiro, nuestro deseo de paz más pasajero que la hierba; nuestras acciones de perdón más pasajeras que el viento.

Y nos preguntamos: ¿Qué está sucediendo? ¿Cristo no cumple su palabra? ¿no vivimos lo que creemos? ¿no pedimos con fe? ¿no creemos lo que pedimos? ¿o no pedimos? ¿son más fuertes los clamores de guerra que los de paz? ¿el mundo ya no tiene remedio?

Es que la violencia se ha ideologizado. Toda guerra es sucia e injusta. No hay guerras limpias. En toda guerra hay dolor; inicia una espiral de violencia que se traga a la gente del pueblo; se desatan odios y venganzas personales o grupales que acaban el potencial de la verdadera lucha; y se llega al fanatismo. Pero los que mueren en la guerra son personas del pueblo; hermanos contra hermanos se destruyen. No se obtienen derechos a sangre y fuego, ni con

sospechas y amenazas se construye la paz. No con bombardeos, secuestros, extorciones, amenazas, venganzas ni armas nuevas podemos vivir como familia. ¿Por qué seguir abusando de la misericordia y paciencia del Señor?

Paz no significa tenernos miedo y mantener equilibradas las fuerzas para no atacarnos. La paz no es aparentar que no hay problemas cuando estamos a punto de estallar. «La paz es obra de la justicia», como la Sabiduría, parodiado por Benito Juárez: «El respeto al derecho ajeno es la paz». La paz, es, pues, una tarea de todos.

Sigue habiendo violencia intrafamiliar por maridos machistas o madres solas y desesperadas. Sigue habiendo pobres que buscan comida en los basureros, soldados asesinados en emboscadas, promotores de derechos humanos asesinados, detenidos injustamente, y delincuentes sociales libres y encumbrados. Siguen habiendo represalias y ajustes de cuentas en el mundo del narcotráfico y las mafias; atracos, secuestros, terrorismo, con el dolor de madres que lloran y familias que sufren. Se siguen multiplicando los actos de violencia en las calles y entre pandillas.

La paz supone un orden donde no seamos objetos sino agentes de nuestra propia historia. No basta la mera ausencia de violencia o derramamiento de sangre. Es falsa la paz mantenida por grupos de poder, pues es germen de rebeliones y desquites. El desarrollo verdadero es el paso de condiciones menos humanas a condiciones más humanas de vida.

Muchos individuos viven sin paz: parejas de cónyuges, familias, hermanos. En muchos lugares de trabajo falta la paz. Hay pueblos en discordias; barrios en pleito; naciones en guerra. Hay amenazas en todos los niveles. Hay conflictos a nivel mundial, nacional y local. Y la paz no llega. Porque nos falta escuchar las voces de la paz.

La paz es un quehacer permanente. La comunidad humana está en continuo movimiento: cambian las estructuras, las actitudes, las personas en el gobierno, las leyes, esperamos que también cambien los corazones. La paz no es pasividad ni conformismo, ni se adquiere de una vez por todas. La paz es don de Dios, shalom, y a la vez resultado de un continuo esfuerzo de adaptación a la historia cambiante.

Mediante la fuerza sólo se obtiene una paz estática y aparente. Una paz auténtica implica lucha contra nuestro egoísmo. Una paz auténtica implica

gran capacidad inventiva y creatividad para buscar medios. Una paz auténtica implica conquista permanente. La paz no se encuentra, sino que se construye. El cristiano es un artesano de paz.

Porque Cristo es nuestra paz. Jesús siempre descalificó a los que usaban la espada y la violencia. Llamó dichosos a los perseguidos y no a los perseguidores. Mostró cómo la violencia sale del corazón, no viene de fuera. Desautorizó a los jefes violentos. El pueblo de Dios deberá hacer frente, con audacia y valentía, al egoísmo. Porque la paz es fruto del amor; expresión de la fraternidad aportada por Cristo, al reconciliarnos con el Padre. El amor es el alma de la justicia. Cristo nos da la verdadera paz, que el mundo no puede dar.

Aunque no hubiera ningún tratado, ninguna ley, ningún acuerdo firmado, sí existe la humanidad, el grito de miles y millones de hombre que tienen derecho a vivir y a vivir en paz. Como todos nosotros. El corazón de todos nosotros y de millones de personas en el mundo está lleno de angustia y de trepidación ante el peligro inminente de conflictos armados en varios puntos, cuyas consecuencias serían desastrosas.

Además de los combates, ¿cuántos civiles, niños, mujeres, ancianos serían víctimas inocentes de una catástrofe semejante? ¿Quién puede prever las destrucciones y los daños sociales y ambientales que se seguirían de ello? ¿Qué consecuencias traerá en la relación entre las naciones y entre el oriente y el occidente?

Tenemos la certeza de que Cristo venció a la muerte y en Él hemos puesto nuestra confianza (cf *2Tm* 1,12). La historia de la humanidad no ha sido fácil, pero siempre ha contado con la nobleza de sus hombres y mujeres. Encomendamos a la misericordia eterna de Dios a las partes en conflicto y a las innumerables víctimas inocentes de la guerra.

Que los responsables del destino de los pueblos reflexionen acerca de la extrema necesidad de que prevalezcan el diálogo y la razón, y se preserven la justicia y el orden internacional sin recurrir a la violencia de las armas, y ni siquiera pensar en el recurso a las armas químicas. Una guerra no resolvería los problemas, sino que sólo los agravaría. La solución se puede hallar en propuestas generosas de paz, por una parte y por otra.

Como creyentes, jamás debemos perder la esperanza; debemos tener confianza en el poder y la

misericordia de Dios, que puede iluminar las mentes de los hombres y sostener su buena voluntad. Los bienes supremos de la paz y de la justicia pueden y deben coexistir, porque responden a las más profundas exigencias de los hombres y de los pueblos.

Supliquemos consuelo y fortaleza para esos pueblos, postrados por el dolor; fuerza y valor para cuantos buscan solución pacífica a esos conflictos; tenacidad y perseverancia para todos los hombres de buena voluntad en su oración y búsqueda de caminos de justicia y paz. Que el Señor erradique del corazón de hombre toda huella de rencor, enemistad y odio, y lo disponga a la reconciliación, la solidaridad y la paz. Que en todo el mundo se instaure la «civilización del amor».

Que sepamos discernir los caminos de la comprensión mutua y del perdón, pues a la oración por la paz ha de seguir una acción consecuente en favor de la paz. Las exigencias de justicia que son inseparables de la paz, y nos interpelan en orden a un compromiso activo en favor de la misma. Ha de llevarnos a pensar y a actuar con la humildad y el amor que favorecen la paz. Ha de hacer que crezca nuestro respeto de unos hacia otros. Respeto a la integridad de las familias, respeto a la vocación y aspiraciones e ideales de los jóvenes por realizarse en la vida y en la vocación que Dios quiere darles.

Sí, Jesucristo es nuestra paz y Él es el Crucificado y el Resucitado. No hemos de olvidar el gesto del Señor Resucitado. Y María es la Reina de la paz, que la vive y la suplica. Nos ayudará a comprender el modo en que nosotros podemos ser artífices de paz.

#### **Profesión de fe: R. Creemos en el Dios de la paz.**

Creemos en tí, Señor, Padre de todos, que eres un Dios pacífico, no violento. Tú creaste al hombre y a la mujer y deseas la convivencia entre todas las personas y todos los pueblos. Tus profetas anunciaron la paz y rechazaron los poderes de este mundo que tiranizan, crean injusticias y desatan guerras y odios. Por eso decimos: R.

Creemos en Jesucristo, príncipe de la paz, que nació de Santa María Virgen. En la noche de su nacimiento los ángeles anunciaron la paz. Cristo vino a traer la paz, no la división. Rechazó la espada y la violencia, y propuso como únicas armas la verdad, la justicia y la caridad. Fue condenado a muerte por haber dicho la verdad, pero el Padre lo resucitó de entre los muertos. Por eso decimos: R.

Creemos en el Espíritu Santo. La paz es un don del Espíritu de Dios, y fruto de los artesanos que la construyen bajo su impulso. Creemos en la Iglesia, en el perdón de los pecados y en la paz eterna a la que estamos llamados. Por eso decimos: R.

Señor Jesucristo, amigo de la paz: conocerte es vivir y servirte es reinar; libra de toda agresión al pueblo que confía en tí, para que, con tu defensa y protección, pueda dedicarse sin temor a tu servicio. Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos.

#### **Oración universal**

**Oremos, hermanos, al Rey de la gloria y Príncipe de la paz y pidámosle que infunda en nuestros corazones el gozo y la esperanza de ser escuchados y aquella paz que sobrepasa todo lo que podamos imaginar y entender.**

*A cada intención respondemos cantando:*

#### **R. Te rogamos, óyenos.**

1. Para que el Señor sostenga y fortalezca a los gobiernos del mundo entero, y en especial al de nuestra nación y nuestro municipio en la lucha por el orden, la justicia y la paz, **Roguemos al Señor.**
2. Para que el Señor conceda a nuestros pastores y a los demás fieles trabajar cada día con más entusiasmo para que progresen la fraternidad universal y la paz verdadera entre los hombres y los pueblos, especialmente en nuestra patria, **Roguemos al Señor.**
3. Para que conmemoremos nuestra historia desde nuestra fe y sepamos leer los signos de los tiempos descubriendo nuestro compromiso de trabajar hoy por un país más justo, democrático, solidario, emprendedor y pacífico, **Roguemos al Señor.**
4. Para que todos los hombres de buena voluntad unan sus esfuerzos en bien de la justicia y trabajen por alcanzar una paz y una libertad verdadera entre los pueblos, **Roguemos al Señor.**
5. Para quienes son víctimas de la inseguridad, el soborno, la estafa, la delincuencia organizada, el narcotráfico, la injusticia y todo tipo de incomprensiones encuentren una mano que los ayude, **Roguemos al Señor.**
6. Para que los que emigran de nuestro país o pasan por nuestro territorio nacional con la intención de llegar a los Estados Unidos, ejerciendo su derecho a migrar, sean tratados con respeto y puedan



encontrar mejores condiciones de vida para ellos y sus familias, *Roguemos al Señor*.

7. Para que nuestra fe cristiana y nuestra caridad evangélica nos impulsen a emplearnos con un esfuerzo cada día más generoso en el servicio de la paz entre los hombres y los pueblos, *Roguemos al Señor*.

**Acuérdate, Padre de misericordia, de todos aquellos que sufren y mueren a causa de la inseguridad, la violencia y la ola de muerte desatada en nuestra patria, entre los pueblos y de los odios entre los hombres y las naciones y extiende tu brazo poderoso para que en todo el mundo arraigue tu reino de justicia, de amor y de paz, por Jesucristo, nuestro Señor.**

## 10. LA APORTACIÓN DE LA IGLESIA A LA PAZ

### Lecturas:

Deuteronomio 24,14-22: No explotarás a nadie.

Salmo 147: Envía, Señor, la paz a tu Iglesia.

Mateo 5,13-16: sal de la tierra y luz del mundo.

La violencia y la inseguridad en la que vivimos, son ocasionadas por unos pocos; la paz supone el empeño solidario de todos. La acción paciente y tenaz para la construcción de la paz es, por lo tanto, obra de todos: hombres de Estado y de Gobierno, pero también de las familias, hombres y mujeres del pueblo, jóvenes, adolescentes y niños que experimentan el terror de estos acontecimientos. Por ello el compromiso por la paz debe ser obra sobre todo de los creyentes, de los esposos, de los padres de familia y de los jóvenes.

«La promoción de la paz en el mundo es parte integrante de la misión con la que la Iglesia prosigue la obra redentora de Cristo sobre la tierra. La Iglesia, en efecto, es, en Cristo ‘sacramento’, es decir signo e instrumento de paz en el mundo y para el mundo. La promoción de la verdadera paz es una expresión de la fe cristiana en el amor que Dios nutre por cada ser humano. De la fe liberadora en el amor de Dios se desprenden una nueva visión del mundo y un nuevo modo de acercarse a los demás, tanto a una sola persona como a un pueblo entero: es una fe que cambia y renueva la vida, inspirada por la paz que Cristo ha dejado a sus discípulos (cf Jn 14,27). Movida únicamente por esta fe, la Iglesia promueve la unidad de los cristianos y una fecunda colaboración con los creyentes de otras religiones. Las diferencias religiosas no pueden y no deben constituir causa de conflicto: la búsqueda común de la paz por parte de todos los creyentes es un decisivo factor de unidad entre los pueblos. La Iglesia exhorta a perso-

nas, pueblos, Estados y Naciones a hacerse partícipes de su preocupación por el restablecimiento y la consolidación de la paz destacando, en particular, la importante función del derecho internacional» (CDSI 516).

«La Iglesia enseña que una verdadera paz es posible sólo mediante el perdón y la reconciliación. No es fácil perdonar a la vista de las consecuencias de la guerra y de los conflictos, porque la violencia, especialmente cuando llega hasta los límites de lo inhumano y de la aflicción, deja siempre como herencia una pesada carga de dolor, que sólo puede aliviarse mediante una reflexión profunda, leal, valiente y común entre los contendientes, capaz de afrontar las dificultades del presente con una actitud purificada por el arrepentimiento. El peso del pasado, que no se puede olvidar, puede ser aceptado sólo en presencia de un perdón recíprocamente ofrecido y recibido: se trata de un recorrido largo y difícil, pero no imposible» (CDSI 517).

«El perdón recíproco no debe anular las exigencias de la justicia, ni mucho menos impedir el camino que conduce a la verdad: justicia y verdad representan, en cambio, los requisitos concretos de la reconciliación. Resultan oportunas las iniciativas que tienden a instituir Organismos judiciales internacionales. Semejantes Organismos, valiéndose del principio de jurisdicción universal y apoyados en procedimientos adecuados, respetuosos de los derechos de los imputados y de las víctimas, pueden encontrar la verdad sobre los crímenes perpetrados durante los conflictos armados. Es necesario, sin embargo, ir más allá de la determinación de los comportamientos delictivos, ya sean de acción o de omisión, y de las decisiones sobre los procedimientos de reparación, para llegar al restablecimiento de

relaciones de recíproco entendimiento entre los pueblos divididos, en nombre de la reconciliación. Es necesario, además, promover el respeto del *derecho a la paz*: este derecho favorece la construcción de una sociedad en cuyo seno las relaciones de fuerza se sustituyen por relaciones de colaboración con vistas al bien común» (CDSI 518).

«*La Iglesia lucha por la paz con la oración*. La oración abre el corazón, no sólo a una profunda relación con Dios, sino también al encuentro con el prójimo inspirado por sentimientos de respeto, confianza, comprensión, estima y amor. La oración infunde valor y sostiene a los verdaderos amigos de la paz, a los que tratan de promoverla en las diversas circunstancias en que viven. La oración litúrgica es ‘la cumbre a la cual tiende la actividad de la Iglesia y, al mismo tiempo, la fuente de donde mana toda su fuerza’ (SC 10); en particular la celebración eucarística, ‘fuente y cumbre de toda la vida cristiana’ (LG 11), es el manantial inagotable de todo auténtico compromiso cristiano por la paz» (CDSI 519).

«*Las Jornadas Mundiales de la Paz son celebraciones de especial intensidad para orar invocando la paz y para comprometerse a construir un mundo de paz*. El Papa Pablo VI las instituyó con el fin de ‘dedicar a los pensamientos y a los propósitos de la Paz, una celebración particular en el día primero del año civil’. *Los Mensajes Pontificios para esta ocasión anual constituyen una rica fuente de actualización y desarrollo de la doctrina social*, e indican la constante acción pastoral de la Iglesia en favor de la paz: La Paz se afianza solamente con la paz; la paz no separada de los deberes de justicia, sino alimentada por el propio sacrificio, por la clemencia, por la misericordia, por la caridad (CDSI 520).

He aquí por qué la Iglesia considera el trabajo por la paz como una de sus tareas principales. Como «hijos de Dios» e hijos de María, y para serlo cada vez más realmente, nosotros, hombres y mujeres de fe, queremos comprometernos en favor de la paz.

El hecho de que estemos aquí juntos con el fin de orar es ya en sí una invitación a todos los hombres para tomar conciencia de que existe otra dimensión de la paz y otro camino para promoverla, que no es solo la violencia ni la agresividad como se consigue la paz, sino también, resultado de la oración.

Que todos los hombres, pueblos y lugares que vivimos cierta situación de inseguridad y violen-

cia, escuchemos la llamada que Dios nos dirige para asociarlos a quienes oran y testimonien que existe dentro de ellos el deseo de terminar lo más pronto posible con la violencia de las armas, para honor de Dios y tranquilidad de los hombres y de las familias.

Como un ejemplo tenemos a Federico Ozanam y su red de caridad (las Conferencias de San Vicente); a la red de «Cáritas», y a tantos programas de las Iglesias en favor de las víctimas del sida, de enfermedades en fase terminal o de duelos.

### Oración universal

**En estos días de fiesta en que nos dedicamos a pedir especialmente por la paz, presentemos a Dios, Padre amoroso, nuestras súplicas confiadas para que bendiga abundantemente a nuestra comunidad. Después de cada petición, diremos:**

#### *R. Te rogamos, óyenos.*

1. Por la Iglesia que peregrina en la nación mexicana, para que cumpla fielmente su misión de anunciar a todos el Evangelio de Jesucristo. **Oremos.**
2. Por las necesidades de todos los que integran esta nación, para que el progreso personal y social esté marcado por el Evangelio de Jesucristo. **Oremos.**
3. Por todos los miembros de la sociedad: niños, jóvenes, adultos y ancianos, para que cada uno sea un modelo de vida civil responsable, y viva plenamente el Evangelio de Jesucristo. **Oremos.**
4. Por los gobernantes, para que Dios nuestro Señor les inspire decisiones que promuevan el bien común, en un ambiente de paz y libertad, conforme al Evangelio de Jesucristo. **Oremos.**
5. Por todos los que sufren en nuestra patria debido a tantas y tan variadas circunstancias, para que Dios sea su consuelo y ayuda en sus necesidades y vivan inspirados por el Evangelio de Jesucristo. **Oremos.**
6. Por todos los sectores de la sociedad, para que buscando el bien común, descubran y vivan los valores profundamente humanos y cristianos que provienen del Evangelio de Jesucristo. **Oremos.**

**Padre Santo, escucha las peticiones que te dirigimos, asístenos por la intercesión de Santa María de Guadalupe, Madre de este pueblo tuyo, y concédenos lo que con fe te hemos pedido. Por Jesucristo, nuestro Señor.**

## TERCERA SERIE DE TEMAS:

### LOS DIEZ MANDAMIENTOS: UN CAMINO DE ALIANZA

## 1. DIEZ ETAPAS PARA LA POSESIÓN DE LA TIERRA PROMETIDA

### Lecturas:

Deuteronomio, 5,1-3.6-7.11-12.16-21; 6,4-6:  
Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón  
(Ritual de la Penitencia).

Salmo 118. R. Tu Palabra, Señor,  
es luz en nuestro camino.

1 Juan 3,18-24: Amemos con hechos y de verdad.

Mateo 19, 16-26: Si quieres ser perfecto sígueme.

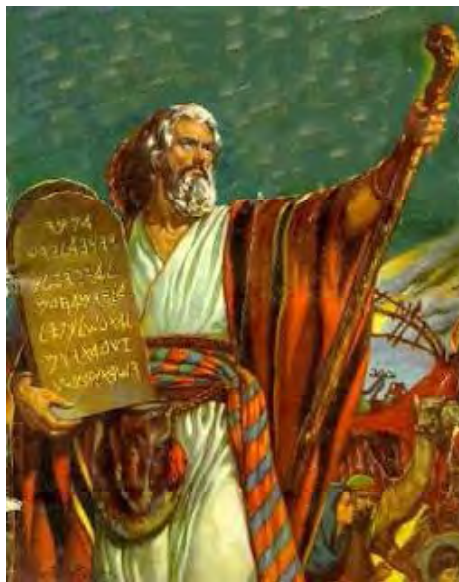
Necesitamos hacer un alto en el camino, revisar nuestros pasos y orientar nuestro caminar. Dios ofreció, al hacer alianza con su pueblo en el Sinaí, algunas leyes que nos ayuden a ser fieles a Dios y a la organización del pueblo, como una respuesta de amor aol diálogo de Dios con nosotros, a través de sus intervenciones salvadoras.

Los mandamientos de Dios son el núcleo del seguimiento de Cristo. Son como las señales de la carretera, que nos van haciendo indicaciones útiles para que nuestro camino sea más seguro. Cada quien es libre para hacerles caso o no, pero si no se siguen esas indicaciones, nuestra vida corre riesgo, o la de los demás. En ellos Jesús manifestó la fuerza del espíritu operante ya en su letra, y en su predicación desarrolló todas sus exigencias.

Los mandamientos han sido revelados por Dios. «Decálogo» significa literalmente «diez palabras». Dios las reveló a su pueblo. Estas diez palabras resumen y proclaman la ley de Dios, pertenecen a la revelación que Dios hace de sí y de su gloria. El don de los mandamientos es don de Dios y de su voluntad, como parte de la Alianza (Ex 24,7).

«Maestro, ¿qué he de hacer de bueno para conseguir la vida eterna?»

«Al joven que le pregunta qué hacer para conseguir la vida eterna Jesús responde: ‘Si quieres entrar en la vida, cumple los mandamientos’, y después añade: ‘Ven y sígueme’ (Mt 19,16). Seguir a Jesús implica cumplir los Mandamientos. La Ley no fue abolida. Por el contrario, el hombre es invitado a encontrarla en la persona del divino Maestro, que la realiza perfectamente en sí mismo, revela su pleno significado y atestigua su perennidad» (Comp. CEC 434).



«Jesús interpreta la Ley a la luz del doble y único mandamiento de la caridad, que es su plenitud: ‘Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente. Éste es el mayor y primer mandamiento. El segundo es semejante a éste: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. De estos dos mandamientos penden toda la Ley y los Profetas’ (Mt 22, 37-40)» (CompCEC 435).

### El «Decálogo»

«El Decálogo se comprende a la luz de la Alianza, en la que Dios se revela, dando a conocer su voluntad. Al cumplir los Mandamientos, el pueblo expresa su pertenencia a Dios, y responde con gratitud a su iniciativa de amor» (Comp CEC 437).

«Decálogo significa las «diez palabras» que recogen la Ley dada por Dios al pueblo de Israel durante la Alianza hecha por medio de Moisés (Ex 34,28). El Decálogo, al presentar los mandamientos del amor a Dios (los tres primeros) y al prójimo (los

otros siete), traza, para el pueblo elegido y para cada uno en particular, el camino de una vida liberada de la esclavitud del pecado» (Comp CEC 436).

Podemos hallar dos series de mandamientos, de acuerdo a dos Palabras del Señor: «**Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón**»: los tres primeros mandamientos. «**Amarás a tu prójimo como a ti mismo**»: los otros siete mandamientos.

«Los diez mandamientos constituyen un todo orgánico e indisociable, porque cada mandamiento remite a los demás y a todo el Decálogo. Por tanto, transgredir un mandamiento es como quebrantar toda la Ley» (Comp CEC 439).

«Fiel a la Escritura y siguiendo el ejemplo de Jesús, la Iglesia ha reconocido en el Decálogo una importancia y un significado fundamentales. Los cristianos están obligados a observarlo» (Comp CEC 438).

«El Decálogo obliga gravemente porque enuncia los deberes fundamentales del hombre para con Dios y para con el prójimo» (Comp CEC 440).

«Es posible cumplir el Decálogo, porque Cristo, sin el cual nada podemos hacer, nos hace capaces de ello con el don del Espíritu Santo y de la gracia» (Comp CEC 441).

### **Actualidad:**

Aunque los mandamientos nos muestran la ley natural inscrita en nuestro ser de personas humanas y revelada por Dios, en nuestro tiempo se miran como una carga, un veneno o un estorbo a la libertad, difícil de cumplirlos. Hay muchas actitudes contrarias a los preceptos divinos, sin considerar que elevan al hombre al conocimiento del amor a Dios y al prójimo para ser felices.

Los mandamientos son tan importantes que dan a la conciencia humana su más pleno sentido. Dios, al comunicar las «diez palabras» a Moisés para comunicarlas al pueblo, era con el propósito de afianzar su pacto de amor con la humanidad en orden a la salvación.

Cuando el hombre se aparta de Dios y deja de cumplir los mandamientos, entonces en el hombre y en la sociedad cobra dimensiones catastróficas: el odio a Dios lleva al ateísmo práctico, se pierde el sentido de justicia, se pierde en sentido del matrimonio, la familia enfrenta graves consecuencias, la vida humana y la sexualidad llega a conductas aberrantes.

No son obligaciones arbitrarias impuestas al hombre, sino el camino que el hombre ha de seguir para conseguir la felicidad plena.

### **Examinémonos:**

¿Estoy abierto a aceptar los mandamientos de Dios en mi vida? ¿Los llevo grabados en mi mente y en mi corazón? ¿Con qué actitudes de la gente hacia los mandamientos de Dios no estoy de acuerdo?

---

## **PRIMER MANDAMIENTO: YO SOY EL SEÑOR TU DIOS. AMARÁS A DIOS SOBRE TODAS LAS COSAS. ¡YAHVÉ ES EL ÚNICO DIOS!**

### **Lecturas:**

Deuteronomio 6,3-9: Ama al Señor tu Dios  
con todo el corazón.

Salmo 138. R. Escrútame, Señor,  
y sondea mi corazón.

Mateo 22,34-40: Amarás al Señor tu Dios  
y al prójimo como a ti mismo.

En la religión de Egipto, los ‘dioses’ favorecían y bendecían al Faraón y su Pirámide de muerte. El sistema social creó su ‘cielo’ como una pirámide de ‘dioses’ grandes, medianos y pequeños, como un espejo que reflejaba la realidad de la tierra. El ‘dios’ del faraón era el más importante. El Faraón se decía ser hijo de Dios, su representante y hasta un dios.

Para fortalecer la religión del Faraón se hacían esculturas e imágenes de los dioses, en madera, oro, plata y grandes piedras, pirámides... Por medio de la religión; culto, ceremonias, ritos, iban metiendo en la cabeza de los pobres esta Pirámide de dioses y poderes. El pueblo se arrodillaba ante el Faraón como algo divino. Esta religión, estos dioses oprimían, hacían gritar, clamar al pueblo.

En el desierto en un momento de crisis y división tuvieron tentaciones de idolatrías y de religiosidad semejante: el pasaje del becerro de oro (Ex 32,1-6). Este propiciaba un abandono a la lucha por la liberación y, por lo mismo, del mismo Dios libertador.

En ‘Canaán’ también el pueblo cayó con frecuencia ante las idolatrías de los dioses cananeos. Sobre todo Baal -dios de la lluvia- y Astarté -diosa de la fecundidad- resultaban una tentación fuerte a que Israel se mantuviera fiel a la Alianza.



Jesús durante toda su vida creyó en Dios como su Padre. Siempre y en todo lo obedeció: «¿No saben que tengo que estar donde mi Padre?» (Lc 2,49). «Mi alimento es hacer la voluntad del que me envió y llevar a cabo su obra» (Jn 4,34). «El que me envió está conmigo y no me deja nunca solo, porque yo hago siempre lo que a El le agrada» (Jn 8,29). «Padre, si esta copa no puede ser apartada de mí sin que yo la beba, que se haga tu voluntad» (Mt 26,42). «Todo lo he cumplido» (Jn 19,30).

### «Yo soy el Señor tu Dios» (Ex 20, 20)

«La afirmación: ‘Yo soy el Señor tu Dios’ implica para el fiel guardar y poner en práctica las tres virtudes teologales, y evitar los pecados que se oponen a ellas. La *fe* cree en Dios y rechaza todo lo que le es contrario, como, por ejemplo, la duda voluntaria, la incredulidad, la herejía, la apostasía y el cisma. La *esperanza* aguarda confiadamente la bienaventurada visión de Dios y su ayuda, evitando la desesperación y la presunción. La *caridad* ama a Dios sobre todas las cosas y rechaza la indiferencia, la ingratitud, la tibieza, la pereza o indolencia espiritual y el odio a Dios, que nace del orgullo» (Comp CEC 442).

«Las palabras «adorarás al Señor tu Dios y a Él sólo darás culto» suponen adorar a Dios como Señor de todo cuanto existe; rendirle el culto debido individual y comunitariamente; rezarle con expresiones de alabanza, de acción de gracias y de súplica; ofrecerle sacrificios, sobre todo el espiritual de nuestra vida, unido al sacrificio perfecto de Cristo; mantener las promesas y votos que se le hacen» (Comp CEC 443).

«Todo hombre tiene el derecho y el deber moral de buscar la verdad, especialmente en lo que se refiere a Dios y a la Iglesia, y, una vez conocida, de abrazarla y guardarla fielmente, rindiendo a Dios un culto auténtico. Al mismo tiempo, la dignidad de la persona humana requiere que, en materia religiosa, nadie sea forzado a obrar contra su conciencia, ni impedido a actuar de acuerdo con la propia conciencia, tanto pública como privadamente, en forma individual o asociada, dentro de los justos límites del orden público» (Comp CEC 444).

### «No tendrás otro Dios fuera de mí» (Ex 20, 2)

«Con el mandamiento «No tendrás otro Dios fuera de mí» se prohíbe:

- el *politeísmo* y la *idolatría*, que diviniza a una criatura, el poder, el dinero, incluso al demonio;

- la *superstición*, que es una desviación del culto debido al Dios verdadero, y que se expresa también bajo las formas de adivinación, magia, brujería y espiritismo;
- la *irreligión*, que se manifiesta en tentar a Dios con palabras o hechos; en el sacrilegio, que profana a las personas y las cosas sagradas, sobre todo la Eucaristía; en la simonía, que intenta comprar o vender realidades espirituales;
- el *ateísmo*, que rechaza la existencia de Dios, apoyándose frecuentemente en una falsa concepción de la autonomía humana;
- el *agnosticismo*, según el cual, nada se puede saber sobre Dios, y que abarca el indiferentismo y el ateísmo práctico» (Comp CEC 445).

«En el Antiguo Testamento, el mandato ‘no te harás escultura alguna’ prohibía representar a Dios, absolutamente trascendente. A partir de la Encarnación del Verbo, el culto cristiano a las sagradas imágenes está justificado (como afirma el II Concilio de Nicea del año 787), porque se fundamenta en el Misterio del Hijo de Dios hecho hombre, en el cual, el Dios trascendente se hace visible. No se trata de una adoración de la imagen, sino de una veneración de quien en ella se representa: Cristo, la Virgen, los ángeles y los santos» (Comp CEC 446).

### Implicaciones

Este mandamiento nos pide un inmenso SÍ. Sí creer en el Dios de la Vida y de la Historia. Sí, al Dios creador y libertador. Sí, al Dios, cuyo proyecto es formar su Pueblo y construir el Reino entre los hombres por medio de la justicia, la verdad, el amor y la paz. Sí creer que Dios es único, un sólo Dios verdadero.

Y nos pide un gran NO. No, a los falsos ‘dioses’. No, al dios dinero, al dios poder y al dios placer. No, aun dios encubridor de injusticias. No, a un dios que no exija la opción preferencial por los más pobres...

### Examinémonos:

¿Amas a Dios como Él quiere ser amado? ¿Lo amas más que a todas las cosas? ¿más que a tus hijos o a tus padres? ¿O das más importancia a las cosas de este mundo: dinero, imagen, ropa, popularidad o deseos egoístas? ¿Cómo podemos adelantar en el amor a Dios? ¿Cómo podemos aumentar nuestra confianza en el Señor que nos ama?

¿Dejas de poner en práctica tus buenos valores «para no desentonar»? ¿Te diriges a Dios en la oración para agradecerle siempre, o sólo rezas cuando tienes necesidad de algo? ¿Quieres ser transformado por la voluntad de Dios, o utilizas la religión para «parecer» buen cristiano? ¿Usas amuletos o acudes a adivinos o que leen las cartas?

**SEGUNDO MANDAMIENTO:  
¡NO USAR EL NOMBRE DE DIOS EN VANO!  
NO TOMARÁS EL NOMBRE DE DIOS EN  
VANO, NI JURARÁS**

**Lecturas:**

Éxodo 3,13-15: «Yo soy»  
será mi nombre para siempre.

Salmo 8. R. Qué admirable es tu nombre,  
Señor, en toda la tierra.

Filipenses 2,6-11: Dios le concedió  
el nombre sobre todo nombre.

Hechos 4,8-12: No existe otro nombre  
por el cual podamos salvarnos.

En Egipto el Faraón usaba el nombre de sus ‘dioses’: «Ra», «Osiris», ‘Amon’ y otros, para alienar y oprimir al pueblo. Bajo esa denominación e invocación de sus ‘dioses’ se declaraba dueño del pueblo.

En el desierto algunos dudaron y renegaron de Dios y de su Alianza. Usaron el Nombre de Dios para fabricar el becerro de oro, hacer una contrarrevolución y desconocer a Moisés como jefe y apartarse de la lucha por la liberación. (Ex. 32, 1-6).

En la tierra prometida también invocaron el Nombre de Dios para centralizar el poder y apoderarse de Él en el templo. Usaron profetas, sacerdotes, religión y templo para su propio enriquecimiento y engrandecimiento, denunciado fuertemente por los verdaderos profetas (Jer 7, Is 1). Los reyes y poderosos olvidaron la justicia, la protección a pobres y débiles. El pueblo clamaba a Dios.

Jesús fue revelando el Rostro de Dios para que descubriéramos su Nombre más verdadero: Padre. Jesús de Nazaret tiene su propio Nombre: Jesús: Dios que salva, y Emmanuel: Dios con nosotros. El Hijo de Dios se va revelando como «Yo soy». El nuevo nombre de Dios es JESUS.

Santidad del Nombre de Dios

«Se respeta la santidad del Nombre de Dios invocándolo, bendiciéndole, alabándolo y glorificándolo. Ha de evitarse, por tanto, el abuso de apelar al Nombre de Dios para justificar un crimen, y todo uso inconveniente de su Nombre, como la *blasfemia*, que por su misma naturaleza es un pecado grave; la *imprecación* y la *infidelidad* a las promesas hechas en nombre de Dios» (Comp CEC 447).

Usamos mucho el nombre de Dios: «en el nombre sea de Dios», «que Dios te acompañe», «que Dios te bendiga», «¡Diosito santo!», «por Dios que sí»... En nombre de Dios iniciamos y terminamos nuestras actividades. Pero también se le pronuncia sin respeto, por banalidad, e incluso se hacen chistes y caricaturas.

**Prohibido jurar en falso**

«Está prohibido jurar en falso, porque ello supone invocar en una causa a Dios, que es la verdad misma, como testigo de una mentira. *‘No jurar ni por Criador, ni por criatura, si no fuere con verdad, necesidad y reverencia’* (S. Ignacio de Loyola)» (Comp CEC 448).

«El perjurio es hacer, bajo juramento, una promesa con intención de no cumplirla, o bien violar la promesa hecha bajo juramento. Es un pecado grave contra Dios, que siempre es fiel a sus promesas» (Comp CEC 449).

En el pueblo está muy arraigada la costumbre de los juramentos, promesas y mandas hechas a Dios o a los santos, a veces se convierten en un intercambio o compraventa de favores y gracias en situaciones críticas que dan la impresión de una relación con Dios interesada y convenenciera.

**Implicaciones**

Este mandamiento contiene un gran SI. Sí, Dios nos ha dado su NOMBRE, se ha puesto a nuestras órdenes, quiere que contemos con Él, que sepamos su Nombre para que lo podamos llamar. Debemos santificar el nombre de Dios. Él le dio su Nombre a Moisés y al pueblo para luchar -en Nombre de El y con su ayuda- en la liberación de su Pueblo.

Y tiene un rotundo NO: No uses en VANO, o en FALSO, el Nombre de Dios. No manipules el Nombre de Dios, la religión, el Templo, la Biblia con intereses y motivos convenencieros y contrarios al Proyecto, a la Voluntad de Dios.

**Examinémonos:**

¿Cómo uso el nombre de Dios? ¿Por qué? ¿He hablado de Dios con rabia, frustración, o para parecer duro ante los demás? ¿Qué he sentido cuando alguien usa mal el nombre de Dios? ¿Dudo en mencionar a Dios en situaciones que se prestan, o en conversaciones con amigos y familiares, por respeto humano? ¿Con qué intención se hacen las promesas y mandatos o los juramentos? ¿Cómo podemos honrar verdaderamente el nombre de Dios? ¿Qué haremos para que niños y jóvenes aprecien y respeten el nombre de Dios y a la vez le hablen con cariño y confianza de padre? ¿Cómo continuar aprendiendo sobre Dios en la iglesia, la escuela, la casa, los medios de comunicación?

---

**TERCER MANDAMIENTO:  
¡SANTIFICAR EL SEPTIMO DIA!  
SANTIFICARÁS LOS DOMINGOS  
Y FIESTAS DE GUARDAR**

**Lecturas:**

Éxodo 20,18-11; Deuteronomio 5,12-15:  
Santificarás el sábado.

Salmo 117. R. Te damos gracias, oh Dios,  
por tu salvación.

1 Corintios 11,23-26: Yo recibí del Señor  
lo que les transmito.

Mateo 25,1-13: Llega el Esposo,  
salgan a su encuentro.

En Egipto, casa de esclavitud, no había ni un día para descansar. Los hebreos trabajaban día y noche todos los días, sin parar. El faraón ni siquiera les permitía celebrar sus fiestas, para, por ningún motivo, interrumpir los trabajos y tareas (Ex 5, 4-5). Por lo contrario, para que no tengan tiempo de celebrar y reunirse, les aumenta y recarga el trabajo y los tacha de perezosos (Ex 5, 6-17). Todo este trabajo forzado, indignante, hacía clamar al pueblo.

En el desierto, recoger el maná representa el trabajo posible durante la marcha. Para valorar el día sábado, el pueblo dejaba de recoger un día (Ex 16, 22-27).

En la tierra conquistada, sobre todo en la etapa de los reyes, fueron olvidando las leyes de hermandad y los logros del tiempo de los jueces. Se hacen injusticias contra el trabajador y no se le respeta ni su

descanso. Así advierte Samuel al pueblo que quiere la monarquía: «Miren lo que les va a exigir el rey:..., los hará labrar y cosechar sus tierras, los hará fabricar sus armas y los aperos de sus caballos. Tomará a sus hijas para peluqueras, cocineras y panaderas... los hará trabajar para él... y ustedes mismos serán sus esclavos» (I Sm 8, 11-17).

Jesús aclara: «El sábado se hizo para el HOMBRE y no el hombre para el sábado» (Mc 2, 27). Y concluye afirmando que EL mismo es dueño y señor del sábado: «Por esto el Hijo del Hombre, que es Señor, también es dueño del sábado». La finalidad de este mandamiento es un llamado a redescubrir el sentido de la fiesta; a respetar la dignidad del trabajo y el descanso merecido; a reconocer y celebrar al Dios creador y libertador por haber creado al hombre a su imagen y semejanza y por haberlo sacado de la esclavitud y hacer alianza con él, y sobre todo por la maravilla de su amor obrada en la Muerte y Resurrección de Jesucristo. Celebrar y vivir la presencia de Dios en tiempos y días especiales es memoria eficaz de la creación y de la Resurrección, es profecía y anticipo de la fiesta eterna.

**El sábado, día sagrado» (Ex 20,11)**

«Dios ha bendecido el sábado y lo ha declarado sagrado, porque en este día se hace memoria del *descanso de Dios* el séptimo día de la creación, así como de la liberación de Israel de la esclavitud de Egipto y de la Alianza que Dios hizo con su pueblo» (Comp CEC 450). «Jesús reconoce la santidad del sábado, y con su autoridad divina le da la interpretación auténtica: ‘El sábado ha sido instituido para el hombre y no el hombre para el sábado’ (Mc 2, 27)» (Comp CEC 451).

**Para los cristianos, el sábado ha sido sustituido por el domingo**

«Para los cristianos, el sábado ha sido sustituido por el domingo, porque éste es el día de la Resurrección de Cristo. Como ‘primer día de la semana’ (Mc 16, 2), recuerda la primera Creación; como ‘octavo día’, que sigue al sábado, significa la nueva Creación inaugurada con la Resurrección de Cristo. Es considerado, así, por los cristianos como el primero de todos los días y de todas las fiestas: *el día del Señor*, en el que Jesús, con su Pascua, lleva a cumplimiento la verdad espiritual del sábado judío y anuncia el descanso eterno del hombre en Dios» (Comp CEC 452).

«Los cristianos santifican el domingo y las demás fiestas de precepto participando en la Eucaristía del Señor y absteniéndose de las actividades que les impidan rendir culto a Dios, o perturben la alegría propia del día del Señor o el descanso necesario del alma y del cuerpo. Se permiten las actividades relacionadas con las necesidades familiares o los servicios de gran utilidad social, siempre que no introduzcan hábitos perjudiciales a la santificación del domingo, a la vida de familia y a la salud» (Comp CEC 453).

«Es importante que el domingo sea reconocido civilmente como día festivo, a fin de que todos tengan la posibilidad real de disfrutar del suficiente descanso y del tiempo libre que les permitan cuidar la vida religiosa, familiar, cultural y social; de disponer de tiempo propicio para la meditación, la reflexión, el silencio y el estudio, y de dedicarse a hacer el bien, en particular en favor de los enfermos y de los ancianos» (Comp CEC 454).

### La Eucaristía dominical

«La Iglesia, por una tradición apostólica, que trae su origen del mismo día de la Resurrección de Cristo, celebra el Misterio Pascual cada ocho días, en el día que es llamado con razón 'día del Señor' o domingo. En este día los fieles deben reunirse a fin de que, escuchando la Palabra de Dios y participando en la Eucaristía, recuerden la Pasión, la Resurrección y la gloria del Señor Jesús y den gracias a Dios, que los 'hizo renacer a la viva esperanza por la Resurrección de Jesucristo de entre los muertos' (1P 1,3). Por esto el domingo es la fiesta primordial, que debe presentarse e inculcarse a la piedad de los fieles, de modo que sea también día de alegría y de liberación del trabajo. No se le antepongan otras solemnidades, a no ser que sean de veras de suma importancia, puesto que el domingo es el fundamento y el núcleo de todo el año litúrgico» (SC 106).

Participar en Misa, más un deber, es una necesidad. Un encuentro semanal con Cristo resucitado, que nos comparte su Palabra, nos une a su alianza y nos da su Cuerpo y Sangre en alimento no puede ser un lujo superfluo, pues es el alimento mínimo indispensable para una fe que desea permanecer viva en un mundo como el nuestro.

Ha desplazado su sentido el fenómeno social del «fin de semana», con sus actividades culturales, sociales, deportivas y recreativas, y los abusos a los que se presta. Que no impida santificar también la

jornada cultivando la vida familiar, la recreación cultural y social, la reflexión y el silencio, que favorezcan el crecimiento de la vida interior.

### Examinémonos:

¿En qué aspectos o actividades no vivimos el domingo como Día del Señor? ¿Qué significa para los fieles de esta comunidad el domingo y el precepto de ir a Misa? ¿Acostumbramos la Misa dominical, o vamos a Misa sólo cuando nos conviene, nos gusta o nos «nace»? ¿Participamos en la Eucaristía orando, respondiendo, cantando, o somos meros espectadores que esperan que los diviertan? ¿Reconocemos la presencia viva de Cristo resucitado y recibimos con reverencia la Comunión? ¿Cómo podemos enseñar a los menores a santificar el Día del Señor y con ello santificar la vida de todos los días? ¿Qué aspectos nuevos descubrimos al reflexionar en este mandamiento? ¿Qué más implica santificar las fiestas? ¿Qué compromisos deseamos asumir?

---

## CUARTO MANDAMIENTO: IHONRAR AL PADRE Y A LA MADRE! HONRARÁS A TU PADRE Y A TU MADRE

### Lecturas:

Sirácide 3,17-24: Humíllate y hallarás  
gracia delante del Señor.

Efesios 3,14-19: Conocer el amor de Cristo  
que sobrepasa todo conocimiento.

(O bien): Colosenses 3,12-21: Vida familiar  
cristiana según el mandamiento del amor.

Mateo 19,3-12: Dejará el hombre a su padre  
y a su madre y se unirá a su mujer.

En Egipto: el Faraón tenía toda la autoridad y todo estaba bajo su dominio; tenía a su servicio sacerdotes y capataces que le ayudaban a ejercer su poder (Ex 1,11; 5, 6). La organización y la autoridad venían de arriba hacia abajo y, así se formó la gran pirámide social, pirámide de muerte. Las bases del pueblo no tenían autoridad ni poder de decisión. Sufrían esclavitud también en lo político.

En el desierto. Moisés, por su participación en la lucha liberadora, fue teniendo y concentrando demasiado poder. Esto no era bueno ni para él, ni para el pueblo. Por eso, sus suegros le anima a descentralizar el poder nombrando jueces «No está bien lo que estás haciendo. Acabarás por agotarte tú y este



pueblo que está contigo; porque es una carga demasiado pesada para ti; no podrás hacerlo tú sólo...» (Ex 18, 17-18).

En la etapa de la monarquía también se concentró el poder en los reyes y en algunos de sus favoritos y del sistema que se iba desarrollando, cumpliéndose la advertencia que había hecho Samuel (1 Sm 8, 11-18).

Jesús honró a sus padres «Volvió con ellos a Nazaret donde vivió obedeciéndoles» (Lc 2,51). Ahí iba creciendo en sabiduría delante de Dios y de los hombres. Aprende mucho de esta escuela de la vida: la familia, la comunidad, el pueblo. Jesús rectifica a los fariseos y maestros de la ley su manera de enseñar y practicar este mandamiento: «Ustedes afirman que un hombre puede decirle a su padre y a su madre: ‘No puedo ayudarte; porque todo lo mío lo tengo destinado al Templo... Así, pues ustedes anulan la Palabra de Dios con sus tradiciones...»

«El cuarto mandamiento ordena honrar y respetar a nuestros padres, y a todos aquellos a quienes Dios ha investido de autoridad para nuestro bien» (Comp CEC 455). Quiere defender a todos los padres y madres del mundo, recordando el deber de la obediencia responsable, el reconocimiento, la ayuda y asistencia amorosa, sobre todo hacia aquellos que no contaban en el ámbito económico, social o cultural (ancianos, solos, enfermos, discapacitados). Regula los criterios de justicia, solidaridad y amor en las relaciones al interno de la familia y en toda forma de convivencia humana. Condena toda forma de abandono, rechazo, marginación e instrumentalización de ellos.

### **Deberes en la familia**

«En el plan de Dios, un hombre y una mujer, unidos en matrimonio, forman, por sí mismos y con sus hijos, una familia. Dios ha instituido la familia y le ha dotado de su constitución fundamental. El matrimonio y la familia están ordenados al bien de los esposos y a la procreación y educación de los hijos. Entre los miembros de una misma familia se establecen relaciones personales y responsabilidades primarias. En Cristo la familia se convierte en *Iglesia doméstica*, porque es una comunidad de fe, de esperanza y de amor» (Comp CEC 456).

«La familia es la célula original de la sociedad humana, y precede a cualquier reconocimiento por parte de la autoridad pública. Los principios y valo-

res familiares constituyen el fundamento de la vida social. La vida de familia es una iniciación a la vida de la sociedad» (Comp CEC 457).

«La sociedad tiene el deber de sostener y consolidar el matrimonio y la familia, siempre en el respeto del principio de subsidiaridad. Los poderes públicos deben respetar, proteger y favorecer la verdadera naturaleza del matrimonio y de la familia, la moral pública, los derechos de los padres, y el bienestar doméstico» (Comp CEC 458).

«Los hijos deben a sus padres respeto (piedad filial), reconocimiento, docilidad y obediencia, contribuyendo así, junto a las buenas relaciones entre hermanos y hermanas, al crecimiento de la armonía y de la santidad de toda la vida familiar. En caso de que los padres se encuentren en situación de pobreza, de enfermedad, de soledad o de ancianidad, los hijos adultos deben prestarles ayuda moral y material» (Comp CEC 459).

«Los padres, partícipes de la paternidad divina, son los primeros responsables de la educación de sus hijos y los primeros anunciadores de la fe. Tienen el deber de amar y de respetar a sus hijos como *personas* y como *hijos de Dios*, y proveer, en cuanto sea posible, a sus necesidades materiales y espirituales, eligiendo para ellos una escuela adecuada, y ayudándoles con prudentes consejos en la elección de la profesión y del estado de vida. En especial, tienen la misión de educarlos en la fe cristiana» (Comp CEC 460).

«Los padres educan a sus hijos en la fe cristiana principalmente con el ejemplo, la oración, la catequesis familiar y la participación en la vida de la Iglesia» (Comp CEC 461).

«Los vínculos familiares, aunque sean importantes, no son absolutos, porque la primera vocación del cristiano es seguir a Jesús, amándolo: ‘El que ama su padre o a su madre más que a mí no es digno de mí’ (Mt 10, 37). Los padres deben favorecer gozosamente el seguimiento de Jesús por parte de sus hijos en todo estado de vida, también en la vida consagrada y en el ministerio sacerdotal» (Comp CEC 462).

### **La autoridad en los distintos ámbitos de la sociedad civil?**

«En los distintos ámbitos de la sociedad civil, la autoridad se ejerce siempre como un servicio, respetando los derechos fundamentales del hombre, una justa jerarquía de valores, las leyes, la justicia

distributiva y el principio de subsidiaridad. Cada cual, en el ejercicio de la autoridad, debe buscar el interés de la comunidad antes que el propio, y debe inspirar sus decisiones en la verdad sobre Dios, sobre el hombre y sobre el mundo» (Comp CEC 463).

«Quienes están sometidos a las autoridades deben considerarlas como representantes de Dios, ofreciéndoles una colaboración leal para el buen funcionamiento de la vida pública y social. Esto exige el amor y servicio de la patria, el derecho y el deber del voto, el pago de los impuestos, la defensa del país y el derecho a una crítica constructiva» (Comp CEC 464).

«El ciudadano no debe en conciencia obedecer cuando las prescripciones de la autoridad civil se opongan a las exigencias del orden moral: ‘Hay que obedecer a Dios antes que a los hombres’ (Hch 5, 29)» (Comp CEC 465).

### Implicaciones

Este mandamiento refuerza la organización popular y valora la autoridad local desde las bases del pueblo: la familia y la comunidad. Es un SI a la participación en las decisiones. Es un SI a la obediencia y disciplina.

Y combate una de las raíces más dañinas para el pueblo: la concentración y el abuso de autoridad. Es un NO al autoritarismo. Es un NO, la anarquía y al desorden.

### Examinémonos:

¿Contribuimos a traer paz y bienestar a nuestras familias, o somos irrespetuosos con los demás y una fuente de dolor y división para los más cercanos a nosotros?

Padres de familia: ¿Somos generosos y pacientes con nuestros hijos? ¿les dedicamos el tiempo y atención que necesitan? ¿les marcamos responsablemente los límites correctos y nos aseguramos que siguen normas que les ayuden a crecer como adultos responsables? ¿estamos dispuestos a decir «no» cuando se requiere, o tendemos a ignorar pasivamente sus problemas de comportamiento esperando «se les quiten» solos? ¿los escuchamos con atención y los tratamos con respeto?

Hijos: ¿Amamos, respetamos y obedecemos responsablemente a nuestros padres? ¿apreciamos sus sacrificios por nosotros? ¿les agradecemos con fre-

cuencia y les mostramos nuestro cariño? ¿les prestamos todos los servicios posibles? ¿a ambos, o sólo a uno de ellos? ¿hacemos nuestras tareas y quehaceres sin que tengan que urgirnos? Cuando nos ordenan algo ¿lo hacemos hasta que se disgustaron? ¿escuchamos su razonamiento cuando dicen «no»?

¿He obedecido y respetado a las autoridades legítimas? ¿colaboramos con ellas para el bien común? Cuando contradicen los principios cristianos o dañan al bien común ¿sigo los caminos institucionales para expresarme? ¿cumpló responsablemente mis deberes cívicos? ¿respeto los símbolos patrios? ¿participo responsablemente en la elaboración de las leyes a través de nuestros representantes? ¿tengo actitudes democráticas?

## QUINTO MANDAMIENTO: ¡NO MATAR! NO MATARÁS

### Lecturas:

Génesis 4,3-10: Caín levantó la mano contra su hermano y lo mató.

Salmo 35. R. Qué inapreciable es tu misericordia.

1 Juan 3,14-18: Debemos dar la vida por nuestros hermanos.

Mateo 5,38-48: No opongas resistencia al malvado.

En Egipto el Faraón se había hecho dueño de la vida y de la muerte del pueblo. Mandó matar a todos los niños varones por temor a que se multiplicaran y complicaran su poder: «El rey de Egipto también dio esta orden a las parteras... ‘Si es niño, háganlo morir...» (Ex 1, 5-16). También mataba con trabajos excesivos y pesados, y con el hambre que mata día a día. Y tenía grandes y poderosos ejércitos para imponer su proyecto, su imperio de muerte (Ex 14, 7-9).

En el Desierto hubo también dificultades, divisiones, riñas y muertes. Se rebelan contra Moisés, Josué y Caleb, no quieren seguir y hasta buscan apedrear a sus líderes (Nm 14, 10). Hay castigos para los rebeldes: se los tragó la tierra (Nm 16, 31), son mordidos por las serpientes (Nm 21, 6), ocasionando la muerte de muchos israelitas. Simbolizan muertes en luchas internas y con otros pueblos.

En la tierra conquistada seguía la tentación de la violencia. El código de la Alianza hace leyes acerca de los pleitos y muertes, reflejando una realidad que

están sufriendo dentro del pueblo. «El que hiera moralmente a otro morirá» (Ex. 21, 12).

Jesús vivió intensamente su vida. «Yo he venido para que todos tengan vida y la tengan en abundancia» (Jn 10, 10). Amó la vida. Por eso Jesús respeta y defiende a la vida. Resucitó a la hija de Jairo (Mc 5, 39-42), al hijo de la viuda de Naím (Lc 7, 11-15), y a su amigo Lázaro (Jn. 11, 43-44). Cura enfermos y leprosos, ciegos y mudos para que puedan vivir plenamente (Mt. 11, 15). Tanto amó la vida y a sus hermanos hasta dar la vida por ellos (Jn 15, 13). Su amor es tan grande que perdonó a aquellos que lo mataban: «Padre, perdónales porque no saben lo que hacen» (Lc 23, 33). Ahí nos da ejemplo de arrancar todo espíritu de venganza, uno de los peores motivos que desencadenan asesinatos y violencias.

### Respeto a la vida humana

«La vida humana ha de ser respetada porque es *sagrada*. Desde el comienzo supone la acción creadora de Dios y permanece para siempre en una relación especial con el Creador, su único fin. A nadie le es lícito destruir directamente a un ser humano inocente, porque es gravemente contrario a la dignidad de la persona y a la santidad del Creador. ‘No quites la vida del inocente y justo’ (Ex 23, 7)» (Comp CEC 466).

«Con la legítima defensa se toma la opción de defenderse y se valora el derecho a la vida, propia o del otro, pero no la opción de matar. La legítima defensa, para quien tiene la responsabilidad de la vida de otro, puede también ser un grave deber. Y no debe suponer un uso de la violencia mayor que el necesario» (Comp CEC 467).

«El quinto mandamiento prohíbe, como gravemente contrarios a la ley moral:

1) El *homicidio directo y voluntario* y la cooperación al mismo.

2) El *aborto directo*, querido como fin o como medio, así como la cooperación al mismo, bajo pena de excomunión, porque el ser humano, desde el instante de su concepción, ha de ser respetado y protegido de modo absoluto en su integridad.

3) La *eutanasia directa*, que consiste en poner término, con una acción o una omisión de lo necesario, a la vida de las personas discapacitadas, gravemente enfermas o próximas a la muerte.

4) El *suicidio* y la cooperación voluntaria al mismo, en cuanto es una ofensa grave al justo amor

de Dios, de sí mismo y del prójimo; por lo que se refiere a la responsabilidad, ésta puede quedar agravada en razón del escándalo o atenuada por particulares trastornos psíquicos o graves temores» (Comp CEC 470).

«Los cuidados que se deben de ordinario a una persona enferma no pueden ser legítimamente interrumpidos; son legítimos, sin embargo, el uso de analgésicos, no destinados a causar la muerte, y la renuncia al «encarnizamiento terapéutico», esto es, a la utilización de tratamientos médicos desproporcionados y sin esperanza razonable de resultado positivo» (Comp CEC 471).

«La sociedad debe proteger a todo embrión, porque el derecho inalienable a la vida de todo individuo humano desde su concepción es un elemento constitutivo de la sociedad civil y de su legislación. Cuando el Estado no pone su fuerza al servicio de los derechos de todos, y en particular de los más débiles, entre los que se encuentran los concebidos y aún no nacidos, quedan amenazados los fundamentos mismos de un Estado de derecho» (Comp CEC 472).

«Debemos tener un razonable *cuidado de la salud física*, la propia y la de los demás, evitando siempre el *culto al cuerpo* y toda suerte de excesos. Ha de evitarse, además, el uso de estupefacientes, que causan gravísimos daños a la salud y a la vida humana, y también el abuso de los alimentos, del alcohol, del tabaco y de los medicamentos» (Comp CEC 474).

«Las experimentaciones científicas, médicas o psicológicas sobre las personas o sobre grupos humanos son moralmente legítimas si están al servicio del bien integral de la persona y de la sociedad, sin riesgos desproporcionados para la vida y la integridad física y psíquica de los sujetos, oportunamente informados y contando con su consentimiento» (Comp CEC 475).

«El trasplante de órganos es moralmente aceptable con el consentimiento del donante y sin riesgos excesivos para él. Para el noble acto de la donación de órganos después de la muerte, hay que contar con la plena certeza de la muerte real del donante» (Comp CEC 476).

«Prácticas contrarias al respeto a la integridad corporal de la persona humana son las siguientes: los secuestros de personas y la toma de rehenes, el

terrorismo, la tortura, la violencia y la esterilización directa. Las amputaciones y mutilaciones de una persona están moralmente permitidas sólo por los indispensables fines terapéuticos de las mismas» (Comp CEC 477).

«Los moribundos tienen derecho a vivir con dignidad los últimos momentos de su vida terrena, sobre todo con la ayuda de la oración y de los sacramentos, que preparan al encuentro con el Dios vivo» (Comp CEC 478).

«Los cuerpos de los difuntos deben ser tratados con respeto y caridad. La cremación de los mismos está permitida, si se hace sin poner en cuestión la fe en la Resurrección de los cuerpos» (Comp CEC 479).

«El hombre debe tratar a los animales, criaturas de Dios, con benevolencia, evitando tanto el desmedido amor hacia ellos, como su utilización indiscriminada, sobre todo en experimentos científicos, efectuados al margen de los límites razonables y con inútiles sufrimientos para los animales mismos» (Comp CEC 507).

### Defensa de la paz

«El Señor que proclama «*bienaventurados* los que construyen la paz» (Mt 5, 9), exige la paz del corazón y denuncia la inmoralidad de la ira, que es el deseo de venganza por el mal recibido, y del odio, que lleva a desear el mal al prójimo. Estos comportamientos, si son voluntarios y consentidos en cosas de gran importancia, son pecados graves contra la caridad» (Comp CEC 480).

«Para la paz en el mundo se requiere la justa distribución y la tutela de los bienes de las personas, la libre comunicación entre los seres humanos, el respeto a la dignidad de las personas humanas y de los pueblos, y la constante práctica de la justicia y de la fraternidad» (Comp CEC 482).

«Se debe hacer todo lo razonablemente posible para evitar a toda costa la guerra, teniendo en cuenta los males e injusticias que ella misma provoca. En particular, es necesario evitar la acumulación y el comercio de armas no debidamente reglamentadas por los poderes legítimos; las injusticias, sobre todo económicas y sociales; las discriminaciones étnicas o religiosas; la envidia, la desconfianza, el orgullo y el espíritu de venganza. Cuanto se haga por eliminar estos u otros desórdenes ayuda a construir la paz y a evitar la guerra» (Comp CEC 486).

### Implicaciones

La mentalidad materialista celebra la vida, no en sí, sino sólo en cuanto alcanza éxito, eficacia, riqueza, producción, placer. Por eso alienta una cultura de muerte, manifestada en el desprecio y marginación a los más débiles e indefensos, aborto, eutanasia, homicidio, aun por banales motivos, y tantas formas de violencia, indirecta y estructural, y condiciones de vida inhumanas.

Este mandamiento exige un gran SI, para defender la VIDA y los Derechos Humanos. Y a la vez es un gran NO, contra todo lo que destruye la vida: Las guerras, la tortura, el armamentismo -que mata de miedo y también de hambre-, la discriminación racial, los presos 'políticos', la contaminación, etc.

### Examinémonos:

¿Qué signos de vida y qué signos de muerte encontramos en nuestra comunidad? ¿A quiénes corresponde aceptar, defender, cuidar, respetar y promover la vida y en qué forma? ¿Qué acciones hemos de promover para lograrlo? ¿Qué acciones debemos evitar porque atentan contra nuestra vida y la de los hermanos? ¿Hemos dañado a otros por descuido o pleitos? ¿Nos ponemos en peligro a nosotros o a otros por el uso de alcohol y drogas y causamos dificultades? ¿Arriesgamos la vida por conducir o viajar con quien está bajo influjo de alcohol o drogas? ¿Hemos aconsejado algún aborto? ¿Hemos cooperado para que se realice? ¿Sabemos que está penado con excomunión? ¿Nos esforzamos en perdonar a quien nos ha herido, o nos aferramos al rencor, resentimiento y deseo de venganza? ¿Participamos en las campañas en favor de la vida y contra prácticas de muerte? ¿Hemos sido violentos o abusivos en acciones o palabras? ¿Hemos lastimado verbalmente a la familia o conocidos?

---

**SEXTO MANDAMIENTO:  
¡NO COMETER ADULTERIO! NO COMETE-  
RÁS ACTOS IMPUROS NO FORNICARÁS  
(NO PECAR CONTRA LA CASTIDAD)**

### Lecturas:

1 Corintios 6,13-15.17-20: Su cuerpo es templo del Espíritu Santo.

Salmo 118. R. Tu ley, Señor, está en mi corazón.



Mateo 19,3-12: Algunos renuncian al matrimonio por el Reino de los cielos.

En Egipto, en la base de su Pirámide Social está la pirámide familiar. Por el machismo, el hombre se coloca por encima de la mujer: es el jefe de la casa y dueño absoluto de su mujer. Esta situación apoyará el sistema del faraón. Esta pirámide familiar donde se explota, margina y aplasta a la mujer cimienta y afirma la Pirámide Social de muerte.

En el desierto se dieron casos de adulterio que provocaron pleitos y divisiones.

En la tierra de Israel, aunque las leyes condenaban el adulterio, en la práctica sólo eran apedreadas las mujeres. El clamor de la mujer es un anhelo de igualdad y complementariedad entre el hombre y la mujer. El amor y fidelidad en el matrimonio es un camino importante para colaborar con el plan creador de Dios.

Jesús supo relacionarse con la mujer de una manera madura, libre; ayudó a pecadoras a cambiar de vida (Lc 7, 36-50). Salvó la vida y dignidad a aquella mujer encontrada en adulterio (Jn 8, 1-11). Conversó con la Samaritana (Jn 4, 7ss). Convidó a mujeres a ayudarles en su trabajo apostólico (Lc 8, 1ss). Tuvo una bella amistad con María y Marta (Lc. 10, 38-41). Procuró retomar el ideal del proyecto de Dios cuando creó al hombre y a la mujer para mejorar su relación: «Se dijo a los antepasados: ‘no cometerás adulterio’. Ahora yo les digo que quien mira con malos deseos a una mujer ya cometió adulterio en su corazón» (Mt. 5, 27-28). Ve que a muchas mujeres se les echa fuera de casa por cualquier motivo y que las leyes facilitan estos ‘divorcios’ que perjudican a todos, especialmente a la mujer y a los niños. «Por lo tanto, yo les digo que el despido a su mujer, fuera del caso de unión ilegítima, y se casa con otra comete adulterio» (Mt 19, 9).

«Dios ha creado al hombre como varón y mujer, con igual dignidad personal, y ha inscrito en él la vocación del amor y de la comunión. Corresponde a cada uno aceptar la propia identidad sexual, reconociendo la importancia de la misma para toda la persona, su especificidad y complementariedad» (Comp CEC 487).

«Aunque en el texto bíblico del Decálogo se dice «no cometerás adulterio» (Ex 20, 14), la Tradición de la Iglesia tiene en cuenta todas las enseñanzas morales del Antiguo y del Nuevo Testamento, y

considera el sexto mandamiento como referido al conjunto de todos los pecados contra la castidad» (Comp CEC 493).

### La virtud de la castidad

«La castidad es la positiva integración de la sexualidad en la persona. La sexualidad es verdaderamente humana cuando está integrada de manera justa en la relación de persona a persona. La castidad es una virtud moral, un don de Dios, una gracia y un fruto del Espíritu» (Comp CEC 488).

«La virtud de la castidad supone la adquisición del dominio de sí mismo, como expresión de libertad humana destinada al don de uno mismo. Para este fin, es necesaria una integral y permanente educación, que se realiza en etapas graduales de crecimiento» (Comp CEC 489).

«Son numerosos los medios de que disponemos para vivir la castidad: la gracia de Dios, la ayuda de los sacramentos, la oración, el conocimiento de uno mismo, la práctica de una ascesis adaptada a las diversas situaciones y el ejercicio de las virtudes morales, en particular de la virtud de la templanza, que busca que la razón sea la guía de las pasiones» (Comp CEC 490).

«Todos, siguiendo a Cristo modelo de castidad, están llamados a llevar una vida casta según el propio estado de vida: unos viviendo en la virginidad o en el celibato consagrado, modo eminente de dedicarse más fácilmente a Dios, con corazón indiviso; otros, si están casados, viviendo la castidad conyugal; los no casados, practicando la castidad en la continencia» (Comp CEC 491).

«Son pecados gravemente contrarios a la castidad, cada uno según la naturaleza del propio objeto: el adulterio, la masturbación, la fornicación, la pornografía, la prostitución, el estupro y los actos homosexuales. Estos pecados son expresión del vicio de la lujuria. Si se cometen con menores, estos actos son un atentado aún más grave contra su integridad física y moral» (Comp CEC 492).

«Las autoridades civiles, en cuanto obligadas a promover el respeto a la dignidad de la persona humana, deben contribuir a crear un ambiente favorable a la castidad, impidiendo inclusive, mediante leyes adecuadas, algunas de las graves ofensas a la castidad antes mencionadas, en orden sobre todo a proteger a los menores y a los más débiles» (Comp CEC 494).

### Castidad conyugal

«Los bienes del amor conyugal, que para los bautizados está santificado por el sacramento del Matrimonio, son: la unidad, la fidelidad, la indisolubilidad y la apertura a la fecundidad» (Comp CEC 495).

«El acto conyugal tiene un doble significado: de unión (la mutua donación de los cónyuges), y de procreación (apertura a la transmisión de la vida). Nadie puede romper la conexión inseparable que Dios ha querido entre los dos significados del acto conyugal, excluyendo de la relación el uno o el otro» (Comp CEC 496).

«La regulación de la natalidad, que representa uno de los aspectos de la paternidad y de la maternidad responsables, es objetivamente conforme a la moralidad cuando se lleva a cabo por los esposos sin imposiciones externas; no por egoísmo, sino por motivos serios; y con métodos conformes a los criterios objetivos de la moralidad, esto es, mediante la continencia periódica y el recurso a los períodos de infecundidad» (Comp CEC 497).

«Es intrínsecamente inmoral toda acción –como, por ejemplo, la esterilización directa o la contracepción–, que, bien en previsión del acto conyugal o en su realización, o bien en el desarrollo de sus consecuencias naturales, se proponga como fin o como medio, impedir la procreación» (Comp CEC 498).

«La inseminación y la fecundación artificial son inmorales, porque disocian la procreación del acto conyugal con el que los esposos se entregan mutuamente, instaurando así un dominio de la técnica sobre el origen y sobre el destino de la persona humana. Además, la inseminación y la fecundación heterólogas, mediante el recurso a técnicas que implican a una persona extraña a la pareja conyugal, lesionan el derecho del hijo a nacer de un padre y de una madre conocidos por él, ligados entre sí por matrimonio y poseedores exclusivos del derecho a llegar a ser padre y madre solamente el uno a través del otro» (Comp CEC 499).

«El hijo es *un don de Dios*, el don más grande dentro del Matrimonio. No existe el derecho a tener hijos («tener un hijo, sea como sea»). Sí existe, en cambio, el derecho del hijo a ser fruto del acto conyugal de sus padres, y también el derecho a ser respetado como persona desde el momento de su concepción» (Comp CEC 500).

«Cuando el don del hijo no les es concedido, los esposos, después de haber agotado todos los legítimos recursos de la medicina, pueden mostrar su generosidad mediante la tutela o la adopción, o bien realizando servicios significativos en beneficio del prójimo. Así ejercen una preciosa fecundidad espiritual» (Comp CEC 501).

«Las ofensas a la dignidad del Matrimonio son las siguientes: el adulterio, el divorcio, la poligamia, el incesto, la unión libre (convivencia, concubinato) y el acto sexual antes o fuera del matrimonio» (Comp CEC 502).

### Implicaciones

La sexualidad es una de las dimensiones fundamentales de la persona humana. Se da amplio espacio al tema en los medios de comunicación y la opinión pública. Debería ser la base de la comunicación más profunda entre los seres humanos. Pero ha sido vivida con temores y entre antivalores. En un mundo erotizado, viciado, materializado, no es fácil ubicar la sexualidad en el proyecto de Dios. Se reduce a una visión egoísta e instrumental del cuerpo al servicio del placer sin amor ni responsabilidad.

Por este mandamiento se defiende la ética matrimonial, la integridad de la familia y la legitimidad de la raza. Hombre y mujer deben respetar y culminar la IMAGEN DE DIOS que Dios les ha dado. Es un SÍ, al amor y a la Fidelidad en el Matrimonio. Es un NO al engaño, desconfianza y celos de las parejas. Un NO al Machismo que culpa sólo a la mujer.

### Examinémonos:

¿Cómo es el trato entre hombres y mujeres en esta comunidad? ¿Por qué la concepción cristiana de la sexualidad tiene dificultad para aceptarse? ¿Respetamos la santidad del cuerpo humano en bromas y comportamientos? ¿Apreciamos el regalo de nuestra sexualidad como un medio para expresar nuestro amor exclusivo semejante al de Dios santificado por el sacramento del Matrimonio? ¿Cómo se vive la sexualidad en el matrimonio? ¿Somos fieles a nuestro matrimonio? ¿buscamos cómo ayudarnos a crecer por medio de sus compromisos? ¿Hemos deshonrado nuestros cuerpos por fornicación, impureza, o conversaciones y pensamiento indignos que conducen a acciones impuras? ¿Hemos inducido a otros a pecar por no mantener buenos criterios morales? ¿Qué acciones concretas podemos implementar para vivir la sexualidad como Dios

quiere? ¿Cómo formar en los valores del amor y la paternidad-maternidad responsable a los menores?

## **SÉPTIMO MANDAMIENTO: ¡NO ROBAR! NO HURTARÁS (NO ROBAR)**

### **Lecturas:**

Miqueas 2,1-5: Los que roban a mi pueblo.

1 Timoteo 6,6-11.17-19: Los ricos no pongan su esperanza en las riquezas tan inciertas.

Mateo 6,31-34: No se angustien por el mañana.

*(O bien):*

Lucas 12,15-21: La vida no depende de los bienes.

En la Biblia la palabra que se usa para robar señala algo que despoja a la persona, que la secuestra y se apropia de algo muy personal de ella, no sólo de sus bienes. El robo no se refiere sólo al secuestro, sino a todo sistema de explotación y toda situación de enajenación. En el trabajo, en el comercio, en las finanzas y préstamos se despoja -roba- al individuo en su propia persona, vida, trabajo, bienes.

No sólo ‘raterillos’ que ‘roban’ en la calle, sino personas, grupos, empresas, naciones que tiene todo un mecanismo para explotar -robar- personas y pueblos. Estos mecanismos de empobrecimiento disfrazan su robo, justifican su enriquecimiento. «Al pobre que roba se le llama ladrón; al rico que roba se le llama barón».

En Egipto las leyes también prohibían el robo; pues los Imperios, aunque están basados en el robo, siempre hacen leyes prohibiendo el robo y castigando a los ladrones, así se aseguran mejor los grupos dominantes. El faraón, apoyado en el ‘derecho del rey’, podía apropiarse de tierras, productos e impuestos. Su economía se basaba en la esclavitud, que es uno de los sistemas más graves de explotación y de robo...

En el desierto debió haber muchos robos en la marcha. Cuando el agua o el pan escasean, o se comparte o se arrebatan. Quienes al recoger el Maná lo acumulaban, despojaban a los otros de su comida: «Que nadie guarde para el día siguiente.... cada cual según lo que necesitaba» (Ex 16, 19-21).

En Canaán también los reyes de las ciudades-estado defendían la ley del ‘derecho del rey’. Y hasta Salomón acumuló una gran fortuna: 66 talentos de oro, que hacían más de 22 toneladas y otros muchos lujos (I Re

10, 14-29). Ajab, para robarle la viña al pobre Nabot, le despojó hasta de la vida (I Re 21, 1-24)

Jesús nace, vive y muere pobre. Pasó haciendo el bien a todos (Hch 10,38-40), y al final de su vida le robaron hasta sus vestiduras (Jn 19, 23-24). Condena a quienes acumulan riquezas (Lc 12, 13-21). Cuenta la parábola del pobre Lázaro frente al rico comilón (Lc 16, 19-31). Denuncia a los maestros de la ‘ley’ que roban a las viudas (Mc 12, 38-40). Y tacha de ladrones a quienes negocian en el Templo (Lc 19, 46). Es fiel al ideal de la Alianza: la Justicia y la Liberación. Por eso se presenta como promotor de un nuevo tiempo jubilar, de alegría de los pobres, porque anuncia «un nuevo año de gracia del Señor» (Lc 4, 19).

«El séptimo mandamiento declara el destino y distribución universal de los bienes; el derecho a la propiedad privada; el respeto a las personas, a sus bienes y a la integridad de la creación. La Iglesia encuentra también en este mandamiento el fundamento de su doctrina social, que comprende la recta gestión en la actividad económica y en la vida social y política; el derecho y el deber del trabajo humano; la justicia y la solidaridad entre las naciones y el amor a los pobres» (Comp CEC 503).

«El séptimo mandamiento prescribe el respeto a los bienes ajenos mediante la práctica de la justicia y de la caridad, de la templanza y de la solidaridad. En particular, exige el *respeto a las promesas y a los contratos estipulados; la reparación de la injusticia cometida* y la restitución del bien robado; el respeto a la *integridad de la Creación*, mediante el uso prudente y moderado de los recursos minerales, vegetales y animales del universo, con singular atención a las especies amenazadas de extinción» (Comp CEC 506).

«El séptimo mandamiento prohíbe ante todo el robo, que es la usurpación del bien ajeno contra la razonable voluntad de su dueño. Esto sucede también cuando se pagan salarios injustos, cuando se especula haciendo variar artificialmente el valor de los bienes para obtener beneficio en detrimento ajeno, y cuando se falsifican cheques y facturas. Prohíbe además cometer fraudes fiscales o comerciales y ocasionar voluntariamente un daño a las propiedades privadas o públicas. Prohíbe igualmente la usura, la corrupción, el abuso privado de bienes sociales, los trabajos culpablemente mal realizados y el despilfarro» (Comp CEC 508).

## La propiedad privada

«Existe el derecho a la propiedad privada cuando se ha adquirido o recibido de modo justo, y prevalezca el destino universal de los bienes, para satisfacer las necesidades fundamentales de todos los hombres» (Comp CEC 504). «La finalidad de la propiedad privada es garantizar la libertad y la dignidad de cada persona, ayudándole a satisfacer las necesidades fundamentales propias, las de aquellos sobre los que tiene responsabilidad, y también las de otros que viven en necesidad» (Comp CEC 505).

## Doctrina social de la Iglesia

«La doctrina social de la Iglesia, como desarrollo orgánico de la verdad del Evangelio acerca de la dignidad de la persona humana y sus dimensiones sociales, contiene principios de reflexión, formula criterios de juicio y ofrece normas y orientaciones para la acción» (Comp CEC 509). «La Iglesia interviene emitiendo un juicio moral en materia económica y social, cuando lo exigen los derechos fundamentales de la persona, el bien común o la salvación de las almas» (Comp CEC 510).

«La vida social y económica ha de ejercerse según los propios métodos, en el ámbito del orden moral, al servicio del hombre en su integridad y de toda la comunidad humana, en el respeto a la justicia social. La vida social y económica debe tener al hombre como autor, centro y fin» (Comp CEC 511).

«Se oponen a la doctrina social de la Iglesia los sistemas económicos y sociales que sacrifican los derechos fundamentales de las personas, o que hacen del lucro su regla exclusiva y fin último. Por eso la Iglesia rechaza las ideologías asociadas, en los tiempos modernos, al «comunismo» u otras formas ateas y totalitarias de «socialismo». Rechaza también, en la práctica del «capitalismo», el individualismo y la primacía absoluta de las leyes del mercado sobre el trabajo humano» (Comp CEC 512).

### El trabajo humano

«Para el hombre, el trabajo es un deber y un derecho, mediante el cual colabora con Dios Creador. En efecto, trabajando con empeño y competencia, la persona actualiza las capacidades inscritas en su naturaleza, exalta los dones del Creador y los talentos recibidos; procura su sustento y el de su familia y sirve a la comunidad humana. Por otra parte, con la gracia de Dios, el trabajo puede ser un medio de santificación y de colabo-

ración con Cristo para la salvación de los demás» (Comp CEC 513).

«El acceso a un trabajo seguro y honesto debe estar abierto a todos, sin discriminación injusta, dentro del respeto a la libre iniciativa económica y a una equitativa distribución» (Comp CEC 514).

«Compete al Estado procurar la seguridad sobre las garantías de las libertades individuales y de la propiedad, además de un sistema monetario estable y de unos servicios públicos eficientes; y vigilar y encauzar el ejercicio de los derechos humanos en el sector económico. Teniendo en cuenta las circunstancias, la sociedad debe ayudar a los ciudadanos a encontrar trabajo» (Comp CEC 515).

«Los dirigentes de las empresas tienen la responsabilidad económica y ecológica de sus operaciones. Están obligados a considerar el bien de las personas y no solamente el aumento de las ganancias, aunque éstas son necesarias para asegurar las inversiones, el futuro de las empresas, los puestos de trabajo y el buen funcionamiento de la vida económica» (Comp CEC 516).

«Los trabajadores deben cumplir con su trabajo en conciencia, con competencia y dedicación, tratando de resolver los eventuales conflictos mediante el diálogo. El recurso a la huelga no violenta es moralmente legítimo cuando se presenta como el instrumento necesario, en vistas a unas mejoras proporcionadas y teniendo en cuenta el bien común» (Comp CEC 517).

## Justicia y solidaridad

«Los fieles cristianos laicos intervienen directamente en la vida política y social, animando con espíritu cristiano las realidades temporales, y colaborando con todos como auténticos testigos del Evangelio y constructores de la paz y de la justicia» (Comp CEC 519).

«El amor a los pobres se inspira en el Evangelio de las bienaventuranzas y en el ejemplo de Jesús en su constante atención a los pobres. Jesús dijo: «Cuan-to hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis» (Mt 25, 40). El amor a los pobres se realiza mediante la lucha contra la pobreza material, y también contra las numerosas formas de pobreza cultural, moral y religiosa. Las obras de misericordia espirituales y corporales, así como las numerosas instituciones benéficas a lo largo de los siglos, son un testimonio concreto del



amor preferencial por los pobres que caracteriza a los discípulos de Jesús» (Comp CEC 520).

«En el plano internacional, todas las naciones e instituciones deben obrar con solidaridad y subsidiaridad, a fin de eliminar, o al menos reducir, la miseria, la desigualdad de los recursos y de los medios económicos, las injusticias económicas y sociales, la explotación de las personas, la acumulación de las deudas de los países pobres y los mecanismos perversos que obstaculizan el desarrollo de los países menos desarrollados» (Comp CEC 518).

### Implicaciones

La civilización materialista y consumista que vivimos empuja a adquirir bienes a toda costa, incluso por encima de la dignidad de los demás, al despilfarro y desecho de recursos. La codicia y ambición de unos cuantos empuja a robo, secuestro, contrabando, narcotráfico, niños de calle, delincuencia, impunidad, conflictos familiares, pordioserismo, desempleo, inseguridad, corrupción, marginación. No tienen causa eventual o particular, sino son producto de situaciones y estructuras económicas, sociales y políticas mundiales. Con el afán de tener y gozar más, estamos deteriorando el ambiente y agotando los recursos de la tierra.

Este mandamiento supone un gran SI, a la vida, a la comunión de bienes: Que el pan sea nuestro. Es un creer que Dios es creador y Señor de todo y de todos y que ha creado todas las cosas para el servicio de todos y para que todos tengan lo necesario para vivir.

Y tiene un NO, a la ambición, al egoísmo y al individualismo que despoja, acumula y empobrece. Un NO a regresar a Egipto casa de esclavitud y del «ladronismo» más grande.

### Examinémonos:

¿Cuáles son las formas de robo e injusticia más comunes en nuestra comunidad? ¿Respetamos la propiedad de los demás? ¿o robamos, dañamos o cometemos vandalismo con la propiedad de otros? ¿Somos justos cumpliendo honradamente en el trabajo o en la escuela, o presionamos para engañar? ¿Qué acciones con frecuencia realizamos que destruyen y desperdician los recursos naturales? ¿pensamos en los demás al usar los bienes de la naturaleza? ¿Cómo haremos posible dar testimonio de justicia en un mundo dominado por la injusticia? ¿Qué acciones llevaremos a cabo en favor de los más pobres y necesitados?

## OCTAVO MANDAMIENTO: NO MENTIR! NO LEVANTARÁS FALSO TESTIMONIO, NI MENTIRÁS

### Lecturas:

Sabiduría 2,1.12-22: Condenemos al justo a una muerte ignominiosa.

Santiago 4,1-12: Control de la lengua.

Mateo 5,33-37: Sinceridad al hablar.

En Egipto, el faraón instaló sobre la mentira una pirámide de muerte: se proclamó ‘hijo de dios’ y un ‘dios’; se decía dueño de todas las cosas y personas. Y es mentiroso en sus promesas y negociaciones. Por ejemplo, en las plagas, ante la presión cede y concede, pero al normalizarse la situación se arrepiente y se echa para atrás: «Entonces llamó al faraón a Moisés y a Aarón y les dijo ‘pidan a Yahvé que quite de mí estas ranas y yo dejaré salir al pueblo para que ofrezca sacrificios a Yahvé. Faraón, sin embargo, al ver que se le daba respiro se puso más porfiado y no quiso escuchar a Moisés y Aarón» (Ex 8, 4-11). Por eso Moisés le advierte: «Pero no nos vayas a seguir engañando y no nos dejes salir al desierto... Mas volvió a mentir y se negó a que el pueblo de Israel saliera» (Ex 8, 24-28).

En la larga y difícil travesía del desierto, los hebreos se mentían unos a otros y esto impedía la unión. Una de las formas era la murmuración y la crítica: «El pueblo murmuró contra Moisés...» (Ex 15, 24). Hasta sus hermanos Aarón y Miriam (Nm 12, 1-2). En la rebelión para destituir a Moisés, echar abajo la revolución y regresar, hay exageraciones y murmuraciones mentirosas (Nm 14, 36-38).

En la tierra prometida también hubo muchos problemas de mentiras. Por ejemplo, los que acusaron a Nabot y los jefes del pueblo que fueron cómplices (1 Re 21, 9-10). Engañaron y defraudaron al pueblo los sacerdotes hijos de Helí (I Sm 2, 12-17) y los jueces hijos de Samuel (I Sm 8, 1-3).

Jesús es la Verdad. El dice siempre la verdad (Mt 22. 16). Denuncia a los que usan la mentira para engañar al pueblo como asesinos, hijos del diablo. (Jn 8, 44). Invita a la honestidad y a la sinceridad, a vivir y conocer la verdad. «Y la verdad los hará libres» (Jn 8, 32). No quiere que el testimonio sea con juramentos, sino con palabras francas y sinceras: «Digan Sí, cuando es Sí y digan No cuando es No» (Mt. 5, 37).

### Deberes del hombre hacia la verdad

«Toda persona está llamada a la sinceridad y a la veracidad en el hacer y en el hablar. Cada uno tiene el deber de buscar la verdad y adherirse a ella, ordenando la propia vida según las exigencias de la verdad. En Jesucristo, la verdad de Dios se ha manifestado íntegramente: *Él es la Verdad*. Quien le sigue vive en el Espíritu de la verdad, y rechaza la doblez, la simulación y la hipocresía» (Comp CEC 521).

«El cristiano debe dar testimonio de la verdad evangélica en todos los campos de su actividad pública y privada; incluso con el sacrificio, si es necesario, de la propia vida. El martirio es el testimonio supremo de la verdad de la fe» (Comp CEC 522).

«El octavo mandamiento prohíbe:

- 1) El *falso testimonio, el perjurio y la mentira*, cuya gravedad se mide según la naturaleza de la verdad que deforma, de las circunstancias, de las intenciones del mentiroso y de los daños ocasionados a las víctimas.
- 2) El *juicio temerario, la maledicencia, la difamación y la calumnia*, que perjudican o destruyen la buena reputación y el honor, a los que tiene derecho toda persona.
- 3) El *halago, la adulación o la complacencia*, sobre todo si están orientados a pecar gravemente o para lograr ventajas ilícitas.

Una culpa cometida contra la verdad debe ser reparada, si ha causado daño a otro» (Comp CEC 523).

### Qué exige el octavo mandamiento

«El octavo mandamiento exige el respeto a la verdad, acompañado de la discreción de la caridad: en la *comunicación* y en la *información*, que deben valorar el bien personal y común, la defensa de la vida privada y el peligro del escándalo; en la reserva de los *secretos profesionales*, que han de ser siempre guardados, salvo en casos excepcionales y por motivos graves y proporcionados. También se requiere el respeto a las *confidencias* hechas bajo la exigencia de secreto» (Comp CEC 524).

«La información a través de los medios de comunicación social debe estar al servicio del bien común, y debe ser siempre veraz en su contenido e

íntegra, salvando la justicia y la caridad. Debe también expresarse de manera honesta y conveniente, respetando escrupulosamente las leyes morales, los legítimos derechos y la dignidad de las personas» (Comp CEC 525).

«La verdad es bella por sí misma. Supone el esplendor de la belleza espiritual. Existen, más allá de la palabra, numerosas formas de expresión de la verdad, en particular en las obras de arte. Son fruto de un talento donado por Dios y del esfuerzo del hombre. El *arte sacro*, para ser bello y verdadero, debe evocar y glorificar el Misterio del Dios manifestado en Cristo, y llevar a la adoración y al amor de Dios Creador y Salvador, excelsa Belleza de Verdad y Amor» (Comp CEC 526).

### Implicaciones

Decir la verdad es, con frecuencia, un gran reto en nuestra sociedad, debido a que se va generalizando una cultura de mentira y corrupción. Se oculta la verdad de manera sistemática y estructural, en nombre de la misma verdad. Incluso se presume el engaño. La mentira se hace presente en todos los estratos sociales y en todas las relaciones personales, familiares, sociales e internacionales. A la proclamación de la verdad se responde con hostilidad. Desenmascarar la opinión común exige libertad de espíritu y amor a la verdad.

Este mandamiento exige un gran SI A LA VERDAD y a la JUSTICIA. En Israel los juicios se hacían a puertas abiertas, en las puertas de la ciudad; todo ciudadano podía ser testigo y su palabra era muy importante para la vida del acusado y del pueblo. Y tiene un NO grande a la mentira y a la cobardía para defender a un inocente de la injusticia.

### Examinémonos:

¿Por qué mentimos? ¿Qué mentiras son las más frecuentes en nuestra comunidad? Faltar a la verdad ofende a Dios ¿qué otras desventajas tiene? ¿Qué mentiras encubiertas descubrimos en nuestra sociedad? ¿Mentimos para librarnos de problemas o evitar una situación difícil? ¿Murmuramos de los demás? ¿Hemos dañado la reputación de alguien exagerando o inventando historias? ¿Se nos puede confiar un secreto? ¿Damos la cara por los que son injustamente acusados, o difundimos los rumores?

**NOVENO MANDAMIENTO:  
NO DESEAR LA MUJER DE TU PROJIMO!  
NO CONSENTIRÁS PENSAMIENTOS  
NI DESEOS IMPUROS**

**Lecturas:**

Jeremías 31,1-4: Te he amado con amor eterno.

Salmo 127. R. Dichoso el que camina  
por la ley del Señor.

Romanos 7,14-23: ¿Quién me librará  
de este cuerpo de muerte?

Mateo 5, 27-32: Adulterio en el corazón.

En Egipto las mujeres eran aplastadas por la pirámide de muerte. El faraón no manda matar a las niñas hebreas para después usar y abusar de ellas: «... y si es niña, déjenla con vida» (Ex 1, 16.22). Concede que sólo los varones adultos salgan a celebrar la fiesta, reteniendo como marginadas y rehenes a las mujeres y los niños (Ex 10, 11).

En el desierto se censan y cuentan los varones, se mencionan los niños y no se toma en cuenta a las mujeres (Ex 12, 37), a pesar de que tuvieron un lugar muy destacado en defender y celebrar la vida, casi pasan desapercibidas en relatos, leyes y códigos.

En la Tierra Prometida el crimen de Gubeá (Jue 20, 1-11) y el rapto de las hijas de Siló (Jue. 21, 15-23) muestran cómo la mujer era usada y codiciada. David codicia y luego roba a la mujer de uno de los soldados (2 Sm 11.1-5) Salomón también codicia y acumula mujeres a manera de lujo refinado y por motivos interesados (1 Re 11, 1-8).

Jesús es amor que no codicia, ni quiere tener, ni poseer, a la mujer ni a nadie, ni nada. El es amor que se da hasta dar la vida (Jn 15, 13) por el amigo y la amiga. «Ámense unos a otros como Yo los he amado...». Defiende a las mujeres de las leyes y de los hombres: Ej. la Magdalena (Lc 7, 36-50), la Samaritana (Jn 4, 5ss), la adúltera a quien querían apedrear (Jn 8, 1-10).

**Pureza del corazón**

El corazón es la sede de la personalidad moral: del fondo del corazón salen las intenciones malas, asesinatos, adulterios, fornicaciones (cf Mt 15,19). «Dichosos los limpios de corazón porque ellos verán a Dios» (Mt 5,8).

«El noveno mandamiento prohíbe consentir pensamientos y deseos relativos a acciones prohibidas por el sexto mandamiento» (Comp CEC 528). «Exige vencer la concupiscencia carnal en los pensamientos y en los deseos. La lucha contra esta concupiscencia supone la purificación del corazón y la práctica de la virtud de la templanza» (Comp CEC 527).

Concupiscencia es toda forma vehemente de deseo humano, un movimiento del apetito sensible en contra de la razón humana. Limpio de corazón es quien ha ajustado su inteligencia y su voluntad a las exigencias de la santidad de Dios, canalizando sus impulsos.

«El bautizado, con la gracia de Dios y luchando contra los deseos desordenados, alcanza la pureza del corazón mediante la virtud y el don de la castidad, la pureza de intención, la pureza de la mirada exterior e interior, la disciplina de los sentimientos y de la imaginación, y con la oración» (Comp CEC 529).

«La pureza exige el *pudor*, que, preservando la intimidad de la persona, expresa la delicadeza de la castidad y regula las miradas y gestos, en conformidad con la dignidad de las personas y con la relación que existe entre ellas. El pudor libera del difundido erotismo y mantiene alejado de cuanto favorece la curiosidad morbosa. Requiere también una *purificación del ambiente social*, mediante la lucha constante contra la permisividad de las costumbres, basada en un erróneo concepto de la libertad humana» (Comp CEC 530).

**Implicaciones**

En la actualidad se han desplazado grandemente los límites de lo que se considera desvergonzado y obseso. No es fácil señalar la frontera entre arte y pornografía en lo que exhiben los medios de comunicación.

Este mandamiento es un gran SI a la igualdad del hombre y la mujer y de toda la humanidad. Un SI a la dignidad y libertad de toda persona, en especial a los más débiles, particularmente la mujer. Y es un NO a toda dominación enajenadora, especialmente un NO al machismo, que menoscaba no sólo a la mujer sino al hombre también.

**Examinémonos:**

¿Qué criterios tenemos para las películas, imágenes en Internet, escritos pornográficos, para no

ser ni puritanos ni ingenuos, sabiendo que estamos dañados por el pecado? ¿cuáles son las acciones que más están dañando a nuestras comunidades en este campo? ¿Hemos debilitado o dañado el compromiso matrimonial con enamoramientos y obsesiones con otra persona? ¿los esposos tratan con ligereza la fidelidad matrimonial en conversaciones y actitudes?

---

**DÉCIMO MANDAMIENTO:  
¡NO CODICIAR LO QUE PERTENECE  
A TU PROJIMO! NO CODICIARÁS  
LAS COSAS AJENAS**

**Lecturas:**

Colosenses 3,1-10: Busquen las cosas de arriba.

Lucas 12,15-21: La vida no depende de los bienes.

En Egipto, faraón codició los bienes que los hebreos habían conseguido (Ex 1, 9-11) y su fuerza de trabajo esclavo para construir y hacer prosperar su país y sus intereses.

En El Desierto también hubo ambición de acumular. Se prohíbe acumular el MANA para que alcanzara (Ex 16, 15-20).

En la Tierra Prometida, sobre todo en la época de los reyes, se acrecienta esta codicia. No sólo en los reyes (1 Re 10, 14-29; 21, 1-4) sino también en gente del pueblo. Ya tienen casa, bueyes y asnos. Y por eso se hacen leyes sobre estos asuntos.

Jesús no se quiere meter de juez, ni en problemas de herencia y les advierte a los que van a heredar: ¡Cuidado con la codicia! Advierte que la codicia de las riquezas y el dinero estorba, empobrece nuestra relación con Dios (Lc 12, 13-21). Aclara tajantemente: ‘No se puede servir a dos señores... No pueden servir a Dios y al dinero’. (Lc. 16, 13).

Invita a confiar en la providencia y generosidad de Dios (Lc 12, 22-31). ‘Vendan sus bienes y compártalos con los pobres... ahí donde está tu tesoro, ahí está tu corazón’ (Lc 12, 33-34). Quitar la codicia de los bienes libera de muchos egoísmos y da fuerzas y ánimo para seguir a Jesús.

**Desprendimiento de corazón**

«Jesús exige a sus discípulos que le antepongan a Él respecto a todo y a todos. El desprendimiento de las riquezas –según el espíritu de la pobreza evangélica– y el abandono a la providencia de Dios, que nos

libera de la preocupación por el mañana, nos preparan para la bienaventuranza de «los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los Cielos» (Mt 5, 3)» (Comp CEC 532).

«Este mandamiento, que complementa al precedente, exige una actitud interior de respeto en relación con la propiedad ajena, y prohíbe la *avaricia*, el *deseo desordenado* de los bienes de otros y la *envidia*, que consiste en la tristeza experimentada ante los bienes del prójimo y en el deseo desordenado de apropiarse de los mismos» (Comp CEC 531).

«El mayor deseo del hombre es ver a Dios. Éste es el grito de todo su ser: «¡Quiero ver a Dios!». El hombre, en efecto, realiza su verdadera y plena felicidad en la visión y en la bienaventuranza de Aquel que lo ha creado por amor, y lo atrae hacia sí en su infinito amor. «*El que ve a Dios obtiene todos los bienes que se pueden concebir*» (San Gregorio de Nisa)» (Comp CEC 533).

**Implicaciones**

En nuestro tiempo, el recto uso de los bienes materiales y la manera de adquirirlos es muy importante también para el cristiano. Jesús dice: «Donde está tu tesoro, ahí estará tu corazón» (Mt 6,21).

Este mandamiento es un SI, al derecho que tienen todos los hombres y mujeres de tener lo necesario para vivir dignamente como hijos y herederos de Dios quien es dueño y señor de todas las cosas.

Y es un NO, a la ambición de tener y poder más y más. Es un NO, a la explotación y despojo principalmente de aquéllos que no tienen voz, ni voto para defender sus derechos.

**Examinémonos:**

¿Qué signos de avaricia notamos en nuestra comunidad? ¿estamos satisfechos con lo que Dios nos da, o celosos de los que parecen tener más? ¿cuáles son las prácticas de envidia más comunes entre nosotros? ¿qué consecuencias trae? ¿tratamos de demostrar que somos mejores que los demás presumiendo o comprando cosas por apantallar? ¿nos comparamos con otros llenos de amargura y resentimiento? ¿existe la «mordida»? ¿qué muestras de solidaridad se dan? ¿buscamos realmente primero el Reino de Dios en nuestra vida y ponemos en Él nuestra confianza? ¿reflejamos la paz y esperanza de un pueblo redimido y santificado por la Sangre de Cristo?



**«La fiesta responde a una necesidad vital del hombre,  
hunde sus raíces en la aspiración vital  
a la trascendencia.**

**A través de las manifestaciones de alegría y de júbilo,  
la fiesta es una afirmación del valor de la vida  
y de la creación.**

**En cuanto interrumpe la monotonía de lo cotidiano,  
de las formas convencionales,  
del sometimiento a la necesidad de la ganancia,  
la fiesta es la expresión de la libertad integral,  
de la tensión hacia la felicidad plena,  
de exaltación de la pura gratuidad.**

**En cuanto testimonio cultural,  
destaca el genio peculiar de un pueblo,  
sus valores característicos  
y las expresiones más auténticas de su folklor.**

**En cuanto momento de socialización,  
la fiesta es una ocasión de acrecentar  
las relaciones familiares  
y de abrirse a nuevas relaciones comunitarias»**